THE UNIVERSITY
OF ILLNIOIS
LIBRARY

865 B43
K 1913
v.1

Return this book on or before the *Latest Date* stamped below. A charge is made on all overdue books.

U. of I. Library

JUN 13
MAY -5 '37
JUL 12 '37
JUL 26 '37
MAY 18 '38
FEB -2 1940
NOV 27 1942
DEC 7 1942
JAN 20 1943
JUL 29 1947
MAR 14 1950
MAR 31 1956
NOV 21 1958
JUL 16 1959
NOV 5 1973
DEC 3 1973
NOV 30 1973
AUG 14 1978
AUG 9 1978

9324-S

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/teatro01bena

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

8574
282

TOMO PRIMERO

El nido ajeno.
Gente conocida.
El marido de la Téllez.
De alivio.

TERCERA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUC. DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1913

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID.—Imprenta de Perlado, Paez y C.ª, Quintana, 33.

Fe 1450 2 ov. 31 Ag 1950 1140 (20 v.)

Al publicar la edición completa de mis obras teatrales, no siento la emoción febril, excitante, de las noches de estreno, cuando las obras apenas desprendidas de nosotros aún viven del amor con que fueron engendradas para la vida y para la lucha; es la tristeza del padre que dispone su testamento y piensa en lo que será de sus hijos del alma, cuando él ya no exista. Amo el Arte sobre todas las cosas, pero cuanto realicé en mis obras sólo fué un vano anhelo de mi amor infinito.

Van por orden cronológico, el más natural, en mi opinión, y van sin enmiendas ni refundiciones, como aparecieron al ser estrenadas. Si a mi conciencia atendiera, muchas no volverían a publicarse, las demás aparecerían en otra forma; pero creo que el escritor debe al público la honrada sinceridad de no corregir su obra una vez juzgada. Buenas o malas, así nacieron, así tiene derecho el público a juzgarlas en definitiva.

318701

En los últimos volúmenes de la edición publicaré algunas obras no representadas, que si no serán las mejores, serán seguramente las más fieles a mi sentimiento del Arte; en el último, mis Memorias Teatrales.

JACINTO BENAVENTE.

EL NIDO AJENO

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

Estrenada en el Teatro de la Comedia la noche del 6 de octubre de 1894.

AL EMINENTE ACTOR Y DIRECTOR

D. Emilio Mario

y a los actores que bajo su dirección, y de un modo perfecto, han representado esta comedia, como pobre expresión de su gratitud se la dedica

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA.....	SRTA. D.ª CARMEN COBEÑA.
EMILIA.....	SRA. D.ª SOFÍA ALVERÁ.
LUISA.....	SRTA. D.ª SOLEDAD LÓPEZ.
JOSÉ LUIS.....	SR. D. MIGUEL CEPILLO.
MANUEL.....	» EMILIO THUILLIER.
JULIÁN.....	» FRANCISCO URQUIJO.

La acción en Madrid.—Época actual.

EL NIDO AJENO

ACTO PRIMERO

Comedor elegante en casa de José Luis.

ESCENA I

EMILIA y LUISA entrando.

EMILIA

¿Dice usted que no tardará en volver la señorita?

LUISA

No, señora. Salió a misa y de compras. Van a dar las once, la hora del almuerzo, y ya sabe usted la puntualidad de los señoritos.

EMILIA

¡Digo! No hay casa más ordenada. Ni más ni menos que la mía. ¡Mayor desbarajuste! Pero vaya usted a poner orden con cuatro chiquillos y los criados y las amas correspondientes... Aquí, ya se ve, el matrimonio solito, dos criados... Si no tendrán ustedes nada que hacer.

LUISA

No hay mucho trabajo.

EMILIA

Y el señorito, ¿está mejor?

LUISA

Delicado, como siempre. La semana pasada tuvo uno de sus ataques, quedó muy resentido; pero desde que llegó el señorito Manuel, parece que está más animado.

EMILIA

¡Cómo! ¿Llegó el señorito Manuel?

LUISA

Sí, señora; cuatro días hace.

EMILIA

Sí, le esperaban de un día a otro. Pero me choca no haber sabido que estaba aquí... Mi marido ve en Bolsa todos los días al señorito, y es extraño que no le haya dicho nada.

LUISA

El señorito habla tan poco...

EMILIA

Y ¿ha venido bueno?

LUISA

Muy bueno, sí, señora. ¿Usted no le conoce?

EMILIA

Si hace tantos años que anda por esos mundos... Desde antes de casarse su hermano; y mi amistad en esta casa es por la señorita María. He oído hablar mucho de él, de sus viajes, de sus aventuras. ¿Se parece a su hermano? Dicen que es otro genio.

LUISA

No se parece en nada. Es muy simpático, buen mozo, muy alegre, muy cariñoso...

EMILIA

Vaya, vaya. Con eso la casa estará más animada.

LUISA

Sí, señora; créalo usted. Hay más alegría, más animación... ¡Ah!, la señorita. *(Viendo llegar a María. María entra como de misa; mientras saluda a Emilia, Luisa le quita la mantilla, recoge el devocionario* y *demás prendas y se retira.)*

ESCENA II

EMILIA y MARÍA

EMILIA

¿Cómo estás, querida?

MARÍA

¿Hace mucho que me aguardabas?

EMILIA

Un instante. Ya sé que estáis buenos, que llegó tu cuñado.

MARÍA

¿Y tu marido y los chicos?

EMILIA

Buenos, todos buenos. Fernando muy ocupado. Ya vendrá conmigo a saludar a tu hermano político... ¿Tú apenas le conocías, verdad?

MARÍA

Le conocí cuando éramos niños. Ya sabes que su familia y la mía estaban muy unidas; su padre y el mío eran

socios. Pero Manuel marchó de España tan joven... No esperábamos volverle a ver.

EMILIA

Dicen que ha hecho dinero por esas tierras.

MARÍA

¡Un gran caudal! Él es muy emprendedor, la suerte le ha favorecido...

EMILIA

Sigue soltero, por supuesto.

MARÍA

Y sin intenciones de casarse, según afirma.

EMILIA

¡Un tío rico y solterón! Pero vosotros, ¿en qué pensáis? No tenéis decoro si no le obsequiáis con una docena de sobrinos...; si no queréis molestaros, en casa hay cuatro, y allí no hay dinero ni herencias en perspectiva... ¡Bueno anda todo!

MARÍA

Manuel es joven, y figúrate si le faltarán proporciones.

EMILIA

En cuanto se enteren en Madrid os le secuestran. ¡Buenas andan las madres que tienen hijas! El papel hombre ha subido mucho. Antes, más o menos bonita una muchacha, a cierta edad, no le faltaba novio, bueno o malo. Nos cotizábamos a la par; pero ahora, hija, está el cambio por las nubes. Las madres debían hacer un empréstito al extranjero.

MARÍA

¡Qué ocurrencia!

EMILIA

Y ¿qué es de tu vida? ¿Te has abonado al Real?

MARÍA

No. ¿Para qué? El año pasado fuimos tres noches en toda la temporada; es tirar el dinero. José Luis está delicado, no tiene humor ni ganas de vestirse, le cansa todo... Ya sabes cómo es él.

EMILIA

Sí...; pero, hija mía, hacéis una vida muy triste... metidos entre cuatro paredes. Siquiera recibierais alguna gente...

MARÍA

A todo se acostumbra una, y yo no estoy acostumbrada a divertirme mucho. Bien lo sabes tú; en mi casa pasaba lo mismo.

EMILIA

En tu casa, siquiera, había tertulia los sábados. Se jugaba al julepe, se tomaba chocolate, iban nuestros novios.

MARÍA

Nuestros maridos hoy.

EMILIA

Y el tuyo fué el primero y el único. ¡Has sido siempre tan formal! Yo mariposeé un poco con aquel sevillano, ¿te acuerdas? Si me caso con él me luzco. ¡Qué vida dió a su pobre mujer! Nosotras no podemos quejarnos. Tuvimos buen acierto.

MARÍA

¡Ve una matrimonios tan desdichados!

EMILIA

Es un horror... Y los que, en apariencia, son muy felices, y si va uno a mirar... ¡Qué pendientes tan bonitos!

MARÍA

Regalo de mi cuñado.

EMILIA

¡Preciosas perlas! Hija, la gente rica...

MARÍA

¡Oh! Me ha traído preciosidades... Ya verás... *(Dan las once.)*

EMILIA

¡Las once y no ha venido tu marido! *(Suena la campanilla.)*

MARÍA

Ya está ahí. *(Toca un timbre.)*

EMILIA

¡La puntualidad misma. *(Entra Julián.)*

MARÍA

(A Julián.) Vea usted si se ha levantado el señorito Manuel y sirva usted el almuerzo en seguida. *(Sale Julián. A Emilia.)* ¿Quieres almorzar?

EMILIA

No, me voy corriendo. ¡Bueno andaría aquello si yo faltase! Venía a convidarte al teatro. Tenemos palco para el estreno de esta noche.

MARÍA

No sé si José Luis querrá que vayamos... Ya te avisaré.

TEATRO

TOMO PRIMERO

ESCENA III

DICHAS y JOSÉ LUIS

JOSÉ

Muy buenos días.

EMILIA

Llega usted a tiempo.

JOSÉ

(Sentándose a la mesa.) Me he retrasado un poco. ¿Quiere usted almorzar?

EMILIA

¡Jesús! ¡Que no se enfríe! Son las once en punto. Quise decir que llegaba usted a tiempo de aceptar una invitación para el estreno de esta noche. María no se atreve a darme su palabra sin contar con usted.

JOSÉ

Cualquiera dirá que soy un tirano.

EMILIA

No es usted tirano. Nadie lo dice. Pero María es una esposa ejemplar y cumple muy bien aquellas menudencias de la epístola, que no todas guardamos puntualmente... «La mujer no saldrá de casa sin permiso del marido...»

JOSÉ

(A María.) ¿Quieres ir?

MARÍA

Si tú vienes...

JOSÉ

No estoy bueno. Esta mañana tuve un ataque de bilis.

MARÍA

Entonces nos quedaremos en casa. *(A Emilia.)* Ya lo oyes.

EMILIA

Vaya, hay que animarse. Si no hace usted por distraerse... Dicen que es preciosa la comedia de esta noche. Estará muy bien el teatro... Por supuesto, hago extensiva la invitación a su hermano, aunque no tengo el gusto de conocerle, y reciba usted mi enhorabuena por su feliz llegada. Ya tendría usted deseos de verle... ¿Es el único hermano que tiene usted?

JOSÉ

El único. Fuimos cuatro; sólo quedamos el menor, Manuel, y yo, el primogénito. Manuel ha sido el único sano y robusto en la familia. ¿No se ha levantado todavía?

MARÍA

Ya he dicho que le avisen.

JOSÉ

Acostumbrado a vivir solo, no se acomoda a la vida de familia. Siempre fué muy desordenado... Si tarda, almorzaremos. Ya sabe cuánto me gusta la puntualidad. El desarreglo en las comidas me mata.

MARÍA

(Llama.) Almorzaremos. *(A Julián, que entra.)* El almuerzo.

JULIÁN

El señorito Manuel viene en seguida. *(Sale a preparar la mesa.)*

EMILIA

Yo me retiro... Conque, ¿contamos con ustedes?

MARÍA

No, ya ves que José Luis no está bueno. Espera un momento, conocerás a su hermano.

EMILIA

Tengo curiosidad... No estoy muy presentable, salí de trapillo.

MARÍA

Eres de casa.

JOSÉ

Dame la magnesia.

MARÍA

(Trayendo un frasco del aparador.) Toma... *(Prepara el refresco.)* ¿Pero de veras no estás bueno?

JOSÉ

(De mal humor.) ¡De veras! Creerás tú que mi enfermedad es como tus jaquecas... Estoy muy malo.

EMILIA

Trabajan ustedes demasiado. Es mi tema con Fernando... Fernando es fuerte, pero el afán de los negocios, la Bolsa, el Congreso..., es no parar en todo el día. Al fin, él tiene cuatro hijos por quien mirar..., pero usted solo con su mujercita... Debía usted dejarse de negocios, y descansar y cuidarse y divertirse mucho, que la vida es corta.

MARÍA

(Ofreciéndole la copa.) ¿Está bien así? ¿Quieres más azúcar?

JOSÉ

(Con ira.) Ya no sé qué tomar ni qué hacer. ¡Hay para desesperarse!

MARÍA

(Cariñosa.) Vamos. Ten paciencia. Hoy no sales de casa.

JOSÉ

Sí, justamente. Poco tengo que hacer.

MARÍA

Lo dejas para otro día.

JOSÉ

¿Tú crees que mis asuntos son como los vuestros?... Visitas y compras que a cualquier hora y cualquier día da lo mismo.

MARÍA

(Con reconvención cariñosa y queriéndole hacer notar la presencia de Emilia.) Vas a echar fama de mal genio.

EMILIA

(Ha comprendido y quiere disculparle.) Cuando está uno enfermo todo incomoda. Es natural.

ESCENA IV

DICHOS y MANUEL

MANUEL

¡Salud, hermanos! *(Al ver a Emilia.)* Señora...

MARÍA

(Presentándoles.) Mi hermano Manuel... La señora de Ordóñez, amiga mía de toda la vida...

EMILIA

¡Tanto gusto! *(Aparte a María.)* ¡Es muy simpático!

JULIÁN

(Entra con el almuerzo.) El almuerzo.

EMILIA

(Despidiéndose.) Ya tendremos el gusto de verle por casa. Sabe usted que cuenta con unos amigos. *(A José Luis.)* Que usted mejore. *(A María, besándola.)* Adiós, monísima; no dejes de ir por casa. *(Sale.)*

ESCENA V

MARÍA, JOSÉ LUIS y MANUEL, sentados. LUISA y JULIÁN sirven el almuerzo.

JOSÉ

¡Gracias a Dios! Creí que no almorzábamos.

MANUEL

¿No habíais empezado por la visita, o por esperarme?

MARÍA

Por la visita. *(A José Luis, viendo que no se sirve.)* ¿No te sirves?

JOSÉ

No. Es muy indigesto. No me atrevo.

MARÍA

¿Quieres otra cosa? ¿Un huevo pasado por agua, un filete de lenguado? ¿Por qué no dices lo que quieres? *(A Manuel.)* ¿Ves qué rareza? Hay que adivinarle los pensamientos.

MANUEL

Conozco el sistema. Pasarás el día mirándole a la cara para comprender lo que quiere. Estarás más ducha en fisonomía que el mismísimo Lavater.

JOSÉ

(Molestado.) Cuando está uno enfermo y por lo tanto de mal humor, creo que sea más prudente no hablar que decir cosas desagradables.

MARÍA

No me importaría muchas veces que me dijeras algo desagradable, con tal de entenderte... Tienes razón, Manuel...; siempre le estoy mirando a la cara para adivinarle los pensamientos. Pero soy tan torpe... o él es tan poco expresivo, que rara vez acierto.

JOSÉ

¿Que hablo poco?... Los más elocuentes por dentro suelen ser los más silenciosos, los menos expresivos... como tú dices. Los que piensan poco, los más habladores. Como son pocas sus ideas, pronto les dan salida, con fluidez pasmosa... ¡Es natural! Dos o tres personas solas pasan más fácilmente por una puerta que una multitud agolpada.

MANUEL

¿Es motejarme por hablador? Lo seré porque pienso menos que tú lo que digo... Pero siento... y cuanto siento algo he de decirlo... aunque diga una tontería o algo desagradable.

MARÍA

(A José Luis.) ¿Tampoco comes de esto?

JOSÉ

No tengo gana. ¿Qué hay después?

MARÍA

Para ti carne asada.

MANUEL

Pero... ¿no estás bueno?... No comes nada. Yo en cambio tengo un apetito... He cogido a deseo la comida casera.

MARÍA

¿De veras te gusta? Yo que procuro darte de comer a estilo de fonda...

MANUEL

Pues agradezco más una paella, un buen cocido y hasta unas albondiguillas.

JOSÉ

¡Lo que son las cosas! No sabes las peleas que tenía en casa con nuestra madre, por las comidas. Entonces, todo eso que ahora pondera le parecía guisotes, y prefería comer en el café o en la fonda.

MANUEL

(Con tono ligero apenas tocado de cierta gravedad y ternura; sobre todo debe evitarse el tono solemne y declamatorio.) Es la condición humana. El espíritu de rebeldía constante que existe en nuestro espíritu contra todo lo que se nos impone; hasta contra el cariño maternal. A nadie quizás atormentamos en el mundo como a nuestra madre; con nadie somos tan ingratos. ¡Egoísmo humano! Tan seguros estamos de que nadie como nuestra madre ha de perdonarnos la ingratitud. Pero hay en la vida una hora de justicia para todos..., y las lágrimas que al morir una madre lloramos, con dolor a ninguno parecido, deben ser, si desde el cielo pueden verlas, la mayor, la más pura alegría que podemos dar al alma de nuestras pobres madres los hijos ingratos.

JOSÉ

Yo no lo fuí nunca.

MANUEL

Porque nunca fuiste joven. Porque en ti se alteraron las leyes de la vida. Fué una rebeldía también, a tu modo. Pero ya ves lo mal que te ha probado. Créelo, la Naturaleza es muy sabia. Hemos de ser niños, jóvenes, hombres, viejos por fin; a su tiempo cada cosa, con las pasiones, vicios y virtudes propios de cada edad. Tan mal parece un niño reflexivo y juicioso como un vejete travieso y casquivano; y tan impropio es de un muchacho contentarse sin protestas con el cocido casero, como en un hombre de juicio irse de bureo a la fonda. Hay que distinguir la maldad permanente de cada uno y las maldades propias de cada edad, pasajeras con ella. Digo esto, porque en mí tomasteis por maldad las ligerezas de la juventud. Sí, María, tú, como todos, habrás oído hablar de mí a mis padres, a José Luis; tú sabrás lo que de mí pensaban... Yo bien lo sé. Era el Judas de la casa.

MARÍA

Eso no. Tu madre te disculpaba siempre, y todos te queríamos.

JOSÉ

Más que él a nosotros. ¿Qué le faltaba al lado nuestro? Sin pena nos dejaste y has vivido feliz sin nosotros. *(Han concluído de almorzar; los criados se retiran, dejando preparado el cafe. Hay más intimidad en el diálogo.)*

MANUEL

Por eso he vuelto a ti, a que me juzgues, ahora que mi vida de aventuras ha concluído, en nombre de nuestros padres que ya no existen. Tú dirás si fuí mal hijo, si soy mal hermano; y por si a ti te ciegan antiguos rencores, que no deben subsistir entre nosotros, María juzgará. Las mujeres entienden mejor lo que hay de bueno en el cora-

zon de un hombre. En casa, ¡cómo habíais de conocer el mío, si nunca pude hablar con el corazón!

MARÍA

Vamos, no te acalores. Lo pasado, pasado. Hoy todos sabemos lo que vales. No hubieras tenido tanta suerte a no ser digno de ella.

MANUEL

(Siguiendo su idea y dirigiéndose a María principalmente.) Ya sabes cómo vivíamos en nuestra casa. Erais vecinos, y tu padre igual en carácter al nuestro; por algo eran socios. Allí nadie tenía más voluntad que la de mi padre. ¡Qué rigidez, que severidad! Cuando él estaba en casa hablábamos en voz baja: nuestros juegos le incomodaban, nuestras risas le hacían daño. Le veíamos salir con alegría, respirábamos con libertad, jugábamos, reíamos. Nuestra madre no era así. Toda bondad, toda dulzura, nuestra defensora siempre, nuestra cómplice muchas veces. «No incomodéis a vuestro padre – nos decía —; es muy bueno, pero está siempre preocupado con sus negocios. Todo por vosotros, hijos míos; por vosotros trabaja tanto y se afana...» ¡Pobre madre! Quería convencernos de que nuestro padre era muy bueno... y nos quería, y nos besaba por los dos... Mi padre no me besó nunca. Trabajar, afanarse por los negocios, era la manifestación de su cariño. Pero aquel trabajo, jamás confortado con nuestras caricias, parecía sin ellas más penoso, forzado, aborrecible, ingrato... ¡Farsa de cariño paternal! Se afanaba en sus negocios, porque eso era su goce único en la vida; hiciera igual sin mujer y sin hijos a quienes legar el fruto de sus afanes. Era la pasión del negociante codicioso. Más duro es el trabajo para el infeliz obrero, carga más pesada para él son los hijos, y concluída la jornada, aun le quedan fuerzas para tomarlos en brazos y ternura en el corazón para besarlos. *(A José*

Luis.) Tú no sentiste la falta de halagos y caricias. Entendías muy bien de cuentas y sabías lo que ganaba nuestro padre... Yo me rebelaba contra su severidad injusta, protestaba en mi corazón... contra aquella farsa de cariño, y por eso era el malo, el Judas, porque... por más que hacía, no podía querer ni respetar a mi padre.

JOSÉ

(Se levanta. Con severidad.) No le respetaste vivo, tampoco respetas su memoria. Nunca estuvimos de acuerdo en apreciarle. Como es mi sentimiento más respetable, porque es más natural y más digno de un hijo, respétale.

MARÍA

(Se levanta también. Dirigiéndose a uno y a otro, queriendo conciliarlos.) ¡José Luis!... ¿No estáis incomodados? Dejad los recuerdos, desechad esa desconfianza recelosa... Si lo sé: el uno desconfía del cariño del otro; es el modo de no llegar a quererse nunca. *(A Manuel.)* Eres injusto; José Luis tenía tantos deseos de verte... *(A José Luis.)* Y Manuel, cuando no estás tú, ¡me habla de ti con un cariño!... ¡Qué remedio! Si sois hermanos... *(Atrayéndoles uno a otro.)* Un abrazo muy fuerte, muy fuerte. *(Se abrazan.)* Y otro a mí, que nos una a los tres... *(A Manuel.)* También yo soy tu hermana..., y en mi cariño has de creer... *(Con infantil confianza.)* Yo soy muy expansiva... *(Bajo.)* José Luis es otro carácter... En el fondo es muy bueno.

MANUEL

(Bajo también a María, pero no como aparte. José Luis se ha retirado hacia el fondo.) ¡En el fondo! Eso decían de mi padre. ¿Qué me importa que en el fondo de un pozo haya un tesoro, si para llegar a él he de ahogarme?

JOSÉ

(A María.) ¿Vas a salir esta tarde? Te mandaré el coche. Voy a la Bolsa.

MANUEL

(Con desprecio cómico.) ¿El coche?... No nos hace falta tu coche.

JOSÉ

¡Alguna locura!

MANUEL

(A María.) Me permito poner a tu disposición la berlina y el tronco que tanto te gustaron ayer.

MARÍA

No, Manuel. Eso es un disparate. Has gastado un caudal en obsequiarme.

MANUEL

¡Pobres hijos míos! No vayan a quedarse en la miseria.

MARÍA

Puedes tenerlos todavía.

MANUEL

(En broma.) ¡Eso si que no! Ya lo sabes. Los hijos somos muy ingratos. Yo no quisiera ser hijo mío, y si yo fuera hijo mío, no quisiera ser mi padre.

MARÍA

(Risueña.) ¡Qué tonterías! Pues no acepto el regalo.

MANUEL

Me enfadaré. *(A José Luis.)* Con esa condición hago las paces contigo. *(Cariñoso, echándole un brazo por el cuello.)* ¡Mal genio! ¡Si tendrás por fin que quererme! Un abrazo.

MARÍA

(Complacida.) ¡Pobre Manuel! Bien dicen: mala cabeza, pero buen corazón. Ya ves si te hago justicia.

MANUEL

¡Ay, María! Es que de ti fluyen raudales de bondad; al lado tuyo nadie puede ser malo. Aunque sólo fuera por haberte elegido por esposa, y por lo que te quiere, tendría yo que querer a mi hermano. Sí, señor hermano; todo se lo perdono a usted, pero cuidado con ser mal marido... Anda a la Bolsa, a tus negocios... ¿Sabes lo que pienso? ¡Quiera Dios que no te parezca infame! Me alegraría que todo te saliese mal, que lo perdieses todo, que te arruinases..., y entonces verías quién soy yo, el tunante, el desalmado... *(José Luis, conmovido, le abraza.)*

MARÍA

(Con alegría.) ¡Así me gusta!

MANUEL

¡Estoy más contento!... Lloro de alegría... ¡Si vosotros supierais lo que es vivir solo, sin nadie para quien nuestras penas o nuestras alegrías puedan ser alegría ni pena!... No poder desahogar el corazón... Ir amontonando en él tristezas y goces no compartidos... ¡Ay, por fuerza ha de endurecerse! Dejad ahora que llore y que ría entre vosotros, que me queréis y tenéis lástima de lo que he llorado solo... y sois felices hoy con mi alegría.

MARÍA

(Conmovida.) ¡Pobre Manuel! ¡Qué bueno eres!

MANUEL

¡Soy bueno! ¿No es verdad?... Lo dices tú, mi madre lo decía también, las dos personas mejores que he conocido. ¡Tendré que creerlo!

MARÍA

Lo dicen muchos pobres también, Manuel. Todo se sabe.

MANUEL

Eso no. ¡Vaya un mérito dar lo que a uno le sobra!

MARÍA

Es que en América bendicen tu nombre muchos desvalidos; es que hiciste la caridad con amor.

MANUEL

¿Amor? También me sobraba; no me convences. Verás ahora cómo economizo el amor y el dinero. Y si al fin... ¡qué demonio!, yo he venido aquí por un Manolito. Ya podéis traérmele.

MARÍA

(Con malicia.) Enviaremos un memorial.

MANUEL

¡Eso, eso, muchos memoriales!

JOSÉ

(Despidiéndose.) ¿Conque te mando el coche?

MANUEL

No, señor; no hay más que hablar.

MARÍA

Estrenaré tu regalo. Pero has de acompañarme.

MANUEL

(A José Luis.) Iremos a buscarte... Hasta luego.

JOSÉ

Hasta luego. *(Se abrazan.)*

ESCENA VI

MARÍA y MANUEL. Al final LUISA.

MARÍA

¿Ves como es muy bueno?

MANUEL

¡Huroncillo, huroncillo! ¿Qué voy a contarte? ¡Demasiado le conocerás tú!

MARÍA

Carácter reconcentrado, corazón que no se abre al primero que llega. ¡Cuesta mucho franquear la entrada!

MANUEL

Hay personas así, como algunas viviendas: con magníficas habitaciones y mala escalera.

MARÍA

¡Podré muy poco si no consigo que os queráis con verdadero cariño de hermanos!

MANUEL

¡Ansioso vengo de cariño! ¡He vivido tanto tiempo solo!... Extraño en todas partes. Mi protector, mi verdadero padre, D. Gabriel, murió a poco de llevarme consigo. Desde entonces no he tenido un amigo, no he tenido a nadie. Ni aventuras pasajeras, ilusiones de amor, para engañar mi soledad tristísima. Hay espíritus prácticos que saben repartir de tal modo el corazón en afectos ligeros, sin entregarle por entero en ninguno, que de mil cariños suaves, tranquilos, componen un grato calorcillo que conforta y alivia el corazón... Yo fuí siempre arrojado en mis empresas, siempre comprometí en ellas todo

mi capital; en un día, la ruina o la opulencia. Por eso tuve miedo a querer, porque en un solo cariño hubiera puesto todo mi corazón, el alma entera... ¡Y acaso hubiera sido mi ruina! Fuí muy dichoso en mis empresas. ¡Quizás la suerte se hubiera vengado! Era desafiarla pretender dicha en todo.

MARÍA

Por lo mismo que no has malgastado tu corazón, has de hallar para él digno empleo. Manuel, yo creí siempre que eras bueno; mereces ser feliz.

MANUEL

(Sentado en un sillón o chaise-longue, adormecido.) Allá veremos. Rendido estoy. No quiero volver errante por esos mundos.

MARÍA

No, Manuel. Descansa, descansa, y ve pensando en labrar tu nido.

MANUEL

Sí, María. Mientras, dejad un lugar en el vuestro a esta ave de paso.

MARÍA

(Cariñosa.) ¿Tienes sueño? ¡Te acostaste tan tarde!...

MANUEL

¡Hay un silencio, una tranquilidad en esta casa!...

MARÍA

Duerme... *(Pausa.)*

MANUEL

(Bajo, medio dormido.) ¡María!...

MARÍA

(Acercándose con cariño.) ¿Qué? Manuel...

MANUEL

Llámame hermano.

MARÍA

¡Hermano!

MANUEL

Así... Era una ilusión mía tener una hermana...

MARÍA

Ya la tienes.

MANUEL

(Durmiéndose poco a poco.) Sí... ¡Qué buena..., qué hermosa! ¡Tú... y mi madre! *(Queda dormido.)*

MARÍA

(Contemplándole.) ¡Pobre Manuel!... ¡Es un niño!

LUISA

(Desde la puerta.) Señorita...

MARÍA

(Imponiendo silencio.) ¡Chist!... Voy. No hagan ustedes ruido. *(Indicando a Manuel.)* El señorito está dormido. *(Sale.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante.

ESCENA I

JOSÉ LUIS y MANUEL, sentados.

MANUEL

Yo no creí que volverías tan pronto. Esos asuntos son tan enredosos...

JOSÉ

Gracias a mi intervención, todo pudo arreglarse a tiempo. Hice bien en no detenerme. La cantidad era insignificante, y se trataba de uno de mis corresponsales más estimados por su honradez y su actividad. De ningún modo podía yo consentir que fuese declarado en quiebra. Pero cada día me cansan más los negocios, no estoy para nada...; este viaje, este asunto, me han producido un malestar, una excitación...

MANUEL

María quedó pesarosa de haberte dejado marchar. Temía que no te sentase bien el viaje. Lo que no debiste hacer es marcharte solo; porque conozco tu genio y te opusiste con energía, no insistí en acompañarte; pero debí hacerlo.

JOSÉ

Llegabas de un viaje largo, penoso, y ¿habías de molestarte?... Y que María se quedaba sola..., con su carácter triste...

MANUEL

¡Qué buena es María! ¿Verdad? ¡Bien he tenido ocasión de apreciar lo que vale! *(Pausa.)* Llegué a España, pesaroso ya de haber emprendido el viaje de regreso. Era triste hallarme extranjero en todas partes. ¡Pero volver a mi patria y sentirme también extranjero en ella!... ¿Quién se acordaba ya de mí? ¿Quién me esperaría?... Tú estabas casado...; nos separamos casi niños y nuestro afecto paternal llevaba revueltos rencorcillos y rivalidades... Tú eras el preferido de nuestro padre, yo el de mi madre... La lucha era continua entre nosotros... ¡Y tú vencías siempre! Nos separamos sin tristeza, nos comunicamos apenas; una carta de tarde en tarde. ¡Ya ves qué podía esperar de ti al volver! Mi primera intención fué irme a una fonda. ¡Y mira cómo soy! Al ir a dar las señas de un hotel al mozo que llevaba mi equipaje hasta un coche, me pareció que el suelo de mi tierra me faltaba, que se me obscurecía el cielo..., y con lágrimas en los ojos, en un arranque del corazón, di las señas de tu casa... ¡Es la casa de mi hermano!... Así dije, con orgullo. ¡Mi hermano!... ¡Me daba vergüenza y dolor que me tomasen por extraño en donde he nacido! Entré en tu casa, desconfiado, receloso. Tú, por tu parte, me recibiste lo mismo. ¡Bah!, pensé; cumpliremos con este deber de familia, estaré una semana... y a vagar otra vez; mi destino es ese. Y, ya lo ves, los recelos se desvanecieron; hoy confiamos en nuestro cariño y no pienso en marcharme... ¡No quiero pensarlo! Vivo feliz en el nido ajeno. Pues todo ello es obra de María; sin ella hubiéramos enconado los pasados rencores. ¡Sabe Dios cómo hubiéramos roto para siem-

pre! Yo conozco mi genio, conozco el tuyo... ¡María ha hecho que seamos por fin hermanos! *(Le abraza.)*

JOSÉ

¡Mucho ha simpatizado contigo!

MANUEL

La divierte oir relaciones de mis viajes.

JOSÉ

Los viajes la entusiasman. Hace tiempo le prometí llevarla a París, Londres, Italia..., un viaje por Europa. Pero mis asuntos y mi salud no me han permitido cumplirle la promesa.

MANUEL

Pues sí debíais hacer ese viaje. ¡Viajar en compañía de una persona querida debe de ser delicioso! Para uno solo, todo reviste cierta melancolía en tierra extraña... ¡Cuanto más grandioso el paisaje, cuanto más admirable la obra de arte, más nos abruma con su grandeza! ¡Solos ante tanta magnificencia, pigmeos enfrente de la grandiosidad!... Pero dos corazones amorosos, gozando a medias la admiración, en dulce saboreo de amor, como golosina mordida a un tiempo de dos bocas enamoradas, más por el gusto del besuqueo que de la golosina... No, no hay grandeza ni sublimidad capaces de abrumarlos. El panorama espléndido de la Naturaleza, los sublimes primores del Arte... fondo, accesorio decorativo para ellos, de algo más grande, más sublime que Arte y Naturaleza... El amor que palpita en sus almas embelesadas.

JOSÉ

¡Chico, chico!, ese parangón no lo hiciste de memoria. Mucho habrás viajado solo... Pero, vamos, algún viajecito has hecho en compañía, en dulce saboreo de amor, como

tú dices. Hay cosas que no pueden expresarse bien si no se han sentido.

MANUEL

¡Sentirlo, sí!... Pero hay dos vidas en nosotros, paralelas siempre. Una, la que vivimos, urdimbre de la casualidad y del destino, en la que somos juguete de circunstancias, de accidentes imprevistos, inevitables... Otra, la que soñamos, rompiente de luz que abre la imaginación a otros mundos, donde somos superiores a la fatalidad de nuestro destino, donde la trama de la vida se teje con hilillos de luz irisada. Lo que en esta segunda vida sentimos, por espiritual e inefable, no deja sensación menos honda que lo sentido en la primera... Y de las dos, es mejor la imaginada que la vivida.

JOSÉ

No está mal esa idealidad poética para un negociante. ¡Y dirán que los números secan la imaginación!

MANUEL

Es que los números manejados por mí eran como copioso caudal de rimas manejado por un poeta. Los números tienen también su poesía, cuando acuden obedientes a ser afirmación matemática del pensamiento poderoso que los concibiera. Se pensaron mil, mil resultan...; millares de millones, pues millares... ¡Ah!, el arte de hacer dinero tiene también su estética. Hay negocios buenos y malos, ya se sabe; también los hay bonitos y feos. Parece que da lo mismo decir: Fulano ha hecho un buen negocio, o un bonito negocio. Pues no es lo mismo. Cuando se dice de un negocio que es bueno, parece que sólo se atiende al resultado, no a los procedimientos. Ingenioso o burdo en su traza, llevado a término entre altibajos, tumbos y tropiezos, como la ganancia al fin se logre, ¡bueno fué el negocio! ¡Qué diferencia, cuando bien deli-

neado en todos los pormenores, combinado con ingeniosa habilidad, ni un detalle se aparta de lo previsto, todo llega a su punto, como atraído por encanto maravilloso!... Así han de ser los negocios bonitos, así fueron siempre los míos. He sido el Byron de la Aritmética; en perpetua orgía de millones ideaba poemas asombrosos.

JOSÉ

Asombrosos, cierto. Que te permitirán, al fin, unir esas dos vidas, que tú dices paralelas, en un hermoso y real poema de amor y de ventura.

MANUEL

¡Es tarde para mí!

JOSÉ

¿Crees que te será difícil hallar una mujer como María?

MANUEL

(Levantándose.) ¡Los dichosos aseguran que es muy fácil serlo! ¡Qué fácil recoger un brillante en la calle, cuando el pie le tropieza! ¡Loco desatinado quien saliese de su casa todos los días, empeñado en tropezar con uno! Soy humilde, José Luis; porque he luchado mucho con la suerte, sé que la suerte es superior a nosotros. No se envanezca nadie de la dicha. ¡Desvanecido y soberbio será quien crea merecerla!

JOSÉ

(Receloso.) Según eso... ¿no merezco la mía?

MANUEL

Una vez lograda, puede uno mostrarse digno de ella.

JOSÉ

(Acercándose a Manuel, bajo.) ¿Tiene María alguna queja de mí?

MANUEL

¡Qué idea!

JOSÉ

Vino al pensamiento, no pude callarla. Porque, como tú dices, no creo merecer la dicha de tener a María por esposa, desconfío de mí...

MANUEL

Pero debes confiar en ella.

JOSÉ

Es que, a veces, pienso que María no es feliz a mi lado. ¡Sabe Dios si la quiero con toda el alma! ¡Pero no sé expresarlo! Figúrate una melodía dulcísima en la mente de un artista sublime, y como medios de expresarla los dedos torpes y trémulos pulsando un teclado desafinado... Veces hay en que mi alma toda, suspendida, va hacia ella en extática adoración..., pero el alma sólo... ¡Nunca me ha visto de rodillas y la estoy adorando siempre! No, María no sabe cuánto la quiero. Tú eres otro carácter; seguro estoy de que habéis hablado de mí. ¿Qué te ha dicho? Manuel, ¿es dichosa conmigo? Si no lo es, yo prometo enmendarme, no puede ser por maldad mía; no soy malvado, será por defectos que desconozco, por algunos que veo en mí y procuro vencer..., por cosas así, pequeñeces, que estará en mi mano evitar... Dímelo todo. ¿Qué no haría yo por verla dichosa?

MANUEL

¿Por qué no ha de serlo? ¡Defectos! ¿Quién no los tiene? A mí nada me ha dicho. Su tristeza mayor es por verte delicado: eso es lo único que sé..., que no gozáis mucho de la vida por el estado de tu salud; que no vais a diversiones; que no tenéis mucho trato con la gente... Eso no puede ser motivo de infelicidad en un matrimonio, cuando la mujer, como María, se resigna a vivir retirada.

JOSÉ

(Pensativo.) Sí, nuestra vida no es muy alegre.

MANUEL

Haz por animarte. Deja los negocios; la vida se gasta en ellos muy de prisa. No empieces a ser viejo cuando María sea joven todavía.

JOSÉ

Tienes razón. Cambiaré de vida. Siento haber emprendido ese nuevo negocio, que me tendrá todo el año sujeto. Viajaremos, frecuentaremos la sociedad, los teatros... *(Vacila como acometido de un mareo y se apoya en Manuel.)*

MANUEL

(Alarmado.) ¿Qué tienes?

JOSÉ

Nada, un mareo... Nada, ya pasó. *(Con rabia.)* ¿Lo ves? ¡Bueno estoy! ¡Maldita salud! Es mejor morirse.

MANUEL

¿Quieres algo?... ¿Pasó ya?

JOSÉ

Sí, no es nada. *(Sintiendo que llega María.)* María; no le digas una palabra, que no se alarme... Ya estoy bien. *(Animándose.)* Perfectamente... Dame un cigarro... *(Se levanta y pasea aparentando animación.)*

ESCENA II

DICHOS y MARÍA

MARÍA

(A Manuel.) Di lo que quieras. Concluyó la buena armonía entre nosotros. Vengo a enemistaros. *(A José Luis.)* Tienes que reñir a Manuel, pero muy serio.

MANUEL

¡Bah!

JOSÉ

¿Qué ha sido?... Ya supongo, algún nuevo regalo... *(A Manuel.)* Tiene razón María.

MANUEL

Me voy a la calle...

MARÍA

¡Quieto!... *(Mostrando un estuche.)* Mira... *(A José Luis.)* No puedo salir con él, no puedo fijarme en un escaparate... Dile que lo devuelva o reñimos; es un despilfarro.

MANUEL

Pero si eso no vale la pena. Un alfiler, una pulsera... Tengo gusto en que lo luzca esta noche en el teatro Real... ¡Ay! Se me escapó, descubrí la trama... Lo diré todo. María tenía capricho de ir a la función de esta noche; es la ópera nueva, función fuera de abono; pude tomar un palco... He invitado a tu amiga Emilia y a su esposo; son tan amables conmigo...

MARÍA

¿Lo ves?... Nada, reñimos. Te dije que no iría. No iré. José Luis ha llegado esta mañana de viaje, estará cansado, no tendrá ganas de ir al teatro. ¿Verdad?

JOSÉ

Pues sí. Deseo oir esa ópera. He oído hablar de ella... Iremos.

MARÍA

(Con alegría.) ¿De veras quieres que vayamos?... ¡Cuánto me alegro! No me atrevía a decírtelo, pero tenía mucho deseo de ir esta noche al teatro; dicen que será una cosa magnífica... Vaya, Manuel, por esta vez no reñimos; muchísimas gracias... ¿Cuánto tiempo hace que no vamos al teatro? ¡Qué sé yo!... ¿Es platea el palco, verdad?... Estrenaré el broche y el collar... No sé qué vestido ponerme...

JOSÉ

¿Estás contenta? *(Con dulce reprensión.)* ¿Por qué no me lo dices, siempre que desees ir al teatro? ¡Algunas veces te privarás de este gusto!... No eres franca conmigo.

MARÍA

No creas que me cuesta ningún sacrificio. Esta noche voy con gusto, porque estás bueno, porque vamos los tres... Con ir de tarde en tarde le parece a uno algo extraordinario; como cuando éramos chicos y nos llevaban a ver una función de magia por Navidad o por algún santo... Celebraremos con eso la llegada de Manuel... ¡Al teatro!, como los chicos... ¡Pero vamos de noche y al teatro Real!...

MANUEL

¡Y no nos divertiremos como entonces!... Voy a salir. Volveré en seguida. Al bajar pediré el coche para las nueve. *(A María.)* ¿Quieres algo? ¿Necesitas alguna cosa? ¿Flores? ¿Un abanico?...

MARÍA

¿Flores? Tengo llenos los cacharros del tocador... y aquí, mira. Todas las mañanas hace que me traigan una

porción de ellas... ¡Y abanicos!... No, de veras, Manuel, estás muy mal acostumbrado. Guarda los regalos para los que sólo por ellos te quieran. Aquí damos el cariño de balde.

MANUEL

Y el cariño de balde ¿con qué se paga?

MARÍA

Con cariño.

MANUEL

Pues atenciones de cariño son mis obsequios, y si algo valen, como prenda será de que, llegado el caso de pagar las que debo, con alma y vida las pagaría. *(Sale.)*

ESCENA III

JOSÉ LUIS y MARÍA

MARÍA

¡Tu madre decía bien! Hay locuras de la cabeza y locuras del corazón. Manuel es loco de corazón. ¡Hermosa locura capaz de todo lo bueno y de todo lo grande, puesta en ocasiones de realizarlo! Pero no se pretenda encerrar a estos locos, traerlos a la razón ni a la medida de las almas vulgares. ¿Qué hubiera sido de Manuel a vuestro lado? Los impulsos emprendedores de su espíritu se hubieran resuelto en luchas mezquinas contra la autoridad paterna, en calaveradas indignas de su ánimo generoso. En medio a propósito donde explayar su genio, ha logrado fortuna, consideración. Y frente a frente con su conciencia, ha sabido educarse por la conciencia propia, que es la mejor educadora cuando el corazón está sano.

JOSÉ

(Irónico.) ¿Desde cuándo te has dado a esas lucubraciones? ¿Habéis abierto discusión filosófica Manuel y tú? Pues advierte a Manuel que toda la filosofía y todas las leyes dictadas por su conciencia, por lo visto de acuerdo con su conducta, no podrán disculparle de haber amargado la vida de mi padre, de haberle matado a disgustos.

MARÍA

(Disgustada.) ¡José Luis!

JOSÉ

Esa es la verdad. No pretendo, porque logró favores de la fortuna, ¡quién sabe si acomodando leyes de su conciencia a los medios empleados para lograrla!, que el buen éxito de la culpa le absuelva de ella... Pero no parece sino que te ha fascinado; le crees un ser superior, le escuchas absorta. Y él, que es avisado en conocer dónde produce admiración, con los fuegos artificiales de paradojas, teorías extravagantes, ideas absurdas, procura que le admires, que le comprendas, que le quieras... *(Movimiento de María.)* ¡Que le quieras!... Y la verdad es que en cuatro días ha sabido hacerse querer.

MARÍA

(Entre ofendida y lastimada.) Y... ¿lo sientes?

JOSÉ

Sentirlo, no... Siento... Lo que voy notando en ti desde que ha llegado, que estás de su parte, que me crees injusto con él... Ya tendrás ocasión de juzgar si lo he sido, si lo fué mi padre... Apenas ha llegado... ¡Tiempo tendrá de hacer de las suyas!

ESCENA IV

DICHOS y JULIÁN

JULIÁN

Esta carta y este telegrama han traído de casa del señor Montero.

JOSÉ

Trae. *(Coge la carta y el telegrama.)*

JULIÁN

Y esta esquela para el señorito Manuel...

JOSÉ

(Sin mirarla, abriendo ya la carta.) Llévala a su cuarto... o déjala ahí; no tardará en volver. *(Julián deja la carta sobre la mesa, y sale.)*

JOSÉ

(Lee la carta con muestra de mal humor; al concluir arruga el papel. Con ira.) ¡Qué torpeza! No puede uno fiarse de nadie!

MARÍA

(Acudiendo a José Luis, asustada.) ¿Qué sucede?

JOSÉ

Montero me envía este telegrama en que le piden órdenes sobre un asunto que ya debía estar resuelto... ¡Escribí hace ocho días! ¡Es imposible ganar tanto tiempo perdido!

MARÍA

¡No te alteres!

JOSÉ

(Llama. Entra Julián.) No... Iré yo.., *(A Julián, disponiéndose a salir.)* Nada.

MARÍA

(Deteniéndole.) ¿Vas a salir?

JOSÉ

Tengo que ver a Montero.

MARÍA

¡Por Dios, José Luis! No salgas ahora. No te agites... Pon dos letras... *(A Julián, que se dispone a salir.)* Espere usted...

JOSÉ

(Convencido.) Mejor será... Estoy muy nervioso; no respondo de mi calma. ¿Tienes con qué escribir? *(Buscando con la vista.)*

MARÍA

(Llevándole a la mesa y abriendo un pupitre.) Aquí hay de todo... Toma... Es muy tarde para salir... Antes de ir al teatro tendrás que tomar algo... Hemos comido muy temprano... *(Preparando papel, pluma, etc.)* Aquí tienes. *(Se sienta enfrente de él.)*

JOSÉ

(Entre dientes mientras escribe muy nervioso.) ¡El teatro..., el teatro! *(María ha cogido la carta para Manuel, la cual dejó Julián sobre la mesa, y la examina con atención.)*

JOSÉ

(A Julián entregándole una carta y dos pliegos de papel.) Corriendo a casa del señor Montero y desde allí a la Central... este telegrama... urgente..., contestación pagada.

JULIÁN

Está bien. *(Sale.)*

JOSÉ

(Reparando en la carta que tiene María en la mano.) ¿Qué carta es ésa?

MARÍA

La carta para Manuel. *(Sin soltarla.)*

JOSÉ

(Con dureza.) ¿Vas a abrirla?

MARÍA

(Risueña.) ¡Qué disparate! Miraba si sería de mujer... Tiene toda la traza... Aunque recién llegado, no le faltará algún amorío...

JOSÉ

(Severo.) ¿Te importa?

MARÍA

Nada... *(Notando la actitud de José Luis, ya grave, se levanta y se dirige hacia él siempre con la carta en la mano.)* ¿Por qué me preguntas así? ¿Qué quieres decirme?

JOSÉ

(Fuera de sí.) ¡Deja en paz esa carta! ¡Me estás poniendo nervioso!

MARÍA

(Ofendida, más cerca.) ¡Pero José Luis!...

JOSÉ

(Le arranca la carta, la estruja y la arroja sobre la mesa.) ¡Ábrela, entérate!... ¿Estás celosa?...

MARÍA

(Ofendida, primero con energía, con profundo sentimiento después, rompiendo a llorar.) ¡José Luis!... ¡José Luis! *(Se deja caer en un sillón.)*

JOSÉ

¡Eso me faltaba! ¡Estoy yo para llantos! *(Sale. Pausa.)*

ESCENA V

MARÍA y MANUEL

MANUEL

¡María! ¿Qué tienes? ¿Por qué estás así?

MARÍA

¡Nada!... No es nada...

NANUEL

¿Y José Luis? *(Dirigiendose como en su busca.)*

MARÍA

(Deteniéndole.) ¡No, no! Déjale..., déjame...; si no es nada. José Luis se sintió mal, me asusté..., estoy muy nerviosa... y me eché a llorar. ¡Qué tontería!

MANUEL

(Fijándose en la carta arrugada y cogiéndola.) ¿Una carta? ¿Para mí?... ¿Qué es esto?

MARÍA

José Luis recibió al mismo tiempo un telegrama y una carta desagradable, y furioso lo estrujó todo... Por eso está así... ¡Perdona!...

MANUEL

Pero, ¿qué le sucede? ¿Qué noticias son ésas?

MARÍA

Un asunto..., una torpeza de un corresponsal... Ya conoces su genio; en el pronto...

MANUEL

¡Cuánto debe hacerte sufrir!

MARÍA

Es que soy muy tonta, no me hago cargo de que se le pasa en seguida.

MANUEL

¡Qué carácter!... Hace un rato estuvo conmigo, aquí mismo, departiendo tan alegre, tan expansivo... ¿Te acuerdas?... Él nos animó a ir al teatro... ¡Bah! No puede ser esto... Voy a buscarle...

MARÍA

No, Manuel... Ya vendrá... No vayas tú.

MANUEL

Cualquiera dirá que le tienes miedo... Mira, ¿sabes lo que pienso? Que debemos castigarle como a los chicos temosos... Nos vamos al teatro y le dejamos solito. ¡Es mucha rareza de genio!

MARÍA

No. Yo no voy al teatro. Vé tú solo. Prescinde de nosotros, te lo suplico... ¡No porfíes con José Luis esta noche!...

MANUEL

Conmigo no creo que esté enfadado...

MARÍA

Cuando está de mal humor, lo está para todos.

MANUEL

¡Pues dígote que mayor aguafiestas!... ¡Tan contentos como estábamos con nuestra ópera!... Y hemos de ir, ya verás... Voy a vestirme... y créeme, haz lo mismo... No es cosa de afligirse porque se torció un asunto... Todo ello será unas cuantas pesetas de menos, de menos que ganar, ¿eh?..., pero ganando siempre... El caso es quejarse.

MARÍA

¡Ya lo ves! ¿Quién podía ser más dichosos que nosotros?

MANUEL

¡Ay, hija! Pues si los ricos no rabiaran ni se murieran, la revolución social sería ya un hecho. Conviene hacer creer que somos unos infelices, que el dinero no da la felicidad..., y mira, de eso estoy convencido hace mucho tiempo. Voy a vestirme..., vuelvo por vosotros, y si él no quiere venir, maldita la falta que nos hace... Iremos solos. *(Sale.)*

ESCENA VI

MARÍA

¡Qué diferencia!... ¡Hermanos más distintos!... José Luis ha llegado a un extremo de rareza, que no es posible entenderle. Se atormenta a sí mismo y nos atormenta a todos... No quiere a su hermano..., ya se ve... Es una antipatía, una repulsión invencibles. Conozco que lucha por arrancarlas, pero están arraigadas muy hondo... Ideas, sentimientos..., todo es distinto en ellos... Y Manuel le quiere... Manuel es bueno. José Luis es injusto con él...

Mi corazón se rebela contra su inquina en acriminarle... ¡Aquel ceño severo de su padre!... Me parece que lo estoy viendo. Cuando éramos pequeños, nos asustaba..., sólo José Luis se atrevía a afrontarle... Su madre, en cambio... ¡Qué buena para todos! ¡Todos cabíamos en sus brazos, para todos había caricias!... Tan opuestos eran los dos, que ni al dar vida a sus hijos se confundieron. ¡Pobre madre! ¡Cuántas veces la vi llorar a escondidas!... Como yo ahora... ¡Dios mío, qué tristeza! *(Con llanto silencioso.)* ¡Qué perpetuo sacrificio el de mi vida!... ¡Y no me quejé nunca! Con todo el cariño, con toda la abnegación de mi alma, procuré hacerle dichoso... ¡Y no lo es! *(Con amargura.)* ¡Y si no lo es él!..., ¿cómo puedo yo serlo?... No es culpa mía. ¡Dios mío! No lo es... ¡Madre mía! *(Queda llorando.)*

ESCENA VII

MARÍA y EMILIA

EMILIA

(Dentro.) Deje usted..., ¡donde estén!...

MARÍA

(Al oir la voz de Emilia se levanta y procura serenarse.) ¡Ah! Emilia...

EMILIA

Aquí me tienes. Tu hermano político ha sido tan amable que nos ha invitado al teatro esta noche. Pero Fernando no puede acompañarme a primera hora; yo no quería llegar tarde y vengo para ir contigo... si no molesto. Traigo el coche. Nosotras podemos ir en el mío, y José Luis y Manuel en el vuestro... ¡Qué calor hace aquí! *(Quitándose el abrigo.)* ¡Me he vestido tan de prisa!... Temí no encontrarte..., y todavía estás así. Es cerca de las

ocho y media... Ya sé que José Luis llegó bien... ¿Qué te pasa? Tienes mala cara... Pero, anda, criatura, vístete... Yo soy muy ordinaria, no me gusta llegar a función empezada.

ESCENA VIII

DICHAS y MANUEL de frac y una flor en el ojal.

MANUEL

Por mí cuando queráis... *(Al ver a Emilia.)* ¡Ah!... Señora...

EMILIA

(Saludándole.) Tantas gracias por su atención.

MANUEL

¿Y su esposo?

EMILIA

Irá más tarde. Tiene junta en el Círculo...

MANUEL

(A María.) ¿Y José Luis?...

MARÍA

(Aparte a Manuel.) ¡Por Dios, Manuel! Ya ves qué situación... ¡Cómo decir a Emilia...! Y yo no puedo ir.

MANUEL

¡Cómo! Vé a vestirte. Yo hablaré a José Luis.

MARÍA

No, no... ¡Esta noche le tengo miedo!

MANUEL

¡María!... ¿Eso pasa? ¡Miedo!... Serás otra pobre víctima como mi madre. ¡Tú, tan buena, tan santa como ella! ¡Oh! No puede ser, te digo que me oirá José Luis.

MARÍA

No, Manuel, te lo ruego... No le conoces... No crea que soy yo quien te anima en contra suya... ¡Sabe Dios lo que pensaría. *(Siguen hablando en voz baja.)*

EMILIA

(Observando.) (¿Qué sucede aquí?... Algo extraño ocurre... ¿Si tendría razón ayer Paca?... No lo creo... Pero, ¡tendría que ver!...) *(Mira al reloj. Alto.)* Las nueve menos cuarto... ¿Es que he venido a incomodar? ¿No pensabas ir al teatro?

MANUEL

Sí, sí... Vamos, María, vístete... Ya lo ves... ¿Cómo dejar a Emilia?... Voy por José Luis... Te digo que irá... A punto llega.

ESCENA IX

Dichos y JOSÉ LUIS

EMILIA

Bien venido.

JOSÉ

Buenas noches, Emilia. *(Se sienta.)*

MANUEL

También tú sin vestir... Vamos... ¿Qué tardas?...

JOSÉ

No voy al teatro..., estoy malo... Hace mucho frío..., no tengo humor de teatros...

MARÍA

(Sentándose a su lado.) Me quedaré entonces... Vé tú, Manuel.

EMILIA

(¡Me he lucido! ¿Van a mandarme sola, con el cuñado?... ¡Un soltero rico!... ¡Bonitas lenguas hay en Madrid!) Si está usted malo, nos quedaremos... *(Se sienta.)*

MARÍA

(Que ya no se acordaba de Emilia, advirtiendo su presencia.) Es verdad, tú... (¿Qué pensará Emilia? ¡Estoy angustiada!)

MANUEL

Está bien... ¡Nos quedaremos! *(Se sienta resignado.)* Nos quedaremos a velar al moribundo...

JOSÉ

(Irritado.) No... Yo me acuesto... Pueden ustedes ir... *(A María.)* Tú también.

MARÍA

No, yo no.

JOSÉ

¡Te digo que vayas!

EMILIA

(Conciliadora.) ¡Vamos! *(A José Luis.)* Y usted también. Anímese... Hoy tiene usted mejor semblante que nunca... Se distraerá; Fernando quiere hablarle... Vaya, a vestirse. ¡No es usted ningún carcamal para acostarse a las

ocho! ¡Por Dios! Si se apoltrona usted... a su edad... Aprenda usted de su hermano... Así, hecho un pollo...

MANUEL

(A José Luis, aparte.) ¡Vamos, José Luis!... Ya ves que María no puede quedarse... No des que decir. Ven con nosotros...

JOSÉ

(Con dureza.) ¿Os prohibo que vayáis?

MANUEL

Pero María no va gustosa si tú no vienes.

JOSÉ

¿Qué falta hago yo?

MANUEL

(Con enfado.) ¡Eres insoportable!... No sé cómo María tiene paciencia...

JOSÉ

¡Siempre la tuvo!... Menos hoy, que estáis todos muy impacientes...

MANUEL

(Perdiendo la paciencia.) ¡Ea, María..., vístete!

JOSÉ

Sí; vístete... ¡No me hagas que parezca un maido ridículo!... ¡Que vayas, te digo! Yo me quedo. *(Sale María.)*

ESCENA X

EMILIA, JOSÉ LUIS y MANUEL

EMILIA

(Aparte a Manuel.) Diga usted. ¿Le da muy a menudo?

MANUEL

(Aparte.) ¡Ahora, los comentarios de la amiguita con la mejor intención!... ¡Qué tino el de José Luis para dar espectáculo!

EMILIA

(A José Luis.) Amigo mío..., no lleva usted buen sistema...

JOSÉ

(Aparte.) Ésta concluirá de sacarme de quicio.

EMILIA

María va disgustada sin usted... ¡Qué maridos! Vea usted dos mujeres, con su marido cada una, y la noche que se les ocurre ir al teatro tienen que buscar quien las acompañe. *(A Manuel.)* Gracias a que usted está soltero...

MANUEL

Señora...

EMILIA

Si estuviera usted casado, no habría que contar con usted; sería usted desatento y grosero como todos. ¡Pero, Señor!, ¿en qué consistirá? Un día antes de casarse, los lleva una de modistas, de tiendas, al teatro, donde una quiere, como corderitos..., y después de casados... no hay quien les haga ir a ninguna parte. No se case usted.

MANUEL

¡Si dan ustedes un ejemplo...!

EMILIA

Y que usted no necesita casarse. ¡Si estuviera usted solo!... Pero ha encontrado usted aquí su rinconcito. ¡Quién como usted! Con todas las ventajas y ningún inconveniente del matrimonio... El orden, la familia... Ya, ya sé que lleva usted una vida muy arreglada, que no sale usted de noche...

MANUEL

Estos días que José Luis estuvo fuera, por no dejar sola a María..., aquí pasábamos la velada. Yo refería mis viajes, o jugábamos un rato al bezigue, o leíamos uno enfrente de otro... novelas de Loti. María no las conocía, yo se las dejé, y la encantaron...

EMILIA

(A José Luis.) ¿Lo ven ustedes? ¿A que no se le ocurre a ningún marido traer a su mujer novelas de Loti?... ¡Ni de nadie!

JOSÉ

(Aparte.) Esta mujer me desespera... ¿Habla con intención... o habla por hablar, sin saber lo que dice, y soy yo quien va dando intención a cada palabra suya?...

EMILIA

¿Estaba usted ayer tarde en el paseo de coches con María?

JOSÉ

No, si he llegado hoy...

EMILIA

¡Ya decía yo! Una amiga, Paca Contreras, porfiaba que había usted llegado ayer, que había visto a María en paseo con su esposo..., y yo que no sería su esposo, sería su hermano, y ella que sí...

MANUEL

(Exasperado.) Y usted que no... Pues tenía usted razón... Éramos María y yo. Ya lo sabe usted... *(Aparte.)* ¡Qué mujer! José Luis está lívido. ¡Mucho será que no le suelte algún exabrupto!

ESCENA XI

DICHOS y MARÍA, vestida para el teatro.

EMILIA

¡Qué guapa! ¡Qué elegante? ¡Precioso vestido!... Los regalos de tu hermano. Así me gusta... ¡Magnífico collar! *(Cogiéndola de una mano y presentándosela a José Luis.)* Mire usted. ¡Tantos le envidiarán a usted esta noche..., y usted aquí, mientras, tan tranquilo!

JOSÉ

(Con sarcasmo.) ¡Tan tranquilo!

MARÍA

(Me asusta su cara. Comprendo lo que pasa en su interior.) ¿Te sientes bien? ¿No te molesta que te deje?

JOSÉ

No... ¿Por qué? Diviértete mucho...

MARÍA

(Con pena.) ¡Mucho! ¡Sí! ¡Ya sabes lo que yo me divierto cuando te veo así!

MANUEL

(Aparte, poniéndose el abrigo.) ¡Pobre María! Está para echarse a llorar. *(Alto.)* Volveremos temprano. Saldremos antes de que concluya... *(Ofreciendo el brazo a Emilia.)* Emilia. *(A José Luis.)* Hasta luego...

EMILIA

(A José Luis.) Que usted se alivie... *(A Manuel, aceptando el brazo.)* ¡No parecen ustedes hermanos!

MARÍA

José Luis, dime por qué estás así... Mira que me quedo... *(Con decisión.)* ¡Me quedo!

JOSÉ

(Con sequedad.) ¡Que espera Emilia!

MARÍA

(Afligida.) ¡Qué mal me tratas!

JOSÉ

(Cogiéndola una mano con ira.) ¿Yo? ¿Te trato mal?...

MARÍA

(Asustada.) ¡Ay! *(Manuel y Emilia, al oir el grito, vuelven desde la puerta; Manuel se acerca a José Luis.)*

MANUEL

(Con autoridad.) ¡Pero, José Luis..., José Luis!

EMILIA

¿Se siente usted peor?

JOSÉ

(A María.) Vete, vete... Si te digo que estoy bueno, que no me haces falta...

EMILIA

(Al salir. Aparte.) ¡Ay, ay, ay! ¡Me parece que Paca tenía razón! *(Salen todos menos José Luis.)*

ESCENA XII

JOSÉ LUIS y después JULIÁN

JOSÉ

¡Qué mal me tratas! ¡Qué mal me tratas! ¡Nunca pensé oirlo!... ¡Y dejarme así!... ¡Calma, calma! Necesito poner orden en este tumulto de mis pensamientos..., se atropellan, se obscurecen unos en otros, y quiero percibirlos uno por uno, claríisimos, palpables. ¿Qué pasa por mí?... ¡Quiero verlo!... ¡Sí, lo veo!... ¡Mi madre! ¡Eso es, mi madre!... Era buena, era honrada como María, nunca se rebeló contra la severa autoridad de mi padre, vivió feliz en la virtud más acendrada... Pero un día llegó el viajero, el amigo a quien se abre la casa como a hermano..., llegó risueño, halagador de la imaginación y de los sentidos..., y una vida de honradez, de virtudes, no pudo resistir al atractivo encanto de aquel hombre. Era yo muy niño... y recuerdo, recuerdo..., y el recuerdo fortifica en mí el odio que sentí por el intruso... ¡No, no es mi hermano! Es un intruso como aquél, que viene a robarme... ¡Ah! ¡No!... ¡Enloquezco! ¡María es honrada!... ¡Lo será siempre!... Pero, ¿por qué se ha ido? Se ha ido con él... ¡No, no te escapes, pensamiento; quiero oir lo que dices, ver lo que imaginas!... ¡Que María no me quiere! ¿Es eso? ¡Que no puede quererme!... Eso es la verdad de lo que pienso... ¡Horrible verdad!... No es amor el suyo. Había más respeto que cariño en su afecto para conmigo. Educada con rigor por su padre, trasladó al esposo el respeto filial, sumisa, resignada. Confiado en mi autoridad, creía yo ir formando para mí su espíritu, al mismo tiempo que la

Naturaleza formaba la mujer... ¡Mía pude llamar la corporal hermosura, pero el espíritu rebelde nunca fué mío! Halló forma su aspiración, y hacia ella va el espíritu, y en pos de sí arrastrará la vida entera..., ¡cuerpo y alma!... ¡Si ya no fué en mi ausencia!... Emilia hablaba con intención... Aquí todas las noches, juntos siempre... ¡Ay, el único halago de mi vida! ¡Todo negrura y tristeza ahora! ¿Por qué razón vivir vida tan miserable? *(Se mira al espejo.)* Envejecido, enfermo... ¿Cómo puede quererme?... ¡Ella, joven y hermosa!... ¡Qué hermosa estaba!... ¡Y la dejé con él... después de atormentarla con mi violencia, cuando acaso sintiera odio hacia mí..., odio y desprecio!... Y él a su lado, apuesto, seductor... ¡Oh, no puede ser! ¡María es honrada! ¡No puedo ser tan desdichado!... ¡La culpa es del miserable, sí, miserable ladrón como aquél..., como su padre!... ¡No puedo más!... ¡Me ahogo! Julián. *(Llama. Entra Julián.)*

JULIÁN

¿Qué manda el señorito?

JOSÉ

Tráeme el gabán, el sombrero..., pronto... *(Sale Julián.)* *(Dan las diez.)* ¡Las diez! Las diez... ¡Qué temprano todavía!... Iré al teatro, hay tiempo... Tengo fiebre... Iré así como estoy... Iré... Avisa un coche... No.., espera... Iré a pie. *(Sale Julián.)* Me conviene andar... Les extrañará verme..., no me esperan... ¿Qué decir?... ¡Bah! Diré... diré... Lo pensaré por el camino, eso me distraerá. Me haré anunciar como una visita, les daré broma... Tengo ganas de hablar, de hablar mucho..., esta noche no dejo hablar a Manuel... Les divertiré, les haré reir..., ¡reir, eso..., reir! ¡Qué ocurrencia! ¡Oh, no! No haré sainete para los demás lo que es tragedia espantosa para mi corazón... Esperaré... Pero esta noche..., esta noche eterna, no puedo... ¡Me ahogo! Necesito andar, andar mucho, hasta caer rendido,

hasta quebrantar mis nervios; si no, esta noche será de ruina para todos... Estoy loco, no respondo de mí... El abrigo... *(Palpando el interior del gabán.)* ¿Qué es esto? ¡Un arma!

JULIÁN

El revólver de bolsillo del señorito.

JOSÉ

¡Oh! No, no... Quita eso, quita... Guárdalo... *(Sale.)*

JULIÁN

(Asombrado.) Pero ¿qué tendrá el señorito esta noche.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

ESCENA I

MANUEL, leyendo, y después MARÍA

MARÍA

(Entrando.) ¿Estás solo? ¿Y José Luis?

MANUEL

Ha salido.

MARÍA

¿Otra vez?... ¡Es raro! Él que antes no salía de casa sino lo preciso, hace unos días que no deja de entrar y salir... Estoy con cuidado... José Luis no está bueno.

MANUEL

No, no lo está

MARÍA

¡Vaya una temporada que estás pasando!... ¡Si deseabas tranquilidad!...

MANUEL

¡Oh, eso no!... Pues si tú supieras que necesito recogerme dentro de mí para darme cuenta de que soy el

mismo..., el inquieto y vagabundo Manuel, para quien eran quietud y reposo sinónimos de encarcelamiento o de muerte... ¿Yo complacido en esta vida que, por decirlo así, me dan hecha, sin tener que preocuparme por otra cosa que por ir viviendo?... ¡Yo que había de pensar y ocuparme cada día... en todo lo que constituye la existencia diaria, en lo grande y en lo pequeño! Plantear un negocio y disponer el almuerzo, las liquidaciones de Bolsa y la cuenta de la lavandera... No podía fiarme de nadie. Un solterón es como terreno baldío, en donde todos se creen con derecho a cosechar; y si sobre no casarse y no tener familia, no se deja uno explotar de todos, ¡buena fama echará de egoísta empedernido! Sólo los que no tenemos hijos podemos apreciar lo que vale ante los pedigüeños la solemne protesta del padre de familia: «Señor mío, tengo hijos...» Con lo que me ha costado a mí no tenerlos, hubiera criado dos docenas.

MARÍA

¿Por qué no te casas? No sabes lo que me alegraría de verte casado. Te lo digo como lo siento... Y José Luis también se alegraría mucho... Dime... ¿No has hallado nunca en el mundo una mujer que, al conmover dulcemente tu corazón, te hiciera pensar... ¡con esta mujer viviría yo dichoso!?... En tus viajes y correrías incesantes, ¿no diste nunca con un lugar apacible, donde parece que sólo en contemplarlo calma el corazón todos sus anhelos?... Pues une en tu pensamiento aquella mujer y este lugar, y considera qué feliz serías al labrar con ella tu nido de amor en aquel rinconcito apacible...

MANUEL

¡He viajado casi siempre en tren expreso, y he pasado de largo... por los lugares y por las mujeres!...

MARÍA

¡Si yo conociese alguna! He de buscar... ¿Me das permiso?

MANUEL

¡Esas cosas no se buscan, se encuentran!

MARÍA

¿Piensas estar aquí mucho tiempo todavía? Por más que digas, estarás ya cansado... ¡Esta vida nuestra!... ¡El carácter de José Luis!...

MANUEL

¿Lo creerás?... Me distrae hasta eso, las reyertas y regañinas con mi querido hermano... ¡Pobre José Luis! Le quiero a pesar de todo. Es un niño mimado... Ha tenido siempre quien le mime... ¡Dichoso él! Sus rarezas son de chiquillo; es mayor que yo y le trato como si fuera hermano pequeño. Empleo en él los sentimientos de paternidad que a mis años empiezan a manifestarse... Siente uno afán de proteger, de dirigir a un ser más débil... Y en esta casa sois dos, él con sus impaciencias y egoísmo de niño enfermo; tú, con tus inquietudes y desvelos de madre amorosa... Yo seré el fuerte, el cariño que ampara sin debilidad, sin blandura...; el padre, el suegro, lo que haga falta... ¡Digo, si no me echáis de aquí por importuno!...

MARÍA

Yo, no, Manuel. Puedes creerlo.

MANUEL

Tengo mi plan. En cuanto pase el frío y José Luis arregle esos asuntos, haremos un viaje, corre de mi cuenta. Por tierras alegres de cielo azul y sol de fuego, de flores y cantares... Por Andalucía, por Italia... Sevilla, Málaga, Venecia, Nápoles..., donde amanece el día con más luz y el vivir por sí solo es alegría; donde los pobres cantan y el viento susurra y los mares mecen... ¡Tierras que Dios bendice!... ¡Donde ni el pecar es pecado! Eso es

lo que necesita José Luis para curarse. Un baño de aire puro, saturado de luz y de alegría..., y tú también..., ¡pobre niña!, para que tus ojos cobren luz y tu pecho respire sin angustia..., sin lágrimas ni suspiros..., que con tu hermosura triste me pareces dolorosa de este penoso calvario de la vida...

MARÍA

No halagues la imaginación con perspectiva tan risueña... Bien sé que no será. José Luis no está enfermo..., es enfermo...

MANUEL

¡Bien lo acertaste!

MARÍA

Es por naturaleza triste y se complace en la tristeza... ¡Le hace daño la luz!... No le propongas siquiera ese viaje... Vé tú solo...

MANUEL

(Con desaliento.) ¿Solo?... ¡Solo, no!

ESCENA II

DICHOS y JOSÉ LUIS. (Entra sigiloso.)

MARÍA

(Encontrándose de pronto con él, asustada.) ¡Ay!

MANUEL

¡José Luis!

JOSÉ

¿Te he asustado?

MARÍA

Entraste de pronto... ¿No has llamado?

JOSÉ

Salía Julián...

MARÍA

(Aparte.) (No hay duda, lleva la llave para entrar sin que se le sienta... ¿Qué sospecha de mí? ¡Dios mío!)

MANUEL

(A José Luis.) Contra ti..., digo, no, en favor tuyo conspirábamos...

JOSÉ

Sí, ya noto que andáis siempre juntos..., de conspiración por lo visto.

MARÍA

(Aparte.) (¡Su sospecha es horrible! Mi corazón se subleva...; es ira ya, más que tristeza, lo que siento...)

MANUEL

Tenemos un plan...

JOSÉ

(Aparentando jovialidad.) ¿Cada uno, o los dos el mismo?... Es curioso; hoy nos dimos todos a hacer planes... Yo tengo otro.

MANUEL

Veamos.

JOSÉ

No. Veamos primero el vuestro. No quisiera que el mío le trastornase.

MANUEL

Se trata de un viaje...

JOSÉ

¿De un viaje?... ¿Si habrá que creer en eso que llaman

la sugestión a distancia? De viaje es el mío... *(Con firmeza.)* En esta semana me iré con María a París.

MARÍA

(Aparte.) (¡Desconfía de mí! ¡Quiere separarme de su hermano!...)

MANUEL

(Con extrañeza.) ¿En esta semana?...

JOSÉ

Me han hablado de un negocio en proyecto... Iré a estudiarlo, y de paso cumpliré lo ofrecido a María.

MANUEL

Yo creí que irías a descansar. ¡Un viaje de negocios... no vale la pena!...

JOSÉ

Yo siento dejarte... Pero ya sabes que puedes permanecer aquí cuanto gustes. La casa está a tu disposición.

MANUEL

(Con sequedad.) Gracias. *(Aparte.)* (Me echa de aquí... no quisiera comprender por qué.)

MARÍA

(No pudiendo contenerse.) ¿Pero es tan urgente ese viaje? ¿No podíamos esperar?

MANUEL

(Apoyando.) El clima de París en esta estación no es muy favorable a tu padecimiento.

JOSÉ

(Receloso.) ¡Es gracioso! Estáis de continuo porfiándome para que deje mis asuntos, salga de Madrid, procure

distraerme..., y ahora que soy yo quien lo propone, os desagrada y os contraría.

MARÍA

(Protestando.) ¿Contrariar? No.

JOSÉ

¿Qué plan era el vuestro? ¿Ese plan que lleváis combinando días y días, en largas conversiones secretas?...

MARÍA

Secretas, no... Todo el mundo puede oirlas. Manuel proponía un viaje por Italia...

JOSÉ

(Con intención.) Él puede hacerlo.

MANUEL

(Con decisión.) Lo emprenderé esta noche mismo.

MARÍA

¿Te vas?

JOSÉ

Lleva aquí mucho tiempo... Estará aburrido.

MARÍA

Pero esta noche..., así, de improviso.

MANUEL

(A María.) (Me voy antes de que me echen.)

MARÍA

(¡Ha comprendido!... ¡Me muero de vergüenza!)

MANUEL

Voy a disponerlo todo... Pronto os dejaré tranquilos. *(Sale.)*

ESCENA III

JOSÉ LUIS y MARÍA

JOSÉ

(Alegre y animado, como quien se ha quitado un peso de encima.) Así podemos marcharnos sin cuidado... Tomaremos casa en París..., podemos llevar a los criados... Tú verás cómo allí vamos a todas partes, a teatros, a fiestas... ¡Qué teatros aquéllos! ¡Qué lujo! Ya verás... Y para vosotras tiene mayores encantos: las tiendas, los bazares... ¿No me oyes?... ¿Estás triste?... ¡Siempre triste conmigo!... ¿Te disgusta el viaje?... *(Impaciente, con acritud.)* ¿Qué sientes dejar? ¿Por qué estás triste?

MARÍA

¡José Luis, lo que has hecho es horrible!... ¡Por primera vez he tenido de qué avergonzarme! Tu hermano comprende que estás celoso... ¿Qué pensará de mí? ¿Que soy mujer de quien puede sospecharse tal infamia? ¿Has pensado en ello?... No lo has pensado, como no has visto que días ha mi vida es un infierno, que me siento morir..., ¡que no puedo más!

JOSÉ

Donde no hay culpa, no hay recelo de que pueda ser sospechada. Si Manuel comprende lo que pasa por mí..., antes habrá comprendido lo que pasa por él.

MARÍA

¡Estás ciego, José Luis; estás loco! ¿Cómo nació en ti esa sospecha?... Sólo en celoso desvarío pudiste sospechar de tu hermano... ¿Pero de mí? ¡Tan cruel es la ofensa, que ni por locura puedo perdonarla! ¿Qué devaneos, qué liviandad, qué ligereza siquiera, viste en mí, para

hacerla posible?... ¿Esa estimación te merecí?... ¡a cambio de consagrarte mi vida entera!... ¡Si no he vivido más que para ti! ¿Sacrificada?... No; porque el cariño no se sacrifica nunca...; complacida, porque era mi única dicha verte dichoso a mi lado... ¡Y no lo conseguí! ¡No lo fuiste nunca! En lo que era para mí gustoso deber cumplido sin pena, veías tú sumisión forzosa. ¿Pensaste que el amor sólo puede vivir y gozar en una vida de fiestas, de placeres, y que el mío no podría subsistir de otro modo? ¿No viste agrado en mí? ¿No viste virtud?... Entonces, es que para ti fuí la esclava sometida por fuerza, no la esposa virtuosa, la esposa cristiana... que aun ahora, roto el lazo de amor, humillada, ofendida... será fiel, será honrada... porque mi madre, honrada, cristiana como yo, supo infundir en mi alma, al calor de oraciones y de besos, un sentimiento más profundo que todos los afectos, que todas las pasiones humanas... ¡Santo temor de Dios! Y todavía, si él me faltase, la memoria de mi madre me salvaría... ¡Por Dios y por mi madre, soy honrada!

JOSÉ

¡Lo eres, sí! ¡No podría dejar de creerlo! Para ti no hubo ofensa... Es que sé cuánto vales y lo poco que valgo... Sé que no te merezco y temí que me robaran tu cariño... ¡Tú no sabes cómo te quiero! ¡Nunca supe decírtelo!... Soy así... No quisiera que nadie conociera lo que vales..., ¡ni tú misma!... Por eso nunca te lo dije..., ¡que fuera yo solo a quererte... y a nadie más que a mí debieras cariño!... Egoísmo, sí...; ¡pero es que para mí no había más que tu cariño en el mundo!... Desconfianza en mí, eso eran mis celos... No debí dudar, lo sé... Perdona... Es maldición mía dudar de todo...

MARÍA

(Compadecida.) José Luis, llevas un odio en el corazón que amarga tu vida.

JOSÉ

¡Por Manuel, sí!... ¡La culpa es suya!

MARÍA

No hay culpa en él.

JOSÉ

(Sin oirla, desentrañando sus recuerdos.) ¡Siempre a tu lado!... ¡Hostigándote contra mí, afilando sin cesar el ingenio para zaherirme!... Y tú, escuchándole embelesada... *(Movimiento de María.)* ¡Y siempre juntos!... No salí una vez, que al volver no le hallase en tu cuarto... y la conversación había sido larga... Siempre había tres o cuatro puntas de cigarros en el cenicero...

MARÍA

¡Hasta en eso repararon tus celos!

JOSÉ

¡Reparé en todo!... Manuel te quiere...; es seductor, es cínico..., hay mucho escándalo en su vida... Mina con frialdad, espera... Ahora mismo, si recuerdas las conversaciones que tuvo contigo, notarás frases maliciosas en las que no reparaste primero... De seguro te habló de amores..., te hizo notar lo monótono y triste de nuestra vida, te habló de otros goces, de otras emociones..., de arte, de viajes...; puso novelas en tus manos, que hablaran por él con más elocuencia... Puso cerco a tu espíritu para rendirte... Piensa, recuerda.

MARÍA

No, no hallo culpa en él, por más que rebusco... Siempre me trató como a hermana. Eres injusto con él, José Luis, una vez más te lo digo.

JOSÉ

¡Es que a pesar tuyo le quieres!... Subyugó tu imaginación, le comparaste conmigo... Es joven, gallardo, obsequioso, vivo de ingenio... ¡A pesar tuyo, le comparaste conmigo!... ¡A pesar tuyo, sentiste que de los dos hermanos no fuese yo el que viniera de lejos!... Acaso la idea de mi muerte..., estoy enfermo..., libre tú, ¡oh!, seguro estoy de que lo habéis pensado... él y tú, como lo pienso yo... Sí, sí... Él enfrente de mí, yo a tu lado... ¡Por fuerza ha de pensarse!

MARÍA

¡José Luis! Eso es ya locura. Si hablas así, creeré que estás enfermo, y como a enfermo habrá que tratarte.

JOSÉ

¿Enfermo? ¿Loco dices? ¡Así lo estuviera!... Por lástima entonces habías de darme el cariño que he perdido... ¡No, no puedes quererme! ¡Desdicha mía! ¡A toda costa quiero para mí todo tu cariño, y de cada vez más lo pierdo!... ¡Perdóname, María! ¡Ten lástima de mí! Si es cariño el mío, porque es cariño; si es locura, porque es locura..., de todos modos necesito tu amor... ¡Has sido el único de mi vida!... Si yo supiera que te había perdido para siempre, que mi vida era un estorbo en la tuya..., que sin mí serías dichosa..., ¡sin dudarlo me mataría... y sin que tú lo sospecharas para no dejarte un remordimiento en tu felicidad!... *(Llora.)*

MARÍA

¡José Luis, llora! ¡Llora! Las lágrimas alivian.

ESCENA IV

DICHOS y MANUEL

MANUEL

(Desde la puerta hablando con Julián.) Sí, recógelo todo. Haz que lo lleven al hotel... Yo iré en seguida... *(Acercándose.)* He dispuesto mi marcha... Vengo a deciros adiós *(Conmovido),* a daros gracias por todo..., a pediros perdón...

JOSÉ

(Con decisión.) Manuel... No es culpa mía. Nuestra situación era violenta. Joven, soltero, famoso por tus aventuras, sospechoso por tu vida pasada, tu estancia en mi casa ha dado ocasión a murmuraciones... La gente es mal pensada..., llegaron hasta mí... Tu asiduidad con mi esposa, tus obsequios, eran asunto de comentarios, que yo no podía tolerar. La honra de María está para mí antes que todo... Mientras yo exista, nadie, por ninguna ocasión, pondrá sospecha en ella, sea quien fuere... No extrañes que no te detenga, que te deje salir de mi casa de este modo. Por fortuna tuya, para nada me necesitas...; yo a ti, tampoco... Sé muy feliz. ¡De corazón te lo deseo!

MANUEL

(Con arranque.) ¡Oh! ¡No puede ser! María, déjanos... Tengo que hablar con José Luis... No puedo marcharme sin hablarle... *(María se acerca a José Luis como negándose a dejarlos.)*

JOSÉ

(A María.) Déjanos... Estoy tranquilo... Es mejor hablar claro. *(Sale María.)*

ESCENA V

JOSÉ LUIS y MANUEL

JOSÉ

¡Habla! Di cuanto tengas que decirme. Te escucho tranquilo.

MANUEL

¡Si no sé qué decirte! ¡Si no sé lo que pasa por mí desde que he visto claro en tu corazón!... Quise tomarlo a risa, como genialidad tuya..., una idea disparatada que pasó un instante por ti, sin advertirlo tú mismo, en una sacudida de tus nervios... ¡Pero ahondar la sospecha y espiarnos... y llegar a creerla certidumbre!... ¡Atormentar a esa pobre niña!... ¿Qué negruras de infierno llevas en ti, que todo lo entenebrecen?... ¿De qué infamias eres capaz, que todas son para ti posibles?...

JOSÉ

(Fuera de sí.) ¡No hay infamia de que no crea capaz a quien nació en ella!

MANUEL

¿Qué has dicho?... ¡Repite eso que has dicho!... ¿Quién nació infame?

JOSÉ

Si me odias como yo a ti, si odias la memoria de mi padre como yo la del tuyo..., bastante dije. Quien usurpó al nacer nombre y herencia, bien puede ser capaz de traer a mi casa otra vez la deshonra y la infamia...; ya lo oíste. Sal de mi casa.

MANUEL

(Conteniéndose a duras penas.) ¡Desdichado! ¿Lo dices?... ¿Lo pensaste?... Pues si por mis venas corriese sangre

extraña a la tuya..., una sola gota no más..., no lo dirías!... ¡Hermano, hermano! ¡Lo eres, sí! Nunca salió tan hondo del corazón esta palabra como sale ahora, a defender contra ti, contra su hijo, la honra de nuestra madre... ¡Oh, pobre hermano! ¡Hermano te digo! Si ahora es cuando me das lástima... ¡Dudar de tu madre! ¡Toda la vida enroscada al corazón esa sospecha, envenenando la sangre gota a gota!... ¡Dudar de tu madre y aborrecer en mí su memoria! Sí, ya entiendo que no pudieras ser feliz, que tu vida fuera perpetua condenación; sin fe en el amor, sin confianza en el cariño, sin nada de lo que alivia la carga abrumadora de la vida... Si digo que me das compasión, que ahora te quiero como nunca te quise... ¡Condenado eterno de una duda infernal..., ven aquí, ven!... ¡Si yo voy a salvarte! *(Atrayéndole junto a sí y acariciándole.)*

JOSÉ

(Separándose.) Concluyamos. Es inútil que nos atormentemos. En un pronto, te dije... lo que me pesa haberte dicho. Pero pedías una razón a mi sospecha... Ya te la di. Ni una palabra más... si no quieres que esa palabra te muestre la evidencia de una culpa que para ti, por dicha tuya, no existe.

MANUEL

¡No existe, no! Si conozco la historia, si sé a quién se refiere..., don Gabriel, mi protector.

JOSÉ

¡Tu padre!

MANUEL

¡Así tuvieras razón! ¡A poder escogerle, no hubiera yo escogido otro padre!... Pero escucha: don Gabriel me refirió muchas veces la historia, la última vez al morir, ya expirante, y en esa hora, la eternidad abierta ante

nosotros, nadie miente. ¿Y para qué mentir?, ¡si mi corazón como a padre le veneraba! Nuestro padre tuvo celos de su amigo, su hermano casi..., como tú los tuviste de mí... Dudó de nuestra madre, santa, bendita..., como dudaste tú de María... ¿Por qué? Porque su egoísmo, como el tuyo, era inmenso...; porque vuestro amor no es amor, es apetito; impulso devorador, absorbente, que no tolera voluntad ni vida propias en el ser apetecido, que ahoga y tritura el impulso ajeno... Es tan grande vuestro egoísmo, que no cabéis en vosotros. Sois como esos tiranos conquistadores, ansiosos de poderío, a quienes no les basta con sus dominios y rompen fronteras para avasallar al mundo entero, si pudieran... ¡Eso es amar para vosotros! Ensanchar vuestros dominios... Así amó nuestro padre, así amas tú... ¿Qué vió nuestro padre en las relaciones de don Gabriel con nuestra madre?... Lo que tú has visto en María y en mí, dulce simpatía de dos corazones limpios, honrados; el afecto con que las almas nobles se saludan al conocerse. ¿Con efusión, con entusiasmo? ¡Ya lo creo! Por estos mares de la vida, entre vaivenes y tormentas, saluda uno tanto barco pirata, tanto pabellón extranjero, que al divisar en alta mar nuestra bandera, el corazón pusiéramos por enseña para responder al saludo... Don Gabriel sintió por nuestra madre..., por su memoria me lo juró, purísimo afecto, ¡tan inmaterial, tan inefable, que ni podía tener nombre! Fervor de creyente, entusiasmo de artista, lo más elevado del alma, esencia suya..., eso fué su pasión..., amor, si quieres darle nombre, pero amor que a sí mismo se sacrifica; amor que no puede confundirse con el egoísmo.

JOSÉ

¿El que sentiste tú por María?

MANUEL

¡El que sintió don Gabriel por nuestra madre..., el que yo siento, sí! ¡Mi madre y María bien pueden ir juntas en

un recuerdo! Moribundo me confesó por última vez la historia del único amor de su vida... Sabía que mi padre dudó de la virtud de nuestra madre, que por eso nunca me quiso como a hijo. Temió que alguien, ¡habías de ser tú!, pusiera un día en mi corazón la duda horrible de la honra de mi madre..., y quiso que yo supiera la verdad..., y la verdad he dicho, como la dijo él... ¡Aquel hombre no mintió jamás!

JOSÉ

(Luchando consigo mismo.) ¡No, no puedo!... Lo que mi padre dijo también es sagrado para mí... Evidencia de la sospecha, junto con un recuerdo de mi niñez, que envenenó mi vida para siempre, que secó de golpe en el corazón el candor del mío, las ilusiones de la juventud, envejeciéndome en un instante. ¡Un beso maldito!

MANUEL

¿Un beso? ¡Dado con paternal efusión lo sentí mil veces sobre mi frente!... Era el mismo que don Gabriel dió a nuestra madre, en el momento de separarse... cuando, traspasados de angustia, sintiéronse unidos por la sospecha en común infamia. Y ante la virtuosa constancia de la esposa mártir, ante la santidad de la virtud calumniada, fué el beso aquél, homenaje de admiración, el primero, el único... purísimo, como la frente de nuestra madre; santo, como su alma... Sí, le llevo aquí, sobre mi frente... Mi noble protector, mi verdadero padre, exhaló el alma en él... Mi madre había muerto poco antes, lejos yo de ella... ¡Por tu madre y por mí!..., dijo al expirar, y me besó en la frente... y murió al besarme... ¿Callas? ¿Crees en la honra de nuestra madre? ¿Crees que la misma sangre sin mancha corre por nuestras venas..., que soy tu hermano verdadero?... Pues un abrazo, hermano... y ¡adiós para siempre! *(Le abraza.)*

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y MARÍA

MARÍA

(Muy conmovida.) ¡Manuel! La mano... ¡Un beso! *(Le besa.)* Así, en la frente... ¡El de tu madre... José Luis! mira... *(Afrontando su mirada.)* Si hubo pasión culpable en nosotros..., ¡mátame, duda de mí..., duda de tu madre

MANUEL

(Anonadado.) (¿Qué es esto?... ¿Qué sentí al besarme? ¿Hubo culpa en mí?... Los celos de mi hermano, ¿vieron mejor que yo mismo en mi alma? ¡El alma dejo al separarme de ella!... ¡Era amor! Sí, ¡el único de mi vida! Siento al dejarla lo que no sentí nunca... ¡Corazón traidor!... ¡Oh, lejos, lejos!) ¡Adiós! Sed muy dichosos... Perdonad al ave de paso si turbó la tranquilidad de vuestro nido...

JOSÉ

(Conmovido.) ¡Adiós, hermano! *(Le abraza.)*

MARÍA

¡Adiós! No para siempre...

MANUEL

¡Para siempre, no!... Hasta que seamos muy viejos y no quepan desconfianzas ni recelos entre nosotros... Cuando no podamos dudar... ni de nosotros mismos... Entonces volveré a buscar un rincón donde morir en el nido ajeno. *(Sale.)*

FIN

GENTE CONOCIDA

ESCENAS DE LA VIDA MODERNA

DIVIDIDAS EN CUATRO ACTOS

Representadas en el Teatro de la Comedia en la noche del 21 de octubre de 1896.

A JOSÉ JURADO DE LA PARRA

La presente obra es tuya tanto como mía. Has colaborado con el corazón. Bien lo sabes; al principio éramos varios los que creíamos en ella; después fuimos dos solos; por último, sólo tú; después, acogida favorablemente por el público y por la crítica, hemos vuelto a ser muchos los creyentes; pero yo al Evangelio me atengo: Beati qui non viderunt et crediderunt.

Jacinto.

AUTOCRÍTICA [1]

No es una novedad: Pedro Corneille hizo la crítica de todas sus tragedias; Dumas (hijo) escribió sus admirables prólogos, que bien pueden ser considerados como verdadera autocrítica.

Pero en casi todos los autores que han empleado este procedimiento, se advierte más el deseo de vindicarse de ajenas críticas, de satisfacer su amor propio de autores, lastimado, o de esclarecer algún punto obscuro de sus obras.

Nada de eso pretendo. En virtud del fenómeno fisiológico o psicológico (no es ocasión de psiquismiquis) que los sabios modernos conocen con el nombre de bicerebralismo, conseguí anoche que, mientras medio yo seguía con ansiedad entre bastidores las peripecias de la representación, mi otro

(1) Publicada en el periódico *La Información*, al día siguiente *del estreno.*

medio, confundido con el público, se revistiera de toda la severidad de un crítico indiferente a las emociones del autor.

La obra fué oída con sumo agrado; el público se divirtió grandemente con aquella serie de escenas que, en efecto, no constituyen una obra teatral. Pero el autor no se propuso otra cosa. Tampoco puede decirse que ha querido romper molde alguno. La composición de la obra de anoche es la que usan varios escritores muy conocidos: Lavedán y la Condesa Martel, entre otros. En las obras de esta última es quizás donde puede hallarse mayor parecido con las escenas de anoche, mejor que en *Pequeñeces,* del Padre Coloma, y en *Las personas decentes,* de Gaspar.

Sucedió anoche una cosa rara: cuando el drama apunta ya en el cuarto acto, fué cuando el público se llamó a engaño. Tal vez porque entonces comprendió que en aquellas escenas pudo haber un verdadero drama, y que el autor, sólo por capricho, se había contentado con presentarle una muestra. El público en general, esperaba lo que se llama un desenlace. Y de la niña ¿qué?, era la pregunta que hubiera hecho al autor de muy buena gana. Pues de la niña... no podía ser otra cosa. Si alguna idea moral hubiera en el fondo de la obra, es ésa. La aristocracia de la *habilidad, del talento, de la política,* digámoslo así, se burla, juega con la aristocracia de raza y con la del dinero, las explota a su antojo; pero con la aristocracia

individual, con la mujer *sola,* pero fuerte, con la única conciencia despierta entre tantas conciencias dormidas, nada puede. Ya ven ustedes que, ahondando algo, también parecen sus puntas y ribetes de *ibsenismo* en mis escenas; pero confieso que no fué ésa mi intención y que sólo en este momento me hago cargo de que pudiera tener mi obra esa significación. El autor puede estar complacidísimo; los aplausos de anoche son los más gratos que han sonado para él en su carrera literaria. Sé los que debo al público, a quien sólo le importa la obra, y los que debo a cariñosos amigos, que sólo deseaban una ocasión de demostrarme que son muchos y buenos: *lo mejor de Madrid.* A ellos, como al público, y a la crítica, y a los artistas, que de modo admirable interpretaron la obra, procuraré corresponder con obras..., que son los amores de cuantos escribimos.

J. Benavente.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA DUQUESA VIUDA DE GARELLANO (60 años).	SRTA. CANCIO.
LA CONDESA DE FONDELVALLE (56 íd.).....	SRA. ÁLVAREZ.
MARÍA ANTONIA (28 íd).	» SUÁREZ (CONCEP.ᴺ).
PETRA URIARTE (48 íd.).	» ARANAZ.
ANGELITA MONTES (19 ídem).....	SRTA. COBEÑA (CARMEN).
FERNANDA FONDELVALLE (18 íd.).....	» SUÁREZ (NIEVES).
MARQUESA DE SAN SEVERINO.....	» GARCÍA MUR.
PILAR.....	» TEIJEIRO.
MERCEDES.....	» ARÉVALO.
CONCHITA.....	» JIMÉNEZ LERA.
LILÍ.....	» CAMARÓN.
PEPITA.....	» PALMA.
EL DUQUE DE GARELLANO (32 años).....	SR. THUILLIER.
HILARIO MONTES (52 íd.)	» VALLÉS.
EL CONDE DE FONDELVALLE (56 íd.)..... .	» BALAGUER.
CARLOS, MARQUÉS DE VIVARES (38 íd.).....	» CUEVAS.
URRUTIA (52 íd.).....	» MANSO.
ANSÚREZ.....	» MEDRANO.
ISIDORO TORRES.....	» PONZANO.
RÍOS.....	» VICO.
DON FABIÁN	» VALENTÍN.
UN CRIADO.	» MORENO.

La acción en Madrid.—Época actual.

GENTE CONOCIDA

ACTO PRIMERO

Sala en casa de la Duquesa de Garellano.

ESCENA I

La DUQUESA y MARÍA ANTONIA

(Al levantarse el telón aparece la Duquesa leyendo. María Antonia sale por la primera puerta izquierda del actor.)

MARÍA ANTONIA

(Desde la puerta.) Buenos días, mamá. *(Va a besarla.)*

DUQUESA

¿Cómo estás, hija mía? ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Qué ha sido de ti? ¿Y Carlos?

MARÍA ANTONIA

¿Carlos? En Los Zarzales. Supongo que volverá hoy. ¿De mí...? Estos días no he tenido humor de ir al teatro ni a ninguna parte... ¡Estoy muy disgustada! ¡No quisiera ver a nadie, me molesta la gente!

DUQUESA

(Alarmada.) ¿Estás enferma? ¿Tienes algún disgusto?

MARÍA ANTONIA

(Con desaliento.) ¡Qué sé yo lo que tengo!

DUQUESA

Algún tropiezo con tu marido... ¡Me lo figuro!

MARÍA ANTONIA

¡Ya lo creo! ¡No es mal tropiezo! Cuando yo no quería casarme..., ¡por algo sería!

DUQUESA

¡Pero, María Antonia! ¿Qué te ha hecho Carlos?... ¡Mira no sea tuya la culpa!

MARÍA ANTONIA

¡No sé de quién será!

DUQUESA

Pero, dime...

MARÍA ANTONIA

Mira... ¿No me notas nada en la cara? ¡Estoy hermosa! He tenido que dar a ensanchar todos los vestidos; no puedo ir a ninguna parte.

DUQUESA

¡Vamos!... Ya entiendo... ¡Me habías asustado! Yo creí que sería alguna desgracia. *(Acariciándola.)*

MARÍA ANTONIA

¡Ah! ¿No lo es? ¡Lo que más horror me dió siempre..., por lo que yo no quería casarme!

DUQUESA

¡Pero, hija! Todas pasamos lo mismo.

MARÍA ANTONIA

Pues será que yo no soy como todas. Lo que yo sé es que estoy muy triste, de muy mal humor, que esta cara no es mi cara, que no puedo llevar esto con paciencia, que me voy a morir.

DUQUESA

(Sonriente y acariciándola.) ¡Qué niña! Esas son tonterías. ¡A morir! ¡No es cosa de morirse! En nuestra familia justamente somos una especialidad para el trance. Ahí tienes a tu tía María Luisa: siete hijos ha tenido, y hay pocas mujeres que se conserven tan bien a su edad. ¡Cuántas muchachas quisieran aquel talle!

MARÍA ANTONIA

¡Qué falta harán los hijos!

DUQUESA

¡Otras los desean! Nadie hay contento con su suerte.

MARÍA ANTONIA

(Levantándose.) Bueno, me voy. ¡Venía a que me consolaras, y me das buen consuelo!

DUQUESA

¡Pero, hija, te hago reflexiones!

MARÍA ANTONIA

¡Bastante adelanto yo con las reflexiones!

DUQUESA

¡No pretenderás que te dé la razón!

MARÍA ANTONIA

¿A mí? ¡Nunca! Siempre estás de parte de Carlos. Más parece que eres su madre y suegra mía.

DUQUESA

¡No digas desatinos! ¡Tonta! Si supieras qué alegría tan grande es tener un hijo... ¡Y el primero! Carlos, de seguro estará contentísimo, y te querrá más; ¡ya lo creo! Mira, no hay que darle vueltas; un matrimonio sin hijos no convence a nadie; no he visto ninguno que sea dichoso. Conque a no decir tonterías, a cuidarse, y nada más. La semana que viene doy un baile, ya lo sabes. Están repartidas las invitaciones.

MARÍA ANTONIA

¡Qué idea de baile! ¡Este año que nadie da bailes!

DUQUESA

Razón de más para dar uno: deben agradecerlo.

MARÍA ANTONIA

Dirán que quieres distinguirte. ¡No están los tiempos para bailes!

DUQUESA

Tú eres la que no estás para nada. Cuando yo doy éste, es porque debo darle.

MARÍA ANTONIA

¡Ah! ¿Preliminares de boda? Quieres casar a Enrique... ¿Con Fernanda Fondelvalle? ¿No es eso? No creí qué fuera tan formal el noviazgo.

DUQUESA

¡Tan formal! ¡Como se pensó siempre! Han sido relaciones de toda la vida...

MARÍA ANTONIA

Sí, desde que nacieron los muchachos. Son novios por parte de madre.

DUQUESA

¿Dirás que es un matrimonio de conveniencia?

MARÍA ANTONIA

No creo que haya ningún matrimonio conveniente.

DUQUESA

¡Sí, que tú has sido muy desgraciada! ¡Hay muchos maridos como Carlos!

MARÍA ANTONIA

¡El Fénix de los maridos! Ya se sabe. ¡No hay otro como él!

DUQUESA

¡Ah! ¿Carlos es malo? ¿Es de mal carácter? ¿Es celoso? ¿Es entrometido?

MARÍA ANTONIA

No es nada de eso y es un poco de todo. Un conjunto de poquedades, un carácter vulgar... ¡Y qué buen gusto! ¡Mira que la amiguita última!

DUQUESA

¡Quién hace caso!... ¡La maledicencia!

MARÍA ANTONIA

¡Deja las reflexiones! ¡Cuando te digo que me tiene sin cuidado!... Pero podía tener mejor gusto.

DUQUESA

¡Hoy estás desatinada! Hay que dejarte. ¿Qué piensas hacer esta tarde?

MARÍA ANTONIA

¡Qué sé yo! ¡Aburrirme! ¿No vas a paseo?

DUQUESA

No. Espero a Ramona y a Fernanda. Han quedado en venir para que vayamos juntas a ver unos bordados de las Adoratrices.

MARÍA ANTONIA

¿Sí? Te dejo. ¿Vas al Real esta noche?

DUQUESA

Voy con Ramona.

MARÍA ANTONIA

¿Y con Fernanda? ¡Pobre Enrique! Ahora recuerdo: Enrique come en casa esta noche.

DUQUESA

Tiene que acompañarme al teatro. Si va, no le entretengáis.

MARÍA ANTONIA

(Con intención.) Daré tu encargo a Petrita.

DUQUESA

¿Come Petrita en tu casa? Entonces mejor es que no vaya Enrique.

MARÍA ANTONIA

No tengas cuidado, mamá. Si eso no puede durar mucho. ¡Pobre Petra! ¡Si le quitas el báculo de su vejez!

DUQUESA

¡No es cosa de broma! ¡Me pones nerviosa con tu modo de ser! ¡Qué lenguaje más chabacano! ¡Me asustas cuando hay gente que te oye, porque lo mismo dices un desatino delante de una persona respetable que delante de mí!

MARÍA ANTONIA

¡Ay, mamá! ¡Buena reprimenda me llevo! Hoy estás de mal temple. Me voy corriendo. ¡Eres muy severa conmigo! *(Haciéndola un mimo.)*

DUQUESA

¡Justo! ¡Lo dijo la niña mimada!

MARÍA ANTONIA

¿Mimada yo? ¡Lo que es no conocernos! ¡A mí nadie me ha mimado nunca! A quien tú quieres es a Enrique... ¡Yo he sido siempre muy desgraciada!... ¡Ya ves si es desgracia! ¡Quién sabe si me moriré! ¡Si te quedarás sin hija!

DUQUESA

¡Sin hija! ¡Sin hija! Con hija y con nietos, para darme guerra si se te parecen. Adiós, hija mía. *(Besándola.)* Recuerdos a Carlos. *(Sale María Antonia.)*

ESCENA II

La DUQUESA; a poco el CRIADO

DUQUESA

¡Pobre hija mía! No hay modo de verla contenta... La verdad es que antes del año es muy pronto. ¡A ella que le gusta vestirse, ir a todas partes!... ¡Qué mundo este! Es para tomarlo con resignación. ¡La pobre es tan nerviosa! ¡Mucho vamos a pasar!... ¡Mucho! Avisaré al doctor; que vaya a verla de mi parte, que la tranquilece. *(Escribe una tarjeta.)* Y al padre Losada *(Escribe otra)*, que le haga reflexiones, que la tranquilice también... ¡Lo que cuestan los hijos! ¡Todo sea por Dios! *(Toca un timbre y sale un criado.)* Estas dos tarjetas... La del doctor es ur-

gentísima; que no deje de ir esta noche... No; esta noche va mi hija al teatro, no la encontraría. Diga usted que es urgente, pero que no vaya hasta mañana.

CRIADO

¿Manda otra cosa la señora Duquesa?

DUQUESA

Nada más. *(Al retirarse el criado ve llegar a Carlos y le anuncia.)*

CRIADO

El señor Marqués. *(Vase el criado.)*

ESCENA III

La DUQUESA y CARLOS

(Éste sale por la primera izquierda, da un beso en la mano a la Duquesa y se sienta a su lado.)

CARLOS

¡Querida mamá!

DUQUESA

¡Carlos! María Antonia salió hace un instante.

CARLOS

Sí, he visto el coche; pero no he podido saludarla. Yo venía en uno del Club.

DUQUESA

Me dijo que estabas en Los Zarzales. ¿Cuándo has vuelto?

CARLOS

Esta mañana.

DUQUESA

Pero ¿no has ido a tu casa?

CARLOS

No. Me vestí en el Club; almorcé allí con unos amigos... Pensé que estaría aquí María Antonia y vine corriendo.

DUQUESA

¿A qué hora llegaste?

CARLOS

A las nueve.

DUQUESA

Y son las tres... ¡No has corrido mucho! ¿Fuiste de caza?

CARLOS

¿De caza? No. No están los tiempos para diversiones. Fuí de asuntos..., arrendamientos, trabajos que tengo allí emprendidos, cobranza de débitos... ¡Qué sé yo! He trabajado mucho; vengo loco... Ya te mandaré un gamo. No hemos matado más que tres... No es tiempo de gamos.

DUQUESA

Pero, en fin, ¿has cazado o no has cazado?

CARLOS

Algún ratillo; por distraerme... ¡Tanto trabajo! ¡Aquello está perdido! ¡Aquello y todo!

DUQUESA

¡Dímelo a mí! ¿Cuánto dirás que me ha producido este año la dehesa de la Hondonada? Ya sabes; una finca que producía, un año con otro, ¡cerca de doce mil duros!... ¡Cinco mil escasos!... ¡Es una ruina!

CARLOS

Las tierras producen cada vez menos; los gastos au-

mentan... Si vas a venderlas no te dan nada..., y si pide uno sobre ellas...

DUQUESA

¡Gracias a Dios, no ha llegado el caso todavía!

CARLOS

No. Gracias a Dios... Pero los labradores no pagan, la contribución sube, los gastos aumentan... Hay para preocuparse. Esta noche en el tren veníamos hablando de lo mismo: es un estado general.

DUQUESA

Antes yo podía ahorrar todos los años de mis rentas; pero ahora en cuanto alcanzan.

CARLOS

Es lo que yo digo, que no alcanzan...

DUQUESA

Se gasta todo.

CARLOS

Y no alcanza... Los gastos aumentan...

DUQUESA

A propósito... ¿No sabes nada?

CARLOS

¿De qué?

DUQUESA

Es mejor que ella te lo diga. Siempre es una revelación de efecto. Mira, esta pulsera me la compró su padre cuando...

CARLOS

(Comprendiendo.) ¿A ver, a ver? Compraremos otra.

DUQUESA

Sí, Carlos. Procura estar muy cariñoso.

CARLOS

No lo procuro. Es natural en mí el estarlo.

DUQUESA

Ya lo sé. Aunque algunas picardihuelas me ha contado a mí un pajarito.

CARLOS

(Aparte.) ¡Caramba, si sabrá...!

DUQUESA

¡Como supiera yo que eran ciertas!... Acabaron las amistades; tendrías en mí una verdadera suegra.

CARLOS

Y ¿qué ha dicho el pajarito? Que siempre será cotorrita de pico afilado.

DUQUESA

¿Quién es una tal Esperanza que tú conoces?

CARLOS

(Indignado.) ¿Que yo conozco?... ¿Yo?... ¿Una mujer? ¡Una cualquiera, de seguro! ¡La primera que se les haya ocurrido! ¡Qué Madrid! Esto es un pueblo grande. Sólo la murmuración más escandalosa puede haber inventado esta calumnia para destruir la felicidad de un matrimonio modelo, para sembrar lo desconfianza en el noble corazón de una madre venerada por mí.

DUQUESA

¡Vaya, Carlos! Yo, por supuesto, no lo he creído.

CARLOS

(Aparte.) Menos mal. *(A la Duquesa.)* ¡Pero habrás dudado!

DUQUESA

Sí, dudé. Pero oyéndote, no es posible dudar. Delante de una madre angustiada que vela por la felicidad de su hija, no es posible que pudieses mentir con serenidad. ¡No eres un malvado para llevar el cinismo a lo inaudito! Comprendo que ocultaras la verdad a María Antonia, ¡pero a mí!

CARLOS

(Aparte.) ¡Pobre señora; nació tonta de capirote! *(Alto.)* ¡A mi segunda madre, imagen venerada de la que yo no conocí!

DUQUESA

(Aparte.) ¡Pobre Carlos! ¡Es un corazón de oro! *(A Carlos.)* No te aflijas. La calumnia sólo merece desprecio. Graba esta reflexión en tu memoria. Algún día puede que calumnien también a tu esposa...

CARLOS

¡Eso...!

DUQUESA

¡Pobre hija mía! Con el mismo fundamento que a ti.

CARLOS

(Aparte.) ¡No quisiera!

DUQUESA

¡La vida es triste! Sólo puede llevarse con resignación y en fuerza de reflexiones.

CARLOS

Este mundo es sólo para los pillos que saben aprovecharse de él, o para los seres como tú, que logran sobre-

ponerse a las miserias humanas. Los demás no podemos vivir. Y a ti, con toda tu virtud, quisiera yo verte en ocasiones. ¿Qué harías si no pudieras cobrar un céntimo a tus renteros? ¿Embargarlos? ¿Echarlos de tus fincas?

DUQUESA

¡Eso no! ¡Pobre gente! ¡Si tú vieras lo que pasan algunos años! Ya ves, el último pedrisco de Valdecañas... ¡Aquello fué una ruina! Yo quisiera dar un beneficio para remediar tanto estrago. ¡Infelices! De allí no podré cobrar en mucho tiempo... ¡Ya ves, lo más saneado de mis rentas!

CARLOS

¡Pero tú eres rica, mamá! Para ti eso no significa nada. Además, tú no tienes los gastos que yo tengo.

DUQUESA

Tengo muchos. No se figura nadie lo que uno gasta.

CARLOS

(Aparte.) ¡Vine en mala ocasión! Hoy se siente administrativa. *(A la Duquesa.)* ¿Es verdad lo que he oído?

DUQUESA

¿Qué?

CARLOS

Que se casa Enrique con Fernanda Fondelvalle. *(La Duquesa afirma.)* Me parece muy bien. La elección no puede ser más acertada.

DUQUESA

(Gozosa.) ¿Verdad que sí?

CARLOS

No hay que decir si es cosa tuya...¿ Qué madre más cuidadosa que tú de la felicidad de sus hijos? No hay en

nuestra sociedad una madre como tú. Nunca me cansaré de proclamarlo. Eres una madre de otros tiempos; una de aquellas abuelas nuestras, retratadas por Pantoja; digna de ser, no vástago, sino raíz de nobiliaria estirpe, admiración y espejo de la nobleza española... *(Aparte.)* ¡Si no la conmuevo...!

DUQUESA

¡Ay, Carlos! En estos tiempos la nobleza no puede ser respetada si no es respetable. Ten presente esta reflexión.

CARLOS

Y en estos tiempos no se respeta más que al dinero. ¡Feliz quien lo reune a la virud! ¡Feliz quien como tú lo reune todo!

DUQUESA

(Aparte.) ¡Hoy le da por hacerse el pobre!... Acaso... ¡Es tan delicado! *(A Carlos.)* Ya sabes que cuanto tengo es tuyo, vuestro, mejor dicho; de mis queridos hijos, y que de todo puedes disponer.

CARLOS

Gracias, mamá. No necesito tanto.

DUQUESA

¿Pero necesitas algo? ¿No tienes confianza en mí?

CARLOS

Ya conoces mi genio. En asuntos de interés soy muy delicado... No es cosa que vale la pena. Hasta fin de mes no cobraré parte de mis rentas... No quisiera pedir un anticipo...

DUQUESA

Haces perfectamente. Los anticipos trastornan la administración, y una buena administración es la base de todo. No olvides esta reflexión. ¿Qué te hace falta?

CARLOS

Nada... Dinero suelto para atender a las menudencias diarias: unas dos o tres mil pesetas.

DUQUESA

Ahora mismo voy a dártelas.

CARLOS

¡Por Dios!, no corre prisa.

DUQUESA

Justamente acaban de traerme un dinero del Banco... Aquí lo tengo todavía. *(Sobre la mesita.)* Una, dos...

CARLOS

Tres... *(Tomando los billetes.)*

DUQUESA

¿Es eso?

CARLOS

Muchas gracias, mamá. En cuanto cobre...

DUQUESA

¡No corre prisa!...

CARLOS

Con esto hacen las diez mil; ¿no es eso?

DUQUESA

Tú llevarás la cuenta.

CARLOS

¡Yo! ¡No faltaba más! ¿Mandas algo? Voy a casa en seguida a saludar a María Antonia. Antes pasaré por casa de Mellerio... Permite que vea la pulsera.

DUQUESA

No vayas a gastarte un dineral... Una cosa sencilla, como recuerdo.

CARLOS

(Tomando el sombrero.) Adiós, mamá. Hasta luego.

DUQUESA

¡Ah! Esta noche come Enrique con vosotros. No dejes de mandármele al Real tempranito. Tú eres más formal. María Antonia sería capaz de entretenerle por disgustarme. Va Fernanda conmigo.

CARLOS

Descuida. Te le llevaré temprano. Adiós, mamá. *(Aparte.)* Con esto salgo del apuro; pago la letra... *(Alto.)* Adiós. *(Sale primera izquierda.)*

DUQUESA

Adiós, Carlos. ¡Pobrecillo! ¡Cuánto me quiere! ¡Y que no esté contenta mi hija!

ESCENA IV

La DUQUESA y el DUQUE, por la segunda derecha.

DUQUE

¿Quién estaba contigo? *(Besándola.)*

DUQUESA

¡Ah! ¿Estabas en casa? Carlos. ¿Por qué no has entrado a saludarle?

DUQUE

No creía que era él. Me dijo María Antonia que estaba en Los Zarzales.

DUQUESA

Ha vuelto esta mañana. Ya sé que esta noche comes con ellos. Luego irás al teatro. Ya sabes que te espero.

DUQUE

Sí, mamá. No faltaré. *(Pausa.)* Oye, mamá. ¿Han repartido ya todas las invitaciones para el baile del martes?

DUQUESA

Todas deben estar repartidas. Di la orden. ¿Por qué lo preguntas?

DUQUE

Por nada. ¿Diste la lista completa?

DUQUESA

Completa.

DUQUE

¿Sin hacer exclusiones?

DUQUESA

¿Exclusiones? De algunas personas que están de luto o ausentes..., y de alguna que me pareció prudente excluir.

DUQUE

¡Ah! Pues no veo el motivo.

DUQUESA

Si te refieres a Petra, debes comprenderlo mejor que yo. Su presencia en nuestra casa sería..., no sé cómo decirlo; no me agradan las palabrotas.

DUQUE

Opino que lo inconveniente, lo ridículo, es no invitarla.

DUQUESA

Con razón o sin ella, todo el mundo da por supuestas sus relaciones contigo.

DUQUE

Por lo mismo que todo el mundo lo supone, es llamar la atención darse por entendidos.

DUQUESA

Yo te digo que Ramona y Ricardo no pueden ver con tranquilidad el que Petra venga a nuestra casa en las actuales circunstancias; y algo me han indicado ya, que debe bastarme para entenderlo así y proceder como procedo.

DUQUE

¡Bah! ¡Bah! Ramona y Ricardo saben lo que es vivir en sociedad, y si les chocase una cosa tan natural, no me casaría con su hija. Te suplico que invites a Petra; está muy quejosa contigo..., sabes que es una buena amiga de casa... Daremos que hablar si no viene como de costumbre. Convéncete, mamá; la murmuración es como el agua: mientras va encauzada, no hace daño; lo peligroso es que la corriente se desvíe. Si Petra sigue asistiendo a casa como de costumbre, la murmuración seguirá su curso; si notan su ausencia, se desbordará; tenlo por seguro.

DUQUESA

¡Qué conceptos morales! Lo mismo que tu hermana. Me asustáis, francamente. ¡Tenéis un modo de tratar las cosas más serias!...

DUQUE

¡Y un empeño tú en hacer serias las cosas más triviales!...

DUQUESA

¿Es trivial decidir para lo porvenir? ¿Disponer de tu corazón para toda la vida?

DUQUE

¡No es ningún acontecimiento! Todo el mundo se casa. ¡Si fuera uno a trastornar su vida por eso!...

DUQUESA

¡Ah! ¿Piensas llevar de casado la misma vida que de soltero?

DUQUE

Llevaré mi vida. No pienso cambiar mi modo de ser; y como cada uno vive según es, seré y viviré exactamente lo mismo que he vivido siempre.

DUQUESA

¡Disparatas con una lógica!... Me trastorna escucharte.

DUQUE

No disputemos. Escribe una cartita a Petra y está todo arreglado. ¡Vamos, mamá! No quieras que me enfade, y si me enfado, no hay nada de lo dicho: ni teatro esta noche, ni baile, ni boda... Me marcho a París y concluyó todo.

DUQUESA

¡Hijo! ¡Hijo! Escribiré, la invitaré. Pero has de asegurarme que entre Petra y tú ha concluído todo.

DUQUE

Todo, mamá. Te lo aseguro.

DUQUESA

Y yo así lo creo. *(Se dispone a escribir.)* Comprendo que me negaras la verdad en otras circunstancias; pero en

este momento solemne... ¡Mentir a tu madre! ¡No eres un malvado para llevar el cinismo a lo inaudito! Escribiré; diré que por olvido... *(Escribe.)* ¿Estás contento?

DUQUE

¡Sí, mamá! *(Aparte.)* ¡Pobre mamá! ¡Es más buena!...

DUQUESA

Ya está. Diré que la lleven en seguida.

DUQUE

(Distraído.) Espera. Tengo que escribir yo también dos letras.

DUQUESA

(Con severidad.) ¡Ah! ¿Piensas que lleven una carta tuya al mismo tiempo?... ¡Eso sí que no! ¡Sería indecoroso!

DUQUE

(De broma.) ¡Bueno, mamá! La llevarán después, no te alteres.

DUQUESA

¡Es espantosa la ligereza con que aprecias las cuestiones más delicadas! *(Toca un timbre, sale el criado y le da la carta.)*

DUQUE

Pues si tú supieras que muchas veces...

DUQUESA

Sí, he servido de correo. No necesito saberlo; ya me lo figuraba. ¡Es preferible cerrar los ojos! ¡Qué mujeres! Agradece a tu madre que ha sabido buscar para ti una esposa dechado de virtudes.

DUQUE

¿Fernanda? ¡Una chiquilla como todas!

DUQUESA

¿Como todas? ¿Así estimas a la que ha de llevar tu nombre?

DUQUE

No veo por qué razón ha de ser Fernanda una criatura extraordinaria, ideal. Lo probable es que sea como somos todos; ni buenos, ni malos; regularcillos.

DUQUESA

Fernanda es una criatura angelical.

DUQUE

Si te digo que me parece muy bien, que no hay otra muchacha en Madrid que me guste tanto como ella para mujer propia. Está bien educada... He observado una cosa, mamá: he observado que las madres... ligeras son las que educan mejor a sus hijas.

DUQUESA

¡Jesús, qué loco!

DUQUE

Y en cambio, las madres como tú los educan muy mal. Tú misma dices que María Antonia está muy mal educada, y hay que convenir en que Fernandita es un modelo de buena educación.

DUQUESA

Es que su madre está muy lejos de merecer el calificativo de ligera. La maledicencia no respeta lo más respetable.

DUQUE

Mira, mamá, entre paréntesis: si pretendes hacer creer que han calumniado a Ramona, todo el mundo se reirá de ti. Ya conoces el rótulo de la casa: «A la dulce alian-

za», o a la triple, es igual. Dulce como los azúcares de la fábrica de Hilario Montes; triple como los anisados de su acreditada marca.

DUQUESA

Di que en el mundo no es posible escapar a la murmuración.

DUQUE

(Acariciándola.) ¿Cómo has escapado tú? Seguro estoy de que nunca llegó hasta ti. Tu excesiva bondad niega crédito a lo que para ti es increíble. ¡Pobre mamá! Tú sí que eres un ángel. ¡No sé yo cómo hubieras pasado, si no, por el mundo sin perder esas ilusiones angelicales!

DUQUESA

¡Y yo no sé cómo podéis vivir sin ellas! ¡Creer en todo lo malo! ¡Desconfiar de todo lo bueno! A mí me parece más sencillo ser bueno, y más creíble que todo el mundo lo sea. Esos embrollos, intrigas y complicaciones de la maldad, me parecen inverosímiles, cosas de novela o de teatro... No me caben en la cabeza.

DUQUE

¡Pobre mamá!

ESCENA V

La DUQUESA, el DUQUE, la CONDESA y FERNANDA

CRIADO

(Primera izquierda.) La señora Condesa de Fondelvalle.

DUQUESA

¡Ramona! *(Saludándolas.)* ¡Fernandita!

CONDESA

¿Cómo estás? ¡Adiós, Enrique! Venimos muy tarde y para nada. La superiora nos mandó aviso de que hoy tenían las hermanas ejercicios y no podían atendernos como deseaban. Iremos mañana, si te parece. Perdona, Rosario, si te hemos estropeado la tarde.

DUQUESA

¡Por Dios! Tengo el gusto de veros...

CONDESA

Si quieres venir con nosotras a dar una vuelta por el Retiro...

DUQUESA

No, ya no salgo. Aprovecharé la tarde en arreglar papeles, cuentas y escrituras que debo revisar... ¿Y Ricardo? *(El Duque habla aparte con Fernanda.)*

CONDESA

No está en Madrid. Se fué a Málaga con Hilario Montes. Asuntos de las fábricas. Montes quiere instalar una maquinaria nueva, pero Ricardo no se atreve: le asustan las innovaciones; y ya ves, el negocio de la fábrica se presenta brillante. Teníamos aquellos terrenos sin cultivar, sin producir... Gracias a Montes, que vió claro el partido que de allí podía sacarse, trató con Ricardo y le asoció en la empresa.

DUQUESA

Algo parecido podía yo intentar en la Pomareda. Dicen que una fábrica de sidra espumosa sería un magnífico negocio... Pero no tengo personas de mi confianza a quien poner al frente.

CONDESA

¿Y Enrique? ¡Tonto será si no lo emprende! No hay que darle vueltas; en otros tiempos hubiera sido afren-

toso para un aristócrata refinar azúcar o fabricar sidra; pero hoy... ¡si hasta es de buen tono! Ya ves a Montilla; dicen que está haciendo un dineral con las conservas de tomate. ¡Nada, Enrique, tienes que emprender algo! Y luego es un entretenimiento. ¿Qué hacen los hombres en Madrid sin una ocupación! Aburrirse ellos y aburrir a su mujer. Yo le hablaré a Montes; él es hombre práctico... ¿Una fábrica de sidra? ¡Muy buena idea! *(Sigue hablando con la Duquesa.)*

DUQUE

(Aparte.) Mi futura suegra tiene fiebre industrial. ¡Pues si cuenta con el yerno cervecero...!

FERNANDA

(Al Duque.) ¿Dónde estuviste anoche? No fuiste al Real...

DUQUE

(Recordando.) ¿Anoche?... ¿Qué hice yo anoche?... ¡Ah! Acostarme temprano.

FERNANDA

¿Por qué no fuiste al teatro?

DUQUE

Porque me aburre la ópera.

FERNANDA

También a mí. Pero como es donde va todo el mundo... Este año no hay donde ir... ¿Sabes si dan otro baile en la Embajada?

DUQUE

No lo sé... Como me aburren los bailes...

FERNANDA

A mí no. El martes bailamos aquí.

DUQUE

Es verdad... *(Distraído.)* El martes...

FERNANDA

Tengo que preguntarte una cosa. En Inglaterra, cuando una muchacha está para casarse, ¿no debe bailar más que con su prometido, o, prefiriéndole señaladamente, puede bailar con otros muchos?

DUQUE

Por mí puedes seguir la costumbre que mejor te parezca, o hacer costumbre nueva. Ya sabes que no soy celoso.

FERNANDA

Pero no quisiera caer en ridículo... Todo el mundo se fija en nosotros.

DUQUE

¿Y te preocupa el que se fijen en ti? A mí me tiene sin cuidado.

FERNANDA

Es que tú... Tú eres especial.

DUQUE

(Aparte.) ¿Soy especial? ¿Estará enamorada de mí verdaderamente?

CONDESA

(A la Duquesa.) Los envases vienen de Alemania. Salen baratísimos. Montes hizo un contrato especial con varias fábricas...

DUQUESA

Montes es muy entendido. ¡Así ha llegado donde ha llegado!

CONDESA

A fuerza de trabajo y de inteligencia. Y que no es uno de esos ricachos allegadizos... Tú no has tenido ocasión de tratarle mucho; pero de Enrique es gran amigo y le quiere de verdad, como él sabe querer, porque es muy franco y tiene un corazón de niño. ¡Con decirte que toda su diversión es cuidar flores y pájaros!... Tiene una de las mejores colecciones de orquídeas. ¿Y de pajaritos americanos? ¡Cuántos se crían! ¡Es una maravilla! ¿Qué rareza, verdad? No parecen aficiones muy propias de un hombre de negocios... Pero ya te digo, es un corazón de niño; se deja querer de todo el mundo.

DUQUE

(Aparte.) ¡Con qué frescura hace el artículo!

CONDESA

¡Y por Fernanda es adoración la que tiene! ¡Ya verás qué regalo de boda!

FERNANDA

¡Espléndido como todos los suyos! En cambio, no es capaz de regalarme un pechuguín dorado. ¡Le preferiría a un collar de perlas!

CONDESA

¡Pero si sabes que esos animalitos, sólo cuidándolos como él los cuida pueden vivir en este clima!... Atente al collar. *(Habla con la Duquesa.)*

FERNANDA

(Al Duque.) ¡Es que no he visto nada más encantador! ¡Todo blanco, con la pechuga dorada y el piquito muy negro! Yo tendría pájaros y perros de todas clases. A propósito: ¿diste a Espinosa el encargo del perro?

DUQUE

¡Ah, sí! Quedó en proporcionarlo. Precisamente la perra de Robledal tendrá cría muy pronto.

FERNANDA

¡Si sale a la madre, será un perro magnífico!

DUQUE

O al padre. También le conoces. El mejor *grand-danois* de Madrid.

FERNANDA

¿El de Felipe Moncada?

DUQUE

No. Ese es bueno; pero es mejor el de Rafael Ansúrez, de pura raza.

FERNANDA

A mí me gusta más el de Moncada. Es más fino.

DUQUE

Pues los inteligentes prefieren el de Rafael, y yo me tengo por inteligente.

FERNANDA

Quien tiene un *fox-terrier* precioso es Conchita Santonja.

DUQUE

¡A mí el que me entusiasma es el *griffon* de Pepe Montero!

CONDESA

(A la Duquesa.) Mira qué animados están. *(Levantándose y dirigiéndose a sus hijos.)* ¿Habéis concluído ya de deciros ternezas? Vamos a casa de María Cruz; creo que está muy mala. ¿Irás al Real esta noche?

DUQUESA

Sí; hasta luego.

CRIADO

(Por la primera izquierda.) La señora viuda de Uriarte.

CONDESA

(Con disgusto.) ¡Petra! Espera, Fernanda. No crea que nos echa. Nos sentaremos.

DUQUESA

¡Por Dios!

ESCENA VI

Dichos y PETRA

PETRA

¡Querida Rosario! *(La besa.)*

DUQUESA

¡Amiga mía!

PETRA

¡Adiós, Ramona! ¡Hola, monina! *(A Fernandita.)* ¿Cómo va, Enriquillo? *(Se sientan.)* Salía de casa justamente cuando recibí tu cartita. Eres muy amable... Yo no había supuesto que fuera olvido. Con la confianza que hay entre nosotras, con saber que tenías gente el martes, me bastaba para considerarme invitada.

DUQUE

(Aparte.) ¡Cualquiera te achica!

PETRA

Ya sé de lo que se trata. Lo suponía. Muy bien pensado, hija. Enrique está en la edad crítica de casarse. En

pasando un hombre de los treinta, no hay modo de hacer carrera de él. Adquiere costumbres de solterón, está desengañado y aburrido de todo. Al matrimonio hay que llevar algunas ilusiones, un rinconcito del corazón sin estrenar; es lo menos que puede exigírsele a un hombre, ¡ya que a nosotras nos exigen tanto! Créelo, me alegro como si fuera cosa mía. Ya sabes cuánto os quiero. Es adoración lo que yo tengo por esta casa.

DUQUESA

Ya lo sabemos, querida Petra, y siempre te hemos considerado como una de nuestras mejores amigas.

PETRA

Pero ¡qué suerte tiene este Enrique! La mejor madre del mundo, una esposa ideal... y una amiga como yo, que nadie sabe lo que le quiero.

DUQUE

(Aparte.) ¡Cataplum!

CONDESA

(Con intención.) ¡Pues ya se ve, le has conocido tan niño! Le querrás como a un hijo. Si viviera alguno de los tuyos tendría su edad.

PETRA

¡No me recuerdes tristezas! Hoy estoy muy alegre. ¿Quieres algo para Málaga? Ya sé que está Ricardo allí con Hilario Montes.

DUQUESA

¡Cómo! ¿Vuelves a Málaga?

PETRA

No; ahora voy a las posesiones que tengo cerca de vuestra fábrica. *(A la Condesa.)* Precisamente...

CONDESA

Sí; la conozco. ¡Muy hermosa!

PETRA

Tengo allí asuntos...

DUQUE

(Aparte.) ¡Me los figuro!

PETRA

¡Quién sabe! Puede que yo también dé una sorpresa... ¡Oh! ¡Y para algunos lo sería!

DUQUE

(Aparte.) ¡Para mí, no!

CONDESA

¿No puede saberse?

PETRA

A mi regreso se sabrá todo. No anticipemos los contratiempos. Volveré pronto, y en seguida vuelvo a marcharme por más tiempo. Pero a la boda no falto; vendría aunque estuviera en el fin del mundo. ¿Cuándo será?

CONDESA

No se ha fijado plazo.

PETRA

No será tan de prisa. Los preparativos siempre llevan tiempo, y a última hora siempre ocurre algo imprevisto.

CONDESA

Sí, cierto. *(Levantándose.)* Vámonos, Fernanda. Ya nos íbamos cuando viniste, y nos detuvimos para saludarte. ¿Cuándo te vas a Málaga?

PETRA

Mañana mismo.

CONDESA

Si ves a Ricardo, dile que apresure la vuelta, y que no sean perezosos para escribir.

PETRA

(Con retintín.) Ya, ya les daré recuerdos de tu parte. Adiós, Fernandita. Estarás muy contenta, ¿verdad? Es claro, a tu edad se ve todo de color de rosa.

FERNANDA

¿A mi edad? Y a todas las edades. ¿No me pronostican ustedes que voy a ser muy feliz? Pues por los ojos de ustedes veo.

PETRA

Es verdad. ¿Qué sería la vida sin ilusiones? Para todas las edades hay anteojos de color de rosa y qué mirar por ellos; sólo que a la nuestra *(A Ramona)* son de vista cansada.

CONDESA

O corta.

PETRA

Yo veo mejor de lejos.

CONDESA

Yo, de cerca.

PETRA

(Con naturalidad, cogiendo los impertinentes de Ramona.) ¡Es verdad! ¡No me sirven tus lentes!

CONDESA

Hasta la noche, Enrique. Adiós, Petra, y no olvides mis encargos,

PETRA

Descuida. Tengo la seguridad de ver a Montes en cuanto llegue, y espero que también veré a Ricardo.

CONDESA

De seguro. *(Aparte.)* ¡Si fuera verdad lo que sospecho! *(A la Duquesa.)* Por favor, no salgas; Enrique nos acompaña.

DUQUESA

Hasta luego entonces. Hasta luego, Fernandita.

FERNANDA

Hasta luego. *(A Enrique.)* No vayas muy tarde. *(Salen las dos, seguidas de Enrique.)*

ESCENA VII

PETRA, la DUQUESA y después ENRIQUE

DUQUESA

(Sentándose.) ¿Qué mona es Fernandita, verdad?

PETRA

Tiene a quien parecerse. ¡Porque, cuidado si Ramona es guapa! No pensará ella que hago tan buenas ausencias suyas. ¡Ramona me quiere muy poco, ya lo sé!

DUQUESA

¡Bah! ¿Por qué no ha de quererte? A mí siempre me habla muy bien de ti.

PETRA

¡Qué vas a decirme! *(Viendo entrar a Enrique.)* Conque señor Romeo, ¿ha hecho usted firme propósito de la enmienda, disponiéndose para el nuevo estado?

DUQUE

¡Por Dios! No es trance de muerte, y mi vida no ha sido tal que haya de costarme esfuerzo enmendarla.

DUQUESA

No. Enrique es juicioso. Será un buen marido. Su vida de soltero no ha sido desordenada. Algunas aventurillas..., alguna sobre todo... muy disculpable, eso sí..., muy disculpable.

DUQUE

(Bajo, a Petra.) Mamá lo dice. ¡Muy disculpable!

PETRA

(Lo mismo al Duque.) ¿Debo dar las gracias?

DUQUESA

Pero sepamos. Antes me dejaste con curiosidad. ¿Qué sorpresa nos preparas? ¿Puede saberse?

PETRA

¡Ya lo creo! Para ti no hay secretos. Sobre que ya no puede tardar en saberlo todo el mundo. Me caso.

DUQUE

¿Con Hilario Montes?

PETRA

¿Lo sabías? ¡Para guardar en este Madrid un secreto!

DUQUESA

¿Es verdad? ¡Pues sí que es sorpresa! ¡Vaya con la viudita impenitente! Pero ¿cómo te has decidido? ¡Y con Montes! ¡Yo ni sabía que fuese amigo tuyo!

PETRA

¡Como que no lo era! Te explicaré cómo ha sido. Así como así, me conviene explicárselo a los demás, para ver si acabo por entenderlo yo misma. La verdad es que yo, por mí, me hallaba muy a gusto viuda y libre, y bien sabe Dios que no pensaba en reincidir, créelo. Pero de algún tiempo a esta parte, y a pesar mío, he cambiado de idea. ¡Ay, querida Rosario! Yo quedé viuda muy joven. Tú no sabes lo difícil que es para una mujer comportarse en situación tan equívoca, tan ocasionada a interpretaciones maliciosas. Ni mi carácter ni mis relaciones sociales me permitían vivir apartada del mundo. He frecuentado reuniones, teatros, bailes... No ignoras lo que de mí se ha dicho.

DUQUESA

¡Quién hace caso!

PETRA

¡Y de quién no dirán!

DUQUESA

Eso debe consolarte.

PETRA

Pero volviendo a la historia de mi boda: como te digo, yo nunca había tratado a Montes con intimidad, y para que veas, casi me era antipático. Eso de que a todas horas le llamen a uno el acaudalado y el opulento, qué quieres que te diga, me parece ordinario.

DUQUE

Pues según va todo, no hay nada más extraordinario.

PETRA

En fin, verás. Durante mi última estancia en Málaga, fué Montes allá, a negocios de sus fábricas y a disponer

lo necesario para edificar el Asilo de obreros impedidos, del cual es fundador; una obra excelente, dicho sea de paso. Tratamos de la venta de unos terrenos. Con este motivo frecuentó mi casa, me obsequió con ejemplares rarísimos de orquídeas; *il se mit en frais,* como dicen los franceses; por último, después de manifestarme viva simpatía, se lamentó de que todo el mundo le creyera feliz porque tenía dinero, cuando no lo era, no podía serlo..., porque..., aquí en confianza, me habló mal de Ramona, pero muy mal. *(Movimiento de desagrado en la Duquesa.)* No te alarmes. Todo queda en familia... Es el caso que Montes tiene una hija.

DUQUESA

Yo creí que no se había casado.

PETRA

Quedó viudo al año de su matrimonio con una criolla. Dejó a su hija al cuidado de unas hermanas de la madre, allá en Málaga, y allí se ha criado y se ha hecho mujer, porque ya tiene diez y nueve años. Pero hace dos que una de las tías de la niña se casó con un perdulario, y la otra murió a poco, y aquí que Montes no sabe qué hacer con su hija, porque le es muy duro dejarla entre personas extrañas y durísimo traerla consigo..., porque hay quien se opone..., y, en fin, me dió lástima, puedes creerlo. Hice que me presentaran a la niña, que estaba en un colegio, la pobre criatura. ¡Figúrate, a los diez y nueve años! Yo le propuse tenerla en mi casa mientras yo permaneciera en Málaga, y a mi regreso dejarla con una señora inglesa, viuda muy respetable, que vive de dar lecciones de idiomas. Aceptó agradecidísimo mi ofrecimiento; la muchacha, loca de alegría, me tomó gran cariño, y el padre...

DUQUESA

Comprendió que el problema estaba resuelto.

PETRA

Esa es la historia. Yo bien supongo que la gente hablará, que andaremos en lenguas, que se comentará de mil modos... Mi conciencia está tranquila. ¿Qué pueden decir? ¿Que me caso por el dinero de Montes? No soy rica, pero puedo vivir muy bien, como he vivido hasta ahora; todo el mundo lo ha visto; no soy amiga de ostentaciones ni despilfarros. Además, Montes tiene una hija y ella ha de heredarle naturalmente. En posición social, más pierdo que gano; mi padre me dejó un nombre ilustre, y mi primer marido la consideración de su celebridad política. Digan lo que quieran. Me caso, en primer lugar, por esa pobre niña; después, porque Montes me quiere con todo su corazón, y el mío necesita un cariño sincero para no morirme a la vejez de frío, entre lisonjas de farsantes y calumnias de malvados.

DUQUE

¡Farsantes! ¡Malvados! ¿Nada más hallaste en nuestra sociedad?

PETRA

Sí. Algunos amigos fieles logrados a costa de sacrificar mucho a su amistad y de no exigir nada en pago.

DUQUE

¡Misantrópica estás!

PETRA

Es que me caso. *(Levantándose.)*

DUQUESA

¿Nos dejas? *(Idem.)*

PETRA

Tengo que hacer unas visitas. ¡Por Dios, guárdame por unos días el secreto! Pocos serán. A mi regreso ha de sa-

berse todo. Angelita vendrá conmigo. Angelita se llama la hija de Montes, y ya no puede haber misterios. Adiós, querida. ¡Cuánto siento no asistir al baile! Será magnífico, como cosa tuya, y en esta ocasión no hay que decir. *(A Enrique.)* ¿Irás esta noche? Tengo que hablarte.

DUQUE

Iré.

PETRA

(A la Duquesa, que la va a acompañar.) ¡No, no te molestes! Adiós, Rosario. *(Sale.)*

ESCENA VIII

La DUQUESA, el DUQUE; luego el CRIADO

DUQUESA

(Sentándose.) ¿Qué te parece?

DUQUE

Nada. No me coge de susto. Lo suponía hace tiempo.

DUQUESA

Pero ¿qué hija es esa de Montes? ¿Cuándo estuvo casado?

DUQUE

Nunca. Esa hija es una hija natural; un pecadillo de la juventud. Ahora piensa reconocerla, influído por Petra, que se ha dado muy buena maña para inspirarle el sentimiento de la paternidad como único medio de desarraigar otros sentimientos menos santos que a ella no le convenían para su propósito.

DUQUESA

¡Vaya, no hay que pensar mal! Bien considerado, debemos alegrarnos. Casada Petra, Ramona no verá un peligro en ella para la felicidad de su hija.

DUQUE

¿Ramona? Ramona preferiría verla en relaciones conmigo, aun casado yo con su hija, a verla casada con Montes.

DUQUESA

¡No digas disparates! Eso es monstruoso. ¡Una madre...!

DUQUE

Yo te digo que la boda de Petra con Montes cambia el aspecto de muchas cosas; y que por mi parte lo pensaré mucho antes de dar un paso decisivo en mi vida.

DUQUESA

¿Qué quieres decir? ¿Qué tenemos que ver nosotros...?

DUQUE

Mira, mamá. Si no hablamos claro, no nos entenderemos. Tú sabes como yo, como todo el mundo, que la posición de los Fondelvalle depende principalmente de la de Montes, de sus negocios, de sus especulaciones; que Ramona contaba con que la heredera universal de Montes sería Fernandita...

DUQUESA

¿A título de ahijada de boda?...

DUQUE

A tílulo de... no sé de qué. No me gusta meterme en averiguaciones. Pero ahora, esa hija reconocida, la boda

con Petra, el carácter de Ramona... Te digo que cambia el asunto, que debemos pensarlo.

DUQUESA

Pero ¿cómo? ¿Pensar en qué? ¿En romper tu boda con Fernanda? ¡Imposible! ¡Anunciada oficialmente! Ni me harás la ofensa de suponer que entraban en mí esos cálculos interesados. ¡Fernandita es quién es por sí misma, herede o no herede a su padrino, digan lo que digan los maldicientes de su pobre madre!

DUQUE

Sí, sí; muy bonito todo así dicho..., pero yo no me caso sin dinero. No estoy dispuesto a soportar en el matrimonio la vida humillante del aristócrata tronado. Ya la soporto soltero a duras penas.

DUQUESA

¡Ah! ¿Te consideras un aristócrata tronado? ¿Qué vida llevas que no corresponda a tu posición? ¿Qué humillaciones soportas?

DUQUE

Sería muy largo de explicar y no me entenderías. En tus tiempos la aristocracia deslumbraba con el brillo de sus títulos. Hoy un título lo tiene cualquiera; se dan y se venden por nada, y al que tiene dinero y lo sabe gastar, nadie le pregunta de dónde ha venido. Ya verás a Montes una vez casado con Petra, mujer distinguida; dirigido por ella, será más estimado en todo Madrid que nosotros; su casa será un centro de reunión más distinguido que la nuestra, y su hija, esa hija natural, heredera de un capital inmenso, se casará... con quien ella quiera, con el más linajudo, con el más aristócrata..., ¡conmigo si me conviene!

DUQUESA

¡No digas desatinos! ¿Tú con la hija de Montes?

DUQUE

No digo que será. Digo que bien pudiera ser, que merece pensarse y que lo pensaré.

DUQUESA

¡Calla, calla! ¡Acabaréis por volverme tonta!

CRIADO

(Entrando.) Con permiso. El coche del señor Duque está enganchado. *(Sale.)*

DUQUE

Voy allá. Como esto: ¡tú creerás que es muy divertido presentarse en paseo guiando ese par de Rocinantes!

DUQUESA

¡Un tronco magnífico, que costó en París treinta y dos mil francos!

DUQUE

Sí, cuando los cambios estaban bajos. ¡Bonita figura hacen ahora subiendo la cuesta de la calle de Alcalá! ¡La irrisión de la gente!

DUQUESA

No parece sino que en Madrid hay tantos caballos de lujo. Cuenta: dos o tres cuadras bien presentadas. El Retiro no es el *Bois* ni *Hyde Park*.

DUQUE

Eso sí. ¡Hay en Madrid cada tronco de caballos blancos, que fueron tordos, envejecidos al calor de la familia! Pero no es razón para que no tengamos un caballo presentable. Es una vergüenza, mamá.

DUQUESA

¿No te dije que compraras los de Benito Anduaga? Yo los hubiera pagado.

DUQUE

Es que no quiero que me pagues nada. No me gusta vivir a costa de nadie; por eso necesito dinero mío, y por eso no me casaré sino con quien lo tenga. He dicho. Hasta luego.

DUQUESA

¿Irás al teatro?

DUQUE

Iré... Pero no te impacientes; iré tarde...

DUQUESA

¡Pero hijo!...

DUQUE

Descuida. Iré antes de que la tiple se vuelva loca, que suele ser momentos antes de que el tenor se mate. Adiós, mamá. *(La da un beso en la frente y sale por la primera izquierda, mientras cae el telón.)*

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Al levantarse el telón se oyen dentro los últimos compases de un vals.

ESCENA I

ANSÚREZ, ISIDORO, PILAR, CONCHITA y LILÍ

ANSÚREZ

¡Qué guapísima está Conchita Borines!

ISIDORO

Es una mujer de primera.

ANSÚREZ

¿De primera? Es poco: de *sleeping-car*.

ISIDORO

¡Cómo se ciñe... bailando!

ANSÚREZ

Trae un escote sugestivo.

ISIDORO

En eso de escotes, la que me ha dado un chasco es Lilí Acevedo. ¡Caracoles! ¡Con aquella carita!

ANSÚREZ

Está bien de mujeres esto.

ISIDORO

Y la beneficiada, ¿qué te parece?

ANSÚREZ

¿Quién?

ISIDORO

Fernanda Fondelvalle, en honor de quien bailamos esta noche.

ANSÚREZ

¡Phs! No me dice nada. Está sin formar... Los ojillos graciosos.

ISIDORO

Me parece que es mucho ducado para ella el de Garellano. La tradicional hermosura de sus duquesas pasará con ella a la tradición. Porque ¡cuidado si la Duquesa está guapa para sus años!

ANSÚREZ

¡Digo! Hay pocos bustos comparables al suyo esta noche.

ISIDORO

¿Y su hija?

ANSÚREZ

¿María Antonia? Esa es una mujer que me vuelve loco. Tiene la gracia de Dios.

ISIDORO

¡Pues a ella! Me parece que no se asustaría.

ANSÚREZ

¡Qué! Tiene horror a los hombres, empezando por su marido.

ISIDORO

No es mal principio, porque tanto podría extremar el horror, que...

ANSÚREZ

¡Le tendría sin cuidado! A Carlos no le hables más que del treinta y cuarenta. Anda ahora loco con una combinación...

ISIDORO

Sí, la conozco. ¡Buena está la combinación! ¡Tres llaves seguidas me echaron anoche!

ESCENA II

Los MISMOS y URRUTIA, que sale puerta segunda derecha.

URRUTIA

¿Qué hace la pollería? La Duquesa me ha encargado de decir a ustedes que el puesto de honor de los jóvenes en un baile...

ISIDORO

Es el salón de baile. Como en la guerra, el de mayor peligro.

URRUTIA

No hay más peligro que el de resbalar. Pero en no cayendo del lado del matrimonio...

ANSÚREZ

No hay miedo, amigo Urrutia; caeremos del lado de la libertad.

URRUTIA

Pues a bailar y a defenderse, que el enemigo trae un armamento... ¡Hay cada mujer y cada escote!... Mauser de tiro rápido, créanlo ustedes.

ISIDORO

¡Pues a luchar, ilustre veterano!

URRUTIA

Sí, bueno estoy ya... ¡Hecho un fusil de pistón!

ISIDORO

¡Ja, ja, ja!... Este Urrutia siempre de buen humor! *(Vanse Ansúrez e Isidoro.)*

URRUTIA

(Aparte.) ¡Sí, sí; de bonito humor estoy yo! Pero en cuanto le ven a uno con cara triste, nadie le hace caso. ¡Mi buen humor! ¡Mi salvoconducto! El día que le perdiera no me recibirían en ninguna parte. Vamos a hacer reir a estas señoritas... mientras abren el comedor... No, lo que es esta noche, en cuanto cene me acuesto. ¡Tres noches sin dormir! ¡Con este catarro! *(Tose.)* ¡Ay, niñas! *(A las señoritas.)* ¡Ejem, ejem!... Me muero de ésta, me muero.

PILAR

¡Ja, ja! Este Urrutia siempre de buen humor.

URRUTIA

¿Descansan ustedes? No creo que las jóvenes tengan el mal gusto de no bailar con lo mejorcito que hay en el baile.

LILÍ

¡Estamos rendidas!

URRUTIA

Feliz mortal el que haya conseguido rendirlas.

LILÍ

¡Ay, qué gracioso! Queremos decir cansadas.

CONCHITA

¡Y yo tengo una sed!

PILAR

¡Y yo!

URRUTIA

Si aceptan ustedes mi brazo, las llevaré a tomar un refresco.

LAS TRES

Muchas gracias.

URRUTIA

Todavía no han abierto el comedor, pero en la salita de bailar hay refrescos... y pastas.

PILAR

Ahora vamos. *(Vase Urrutia.)*

CONCHITA

¿Te ha pedido Enrique un rigodón? A mí otro. Yo creí que esta noche no bailaría más que con Fernanda.

LILÍ

¡Bah! Enrique es muy *chic;* eso de no bailar más que con la futura es una ridiculez.

PILAR

¡Para lo que le importará a él la futura!...

CONCHITA

Le importará unos cuantos millones. La casa de Garellano necesita mucha savia nueva, come dice mi hermano Polito... Oye, tiene la mar de gracia: dice que al ducado de Garellano le van a poner como a las guindas, en aguardiente, para conservarlo.

LILÍ

¡Ja, ja!... Pues yo he oído decir que los de Fondelvalle no son tan ricos.

PILAR

Ellos no. Pero Montes... ¿No ves que dicen que es padre de Fernandita?

LILÍ

Pero ¿cómo puede saberse eso? No lo entiendo.

CONCHITA

¡Hay tantas cosas que una no entiende!... Por eso nos casamos. *(Vanse del brazo de Ansúrez y de Isidoro.)*

ESCENA III

El DUQUE y MONTES del brazo, prosiguiendo una conversación, salen puerta primera derecha.

MONTES

Me confío a ti, porque eres hombre de ideas propias, originales. Vamos a ver: ¿no debo yo reconocer a mi hija? Mientras vivió con personas de mi confianza pude satisfacer mi conciencia con procurar que de nada careciese: educación, comodidades, lujo, nada le ha faltado... Pero ahora la situación varía: sola en el mundo, en la edad

crítica... Esa hija abandonada sería un remordimiento en mi vida.

DUQUE

(¿Qué me importarán sus historias?) Amigo Montes: creo, como tú, que debes hacer lo que mejor te parezca.

MONTES

¡Gracias a Dios que doy con una persona razonable! Con dos, porque Petra Uriarte es de tu opinión. ¡Ah, qué mujer! No había tenido ocasión de conocerla a fondo. ¡Qué sentimientos los suyos! ¡Qué arranques! ¿Querrás creer que apenas supo que mi hija estaba cerca, sola, corrió a buscarla, la llevó a su casa... y allí la tiene. ¡Y con qué cariño! ¡No haría más una madre!

DUQUE

Pues, amigo Montes, como conozco a Petra y te conozco a ti, mi consejo leal es que te cases, que des una madre a tu hija... y que por algún tiempo, para evitar las hablillas, te ausentes de Madrid.

MONTES

Querido Enrique, has visto claro en mi corazón. Por algo sentí siempre por ti vivísima simpatía.

DUQUE

(Impaciente.) Amigo Montes... Esta noche los deberes de amo de casa... Si te es igual...

MONTES

(Deteniéndole.) Un momento. Perdona, Enrique, pero es tal mi alegría al ver cómo por tu parte no hallo obstáculo alguno a mi proyecto...

DUQUE

¿Por mi parte? ¿Con qué derecho iba yo a oponerlos?

MONTES

Ya sé que así lo que se dice imposiciones... Pero, en fin, pudieras haber mostrado cierta contrariedad... porque... ¡Qué demonio! Hablemos claro, pero sin alterarnos, ¿eh? La cuestión es delicada, y tú a lo mejor tienes unos... arranques de duque, ¿eh?, que le dejas a uno parado. Pero ahora no es ocasión de fingimientos.

DUQUE

¡Ah! ¿Tú crees que eso que llamas arranques de duque son en mí fingimientos?

MONTES

¿Lo ves? Ya tenemos uno. Si estamos solos...

DUQUE

(Con severidad.) Estamos los dos. Y aun cuando estoy solo, soy siempre el mismo.

MONTES

Bueno, corriente. Si te alteras, no nos entenderemos.

DUQUE

Me parece que no.

MONTES

Tú tendrás la culpa.

DUQUE

Pues bien, habla claro. Ahora soy yo quien lo dice; estamos solos. Muéstrense con entera libertad tus arranques... de capitalista.

MONTES

(Con decisión.) Sí, concluyo. Lo que quería decirte es... que he hallado una madre para mi hija, que estoy decidido a casarme con Petra, y...

DUQUE

¿Y qué?

MONTES

Que tu futura suegra se opone.

DUQUE

Como no ha pasado de futura, no sé qué tenga yo que ver en vuestros asuntos, por lo presente.

MONTES

Mira, Enrique: yo, al romper para siempre ciertas relaciones que para ti no son un secreto, por causas que sería muy enojoso explicar, no quiero que me quede remordimiento alguno. Antes que nada, soy un caballero. Si yo supiera, como asegura Ramona, que mi determinación comprometía la felicidad de Fernandita, capaz sería de sacrificarme..., o por lo menos de sacrificarnos a medias...

DUQUE

(Burlándose.) ¿Un cincuenta por ciento de sacrificio? No es mal dividendo.

MONTES

Un cincuenta por ciento. Corriente. Me has dado la fórmula. ¿Te conviene?

DUQUE

¿A mí? ¿Pero con qué razón anda mi nombre en estos enredos?

MONTES

No viene a cuento hacerse de nuevas. Tú sabes bien lo que sabe todo el mundo; no lo voy a repetir ahora. La gente ha dado en decir que Fernandita es hija mía.

DUQUE

No olvides que Fernanda llevará mi nombre.

MONTES

Muy bien llevado, como lleva el de su padre. Yo puedo asegurarte que Fernanda no es hija mía. Pero la gente ha dado en decirlo, y Ramona afirma que si tú te casas con ella, es en la creencia de que será mi heredera a título de ahijada de boda.

DUQUE

¿Eh? ¿Quién dice eso? ¿Quién lo ha dicho?

MONTES

La Condesa, Ramona. ¡Déjate de aspavientos! Y todo el mundo. ¡Qué diablo! Como que los tiempos no están para casarse con nadie por su cara bonita. Los matrimonios desinteresados son buenos para los hombres de cierta edad, como yo; pero los jóvenes tenéis el deber de pensar en lo porvenir. Por eso yo me tomo la libertad de aconsejarte, aquí en confianza, que puedes casarte con Fernandita.

DUQUE

(Con ironía.) ¿Das tu consentimiento?

MONTES

(Con gravedad.) Deja ironías. Doy algo más. Los Condes están ricos, y ahora, al liquidar nuestra Sociedad, han de percibir una buena suma; porque yo no he de regatear con ellos, como comprendes. De modo que Fernandita es un buen partido, a pesar de no ser mi heredera.

DUQUE

No dirás que no he tenido paciencia para oirte. Ahora escucha. Porque tienes dinero crees que puedes atreverte a todo...

MONTES

(Despreciativo.) Mira, chico, vosotros me lo habéis hecho creer. Cuando vine a Madrid y traté de presentarme en sociedad, me aseguraron que todas las puertas se me abrirían, que me recibirían en todas partes, menos en casa de los Duques de Garellano. Y estoy en ella y tuteo al Duque.

DUQUE

Y le dispensas tu protección, y poco menos que le concedes el honor de permitirle que se case con la que él ha elegido por esposa sin contar para nada contigo. Sábelo: si algún obstáculo había para mi boda con Fernanda, eras tú y esa herencia de origen dudoso. Ahora, bien puede ser Duquesa de Garellano, y en mi casa, que será entonces mía, no te será tan fácil la entrada como lo ha sido en ésta, gracias a la bondad de mi madre. *(Sale.)*

MONTES

(Solo.) ¡Conversación! Ya veremos en lo que paran esos humos. En fin, yo le dije lo que quería decirle, y él me ha oído; lo demás... ¡bastante me importa!

ESCENA IV

MONTES; la DUQUESA, la CONDESA, el CONDE, MARÍA ANTONIA y CARLOS, por la segunda izquierda.

CONDE

(Dando el brazo a la Duquesa.) Faltan muchos amigos de los antiguos, de los buenos, querida Rosario; y cada vez que nos reunimos, se nota la falta de algunos más; lo que significa que pronto faltaremos también nosotros... Ya hemos dado bastante guerra.

DUQUESA

¡Por Dios!, no pienses en eso. ¡Pues si justamente en estas ocasiones me siento rejuvenecida! Me parece que me quitan unos cuantos años de encima como por encanto.

CONDE

Bien puedes decirlo. ¡Cuidado si estás guapa esta noche! En nuestros tiempos eras la mujer más hermosa de Madrid; algunos años han pasado; pero hoy me atrevo a proclamarte de nuevo reina de la hermosura; por lo menos, hoy celebras el jubileo de tu reinado.

DUQUESA

Ocasión propicia para pensar en quién ha de sucedernos.

CONDE

No, las hijas no valen lo que las madres. Las razas degeneran. La nueva generación promete poco. Caras bonitas, bellezas delicadas, talles flexibles, ojillos picarescos..., pero nada sólido ni permanente. Al primer hijo, se acabó todo. Vosotras no erais así. ¡Si hoy día valéis más que vuestras hijas! Ahí tienes a María Antonia, a Fernanda. ¿Pueden compararse contigo ni con Ramona? Porque también Ramona está guapa; todo hay que decirlo.

DUQUESA

(A Ramona.) ¿Oyes, Ramona? No tendrás queja de tu marido. Aquí le tienes contemplándote embobado, como un novio de veinte años.

CONDESA

Le dan accesos de ternura.

DUQUESA

(Al Conde.) ¿Cómo? ¿Es fiebre intermitente nada más?

CONDE

¡Cotidiana! Sólo que no soy quejicón. *(Siguen conversando.)*

MARÍA ANTONIA

(A Montes.) Ya sé que si usted quiere puede conseguirlo. Gonzálvez es íntimo de usted, le debe favores, lo sé. A Carlos le convendría mucho. Dejó la carrera al casarse conmigo, por no llevarme de una parte a otra; yo soy enemiga de viajar y de conocer gente... Pero ahora debe mirar las cosas de otro modo. Íñiguez no está contento en Viena; si usted influye, Carlos puede ir en su lugar de primer secretario.

MONTES

Bien sabe usted que haré cuanto esté de mi parte, pero será difícil.

MARÍA ANTONIA

¡Difícil! Para usted no hay nada difícil. Es usted dueño de la situación. Hágalo usted por mí.

MONTES

Por usted, ¿qué no haría yo? (Me parece que la conquista de la Marquesita no sería ningún arco de iglesia... ¡Si uno tuviera humor!)

MARÍA ANTONIA

(Dirigiénaose hacia Carlos.) (¡Que tenga una que adular a estos hombres! ¡Y puede que piense cobrarse el favor!... ¡Lo que es eso!...)

CARLOS

¿Le has hablado?

MARÍA ANTONIA

Sí. Pero no dejes de ver a Gonzálvez. Todo hace falta. Ve mañana al Ministerio.

CARLOS

¡Otro plantón de dos horas de antesala! No, hija, gracias; no estoy por eso. Si quieren servirme, que me sirvan. Yo no he nacido para andar mendigando de puerta en puerta.

MARÍA ANTONIA

Pues nuestra única puerta se ha cerrado. Mamá no quiere darte un céntimo. Tú verás...

CARLOS

¡Tú tienes la culpa, que me desacreditas con ella!

MARÍA ANTONIA

¿Yo? Ni para bueno ni para malo le hablo nunca de ti a mamá.

CARLOS

¿Pues quién le ha contado...?

MARÍA ANTONIA

¡Cualquiera! ¡Hay gente que tiene muy mala intención!

CARLOS

Muy mala hay que tenerla para calumniar...

MARÍA ANTONIA

Mira. El registro de la calumnia conmigo suena a hueco. A mamá puede que todavía le haga efecto. No malgastes la oratoria... Y sobre todo, sal del apuro como puedas y no me molestes. Yo no me he casado para estar siempre disgustada. Esas lamentaciones continuas, eso de estarte oyendo siempre que no podemos vivir, que se gasta mucho, que nos arruinamos, me descompone, me altera los nervios. He vivido siempre sin pensar cómo vivía, que es el único modo de vivir.

CARLOS

¡Ah! ¿Voy a pasarme yo solo los disgustos y las contrariedades? ¡Qué egoísmo!

MARÍA ANTONIA

Egoísmo, el tuyo, que no quieres sufrir solo.

CARLOS

Está bien. Nos iremos a vivir a Los Zarzales. Mañana mismo nos vamos.

MARÍA ANTONIA

Irás tú. Yo puedo vivir en Madrid como he vivido siempre.

CARLOS

No lo pienses. Vendrás conmigo.

MARÍA ANTONIA

Mira. No tomes el papel de marido en serio, ni me hables de leyes y de tonterías, como acostumbras. No nos pongamos en ridículo. Y déjame un momento, si quieres... ¡Toda la noche juntos! Ya habremos dado bastante que hablar. *(A Montes al salir.)* No me olvide usted. *(A Ramona.)* Ramoncita, sé buena, háblale por mí... (¡Qué vida tan insoportable!) *(Vase segunda izquierda.)*

DUQUESA

(A Carlos.) ¿Lo ves? Hoy no te riño. Así me gusta. Veros como buenos esposos, juntitos, en la mejor armonía. Lo demás, todo se arreglará. Yo sé que no eres malo. Pero ¡hay mujeres!... Yo nunca creí que hubiera mujeres de esa clase...

CARLOS

(¡Pues estaría uno divertido si no hubiera más que mu-

jeres virtuosas!) ¡Ay, mamá! ¡Bien sé que he perdido tu confianza, que me han calumniado!

DUQUESA

No, esta vez no ha sido calumnia.

CARLOS

¡Fuí siempre desgraciado! Mi corazón se había acostumbrado a quererte como a mi verdadera madre.

DUQUESA

(¡Pobrecillo!) Vamos, ahora no es cosa de enternecernos... Mañana vas a casa, avisaré al padre Losada, y oirás sanos consejos y advertencias que han de aprovecharte...

CARLOS

(Tendremos plática y sermón... En ese caso aumentaré la cuota. Con tal de que María Antonia no le diga antes... Corro a buscarla...) ¡Mamá! ¡Mamá!... No encuentro otra palabra... *(Vase muy de prisa segunda izquierda.)*

DUQUESA

(Dirigiéndose al grupo que forman la Condesa, Montes y el Conde) (¡Es un chiquillo! Por supuesto, la mitad de lo que me han dicho no sería verdad. ¡Qué gente hay en el mundo! Lo mismo que decir que Ramona y Montes..., y que el marido... ¡Un matrimonio modelo!... ¡Un amigo modelo...) *(Al Conde, cogiéndole del brazo.)* Acompáñame al invernadero. Voy a dar una vuelta por allí. Vamos a ver la gente joven... Está muy animado el baile, ¿verdad?

CONDE

Muy animado... ¡Pero no hay tampoco aquellos bailarines! *(Salen segunda izquierda.)*

ESCENA V

La CONDESA y MONTES

CONDESA

¿Por qué no has venido hoy a casa? Ricardo te esperaba. ¿Es que te han prohibido que vayas? ¿Es que piensas romper toda clase de relaciones con nosotros, dejándome al descubierto, expuesta a las habladurías y a los comentarios de la gente bien intencionada?

MONTES

Bien sabes que mi afeeto por ti, por todos vosotros, es inalterable. Nadie me ha exigido ni me exigirá que lo sacrifique. Pero es preciso que seas razonable, que no volvamos a tener escenas como las de estos días pasados; de otro modo es contraproducente la continuación de nuestra amistad.

CONDESA

Es que... ¡Si tú supieras! ¡Oh! ¡Nunca creí que te portaras conmigo de ese modo! ¡Yo, que he comprometido por ti la tranquilidad de mi casa!

MONTES

Vamos, no hay que sacar las cosas de quicio. ¿No me he portado como correspondía? Me parece que la tranquilidad de tu casa no se ha turbado en lo más mínimo. ¿No convinimos en ser siempre buenos amigos? ¿No fuiste tú quien lo propuso?

CONDESA

¡De otro modo me estimarías si nunca hubiéramos sido más que amigos!

MONTES

¿De otro modo?... No sé. Mas, no. Puedes creerlo; como amiga vales muy poco.

CONDESA

¡No valgo nada! Conformes. En cariño cuesta mucho venir a menos. Disfruté la opulencia del tuyo; no sé reducirme a vivir sólo de tu amistsd.

MONTES

(¡Venir a menos!) Ramona, yo creo que entre nosotros debemos hablar con la franqueza más absoluta. Si hemos llegado a esta situación, tuya ha sido la culpa. Desde que supiste que yo trataba de reconocer a mi hija, como era mi deber, me has atormentado de mil maneras; has comprometido tu reputación y mi respetabilidad, y lo más doloroso para mí es que en todo ello no he visto el sentimiento del cariño ofendido, sino rabia, despecho. Y es triste, muy triste, Ramona, ver cómo un afecto que era algo muy íntimo en mi vida, se desmorona de este modo, en circunstancias críticas, cuando más que nunca buscaba un apoyo en él... Lo que ha hecho Petra por mi hija, pudiste hacerlo tú.

CONDESA

¡No me hables de Petra! ¿Qué podía yo hacer por tu hija? ¿Me hablaste nunca de ella? ¿Te acordabas siquiera de que existía para tu cariño? ¡Dejémonos de farsas! Yo nunca me hubiera opuesto a que reconocieras a tu hija, a que ella fuese tu única heredera, es muy justo; así debe ser... Pero es que yo veía muy claro lo que había detrás de tu repentino amor paternal; es que yo presumía que no era idea tuya, es que ese cariño era lo de menos..., era como la luz de un fósforo, que rara vez se enciende para que alumbre, sino para encender otra luz, y después se tira... ¡Oh! ¡Petra sabe mucho! Más que yo; bien lo veo,

porque yo hubiera podido engañarte lo mismo, si yo supiera engañar... ¡Y pensar que lo ha conseguido! ¡Que no ves sino por sus ojos! ¡Y que un hombre de talento se deje engañar, que no vea lo que ve todo el mundo!... ¡Si yo quisiera, si yo quisiera, verías quién es esa mujer, ese ángel de bondad, esa madre amantísima de hijas ajenas!...

MONTES

¡Basta! ¡Si de calumnias hiciera yo caso..., de ti...!

CONDESA

¡De mí no pueden decir nada! ¿Qué puedes decir tú?

MONTES

No..., yo no puedo decir nada... Concluyamos. No daré más explicaciones. Todo está dicho. Ya lo sabes. Me caso. Petra Uriarte es una mujer de corazón; en ti no he visto nunca más que egoísmo. ¿Quieres que te hable con más franqueza?

CONDESA

¡Infame! ¡Te has de acordar de mí! *(Le da un golpe con el abanico.)*

MONTES

Pero, mujer, ¿estás loca?...

CONDESA

¡Te has de acordar!

MONTES

¡Chist!... *(Imponiendole silencio al ver que se acerca gente y cambiando de tono.)* ¡Lástima de abanico!

ESCENA VI

Los MISMOS. La DUQUESA, del brazo del CONDE, MARÍA ANTONIA, CARLOS. Después RÍOS, DON FABIÁN, ANSÚREZ, la MARQUESA DE SAN SEVERINO y PILAR; todos por la segunda izquierda.

CONDE

La combinación de luces entre las plantas es de un efecto fantástico. Un cuento de *Las Mil y una noches.* ¡Tal ha sido el genio evocador de tantas maravillas! *(A la Condesa.)* ¿No has dado una vuelta por el invernadero?... ¿Qué es eso? ¿Has roto el abanico?

MONTES

Sí, se cayó al suelo y se ha hecho añicos... ¡Un varillaje tan delicado!...

DUQUESA

Yo sé quién los compone muy bien. *(Sigue hablando con la Condesa.)*

CONDE

(A Montes.) Es que Ramona está muy nerviosa estos días .. Es natural; con la boda de Fernanda... Procura calmarla. Esta mañana entró en mi despacho y también me dejó caer la estatua de la Filosofía... ¡Se ha hecho mil pedazos! Lo siento, porque era recuerdo tuyo. Y ahora que me fijo: hoy estás en desgracia. Este abanico también es recuerdo tuyo; lo compraste en París.

MONTES

(Con despego.) No me acuerdo.

CONDE

(Cogiéndole del brazo e insistiendo.) Yo sí, porque precisamente compré uno igual para aquella chica... ¿Te acuer-

das? ¡Bien nos divertimos en aquel viajecito! ¡Qué mujer! ¿Recuerdas una noche que Ramona andaba escamada y no quería dejarme salir, y salimos los tres, y yo hice como que me perdía, y Ramona se lo creyó la pobre? ¡Ja, ja, ja! ¡Tuvo gracia! *(Pasean del brazo; después se acercan al grupo de la Condesa y la Duquesa.)*

CARLOS

(A María Antonia.) Parece mentira que tomes en serio lo que yo digo. ¿No conoces mi genio? ¡No hay más que desterrar de Madrid a una criatura como tú! Madrid entero me pediría cuenta...

MARÍA ANTONIA

¿Qué nuevos vientos han soplado? ¿Trajeron a buen puerto algún galeón de las Indias? ¡Ah, vamos! Le cantaste a mamá el aria célebre de la calumnia y has tenido buen éxito. Te felicito y me felicito...

CARLOS

(A mi mujer no hay quien la engañe; es perder el tiempo.) Supongo que no me guardarás rencor...

MARÍA ANTONIA

¿Y que no diré nada a mamá?... No, hijo mío. Si alguna vez reñimos no es culpa mía. Ya sabes que conmigo, en no molestándome para nada, no hay por qué reñir nunca. Acompáñame al comedor, que nos vea mamá juntos. ¡La pobre se alegrará tanto! Ya ves si soy buena...

CARLOS

¡Eres un ángel! Eres... *(Al pasar por delante del otro grupo se detienen.)*

DUQUESA

¿Ven ustedes? Un matrimonio de un año, y aun está en plena luna de miel. ¡Si tendré buena mano para bodas!

La gente habla horrores del matrimonio; yo no veo más que matrimonios felices.

CONDE

Yo lo mismo. A lo mejor oye uno historias... Yo no sé dónde pasará todo eso. Yo no veo nada.

MARÍA ANTONIA

(A Carlos, al salir.) Pero dime: ¿es posible que no sepa...? ¿No habrá visto ni sospechado...?

CARLOS

Algo, sí... Pero, créelo, no hay nadie tan elocuente como uno mismo cuando quiere persuadirse de lo que le conviene estar persuadido. *(Vanse puerta primera izquierda.)*

RÍOS

(Sale puerta segunda izquierda.) En su casa hay siempre algo nuevo que admirar. *(A la Duquesa.)* He visto las acuarelas y el grupo en mármol. ¡Magníficas obras y magnífico ejemplo el de usted, que de ese modo protege el Arte!

DUQUESA

¿Prepara usted algo?

RÍOS

Trabajo poco.

DUQUESA

Tengo que hacer una visita a su estudio.

RÍOS

Me honrará usted con ella. Verá usted unos paisajes...

DUQUESA

(A D. Fabián.) Y el ilustre perezoso, ¿cuándo termina ese discurso de recepción?

D. FABIÁN

Estoy desanimado. Para alentarme en el trabajo necesito reunir un conjunto de circunstancias: perfecto estado de salud, quietud de ánimo... Sin embargo, en cuanto termine la casita que estoy haciendo en los Cuatro Caminos, espero hallarme en circunstancias de tranquilidad para emprender algún trabajillo.

RÍOS

Beatus ille! Amigo, esa casita no la habrá usted edificado con el producto de sus poesías.

D. FABIÁN

¡Ah! ¡En España, las musas dan honor, mas no dan rentas! Ya lo dijo Lope de Vega.

RÍOS

¡Que nunca fué ministro! *(Siguen conversando y después salen acompañados de la Duquesa.)*

MARQUESA DE SAN SEVERINO

(Hablando en otro grupo formado por Pilar y Ansúrez. ¿Has visto al nuevo embajador?

ANSÚREZ

Sí. ¡Tiene una facha de burgués!... Pero piensa dar bailes.

PILAR

Menos mal. Oye. ¿Has visto a la de Palarea? ¡Qué traje!

ANSÚREZ

¡Estupendo! Sólo que se le ha olvidado ponerse el cuerpo.

SAN SEVERINO

¡Ja, ja, ja! Lo que dice Ríos: a su edad, estaría mejor arropada y en casa...

PILAR

¡Sí, sí! Díselo a ella. ¿Has visto cómo está con Isidoro Torres?

ANSÚREZ

Ya lo dijo un satírico: hay mujeres que cuanto más declinan, más conjugan.

SAN SEVERINO

¿Conoces tú a esas americanas que han presentado esta noche?

ANSÚREZ

¡Ya lo creo! Las de Rebolledo.

PILAR

¿Qué gente es ésa?

ANSÚREZ

¡Qué sé yo! De esos ricachos de Cuba que de cuando en cuando vienen a asustarnos con su dinero, y al año suelen volverse a su tierra como pintan a sus ascendientes antes de que los descubriera Colón, es decir, peor; porque a aquéllos los pintan con plumas, y éstos suelen quedarse desplumados.

PILAR

¿Son muy ricas?

SAN SEVERINO

Así parece. Sobre todo son elegantes. Por eso se las admite en todas partes. No hay en Madrid quien se vista como ellas.

ANSÚREZ

¡Vamos! Se han propuesto hacer papel como se hace el papel; después de todo, a fuerza de trapos.

SAN SEVERINO

¡Eres temible! ¡Dios nos libre de tus frases!

ANSÚREZ

¿De mis frases? Primeramente son inofensivas; y después, ¿puede decirse que son mías? Son unas cuantas frases que corren por Madrid a temporadas; todo el mundo las repite y son como ropa de bazar: no está hecha a la medida de nadie, pero al primero que le cae menos mal, se le endosa. *(Se van por la segunda izquierda.)*

ESCENA VII

La CONDESA y el CONDE

CONDE

Sí, mujer. Es cosa decidida. ¿Para qué queremos aquellos terrenos, ni continuar con el negocio de las fábricas? Yo no tengo humor ni salud para ocuparme en negocios de ninguna clase. ¡Dichosos aguardientes! Sólo el olor me mareaba.

CONDESA

Corriente. Pero Montes no se ha portado con lealtad.

CONDE

¡Mujer! La conducta de Montes ha sido correctísima. Ya sabes que soy delicado; y si yo creyera...

CONDESA

¡Lo que harás tú es dejarte engañar como siempre! Has nacido para que todo el mundo te engañe.

CONDE

¡Eso crees tú, que eres la más desconfiada!... ¡Parece mentira que digas eso de Montes, al cabo de los años que le conocemos! ¡Un caballero intachable! ¡Yo sostendré en todas partes que es un caballero y mi mejor amigo!

CONDESA

Pues entonces debes evitar que haga un desatino.

CONDE

¿Un desatino?

CONDESA

Varios. En primer lugar, reconocer a su hija. Eso, por más que diga, es una quijotada improcedente, que hará perder más que ganar a esa criatura. La gente lo tolera todo, menos que se la escandalice. Y eso de salir a sus años con una chiquilla y presentarla a toque de campana: «Señores, aquí está mi hija», comprende que ha de ser de malísimo efecto. Lo que ha hecho hasta aquí podía seguirlo haciendo con discreción, con recato...

CONDE

Esos asuntos son muy delicados para inmiscuirse en ellos. Él lo ha hecho caso de conciencia, y, en realidad, esa muchacha, sin familia, sin nombre, para casarse, para todo, estaba en una situación desairada, difícil.

CONDESA

Lo estará más aún. Presentada con ese descaro, como hija natural, porque esa farsa de un primer matrimonio no hay quien la crea, desde ahora te lo digo, no la recibiremos en ninguna parte, ni la admitirá en su trato nadie que tenga decoro... Y eso, debes ser tú quien se lo haga entender...

CONDE

¡Déjame de historias! ¿A título de qué voy yo a intervenir en asuntos de índole privada? En cuanto a si la niña será bien recibida o mal recibida, ya me parece que exageras. Ella no tiene culpa, y el padre hace lo que debe en conciencia para enmendar la suya; si la gente les pone mala cara todavía, hay que confesar que yo no entiendo una palabra de moral ni de catecismo, y me precio de buen cristiano...

CONDESA

¡De lo que puedes preciarte es de no tener sentido común! Te ha contagiado el amigote. Pues nada; dile que nos traiga a la niña cuanto antes, con el remate y salvaguardia de la mamá postiza, la Petra Uriarte, la viudita, ese espejo de virtudes, que viene a enseñarnos a todas a ser madres y esposas honradas...

CONDE

¡Pero cualquiera diría que a ti te importaba todo eso! Que se case o se deje de casar... ¿De Petra Uriarte?... Ya sabemos todos lo que se ha dicho. ¡Eh! ¡Vaya usted a saber lo que habrá de cierto! Pero si hay algo, debemos alegrarnos de que se case. Porque la felicidad de nuestra hija corría peligro con ella libre y cerca de Enrique...

CONDESA

¡No digas tonterías! Tú eres el que comprometes su felicidad...

CONDE

¡Pero Ramona!...

CONDESA

Aquí viene Fernanda; no discutamos.

ESCENA VIII

DICHOS, FERNANDA, MERCEDES y PEPITA, segunda izquierda.

(El Conde y la Condesa siguen hablando aparte.)

MERCEDES

¿De modo que no habéis fijado día para la boda?

FERNANDA

Todavía no.

MERCEDES

¿No has empezado a hacerte ropa? ¡Qué traje de boda vi este año en París!

FERNANDA

¿Cómo era? El traje de boda me preocupa mucho.

MERCEDES

¡Era ideal! Daba ganas de casarse, podéis creerlo.

PEPITA

¿Te encargarás a París los vestidos?

FERNANDA

Eso quiero. Papá tiene la manía de que todo sea español. Como pronunció unos discursos en el Senado sobre el proteccionismo...

MERCEDES

También a papá le da por esas tonterías. ¡Qué culpa tenemos de que aquí no sepan vestir!

PEPITA

En Madrid no se tiene idea de nada.

MERCEDES

¿A ti te gusta como viste Lolita Montero, que pasa aquí por elegante?

FERNANDA

¡Ay, hija! Si va exageradísima...

MERCEDES

¿Y Clarita Cifuentes?

FERNANDA

A ésa le da por lo inglés y va por ahí pisando fuerte, con unas botas de cochero y un saco cuadrado, los guantes de piel de cerdo y *l'en-tout-cas* a modo de bastón...

MERCEDES

Mi hermano dice que da gana de pedirle lumbre...

PEPITA

¡Y la daría! Fuma cigarrillos turcos.

MERCEDES

¡Y toma cada *cocktail!*

FERNANDA

Ahora mismo estaba bebiendo en el comedor con Manolo Borines.

MERCEDES

Han apostado a quién resiste más.

PEPITA

Y Manolo se achispa en seguida.

MERCEDES

¡Gana ella!... Vamos a verlo.

FERNANDA

Que va a empezar el cotillón.

MERCEDES

¿Lo diriges tú con Enrique?

FERNANDA

Sí. Hay figuras preciosas. No faltéis, para colocaros en buen sitio.

MERCEDES

(Al salir, a Pepita.) Oye. ¿A que no sabes lo que me ha dicho Enrique cuando bailaba? *(Se lo dice al oído y se van riendo, segunda izquierda.)*

ESCENA IX

La CONDESA y FERNANDA. El Conde ha salido momentos antes.

FERNANDA

(Sentándose junto a su madre.) ¡Qué cansada estoy!

CONDESA

¿No empieza el cotillón todavía? Es muy tarde.

FERNANDA

Casi todos los muchachos están en el comedor. Empezará dentro de un rato. Cuando Enrique diga...

CONDESA

¿Te has divertido? ¡Parece que estás triste!

FERNANDA

Me fastidia que se fije en mí todo el mundo.

CONDESA

Es natural.

FERNANDA

Y que todos me hablen de lo mismo. ¡Dichosa boda! ¡Hay gente con una intención! Las amiguitas, yo no sé si por envidia o por caridad, Dios se lo pague, todas tienen que dar su puntadita... ¡Como si una no tuviera bastante!

CONDESA

¡Bah! ¡Quién hace caso! Ya te advertí de ello. Te habrán hablado de Enrique, te habrán puesto en cuidado. Las amigas se complacen en eso. Puedes creer que si tu madre tuviera algún temor de que no habías de ser feliz, de ningún modo consentiría tu matrimonio con Enrique!

FERNANDA

¿Y qué sabe nadie de eso, mamá? Yo sólo sé que estoy nerviosa, como asustada..., que quisiera ser una niña, una niña pequeña, para no tener que pensar en nada, en los juguetes nada más... ¡Qué tranquila vivía una entonces!...

CONDESA

¡A los diez y ocho años recordar lo pasado! Pronto quieres envejecer.

FERNANDA

Hoy me ha dado por recordar... Estoy muy nerviosa... La música me da una tristeza..., ganas de llorar casi... Mamá, ¿estaré enferma del corazón? Yo no estoy buena.

CONDESA

Estás enamorada. Es muy natural todo eso.

FERNANDA

¿Enamorada? ¿De quién?

CONDESA

¡Qué pregunta!

FERNANDA

Pues de verdad te lo preguntaba.

CONDESA

¿No es de Enrique?

FERNANDA

Si te digo que es nervioso. Con un poco de tila se me pasa. He bailado mucho y me palpita el corazón. No hay necesidad de enamorarse para sentir palpitaciones. De amor nadie se muere. Yo, por mi parte, no pienso morirme.

CONDESA

Harás bien, hija mía; no hay hombre que lo merezca.

FERNANDA

De los que yo he conocido, ninguno. Todos dicen igual y a todas lo mismo. *(Se oye música dentro.)* Si por algo deseo casarme, es por no oir a tanto importuno...

CONDESA

(¡Qué inocente!) El cotillón empieza. ¿Y Enrique? Acaso te aguarde en el salón; ven conmigo. No, aquí está.

ESCENA X

Dichos y el DUQUE, saliendo segunda izquierda.

DUQUE

Fernanda, el cotillón. Cuando quieras.

FERNANDA

En seguida.

DUQUE

En el gabinete japonés puedes recoger las figuras que te corresponden. Allí iré a buscarte. Voy a decir que lo preparen todo. *(Vase por la primera izquierda. Fernanda por la segunda del mismo lado.)*

ESCENA XI

La CONDESA, después el DUQUE y luego MONTES.

CONDESA

¡Si Enrique me ayudara! Porque pensar que esa mujer se burle de mí... Este Enrique es un enigma... Yo no sé si es tonto, como su madre, o pillo, como su cuñado... Yo no sé lo que me convendría más. Pero él, de seguro, tiene cartas de Petra; si no las tiene... puede tenerlas, porque sus relaciones continúan..., y si no continúan... pueden continuar. Si yo me atreviera a proponerle... ¿Y por qué no? Bajo esa frialdad inglesa habrá algo, y ese algo de seguro no será un puritano. Todo consiste en cierta habilidad... ¡Ah! ¡Si él quisiera! ¡Si comprende sus intereses!... No hay duda, por ahora le prefiero pillo... ¡Ah!, aquí vuelve.

(Sale el Duque por la primera puerta izquierda, prendiéndose una condecoración o lazo como director del cotillón; detrás un criado con multitud de juguetes en una bandeja de plata.)

DUQUE

(Al Criado.) Deje usted todo eso en la salita amarilla. *(Vase el Criado por la segunda izquierda.)*

CONDESA

Enrique, ¿a qué hora puedes ir a casa mañana?

DUQUE

¿Mañana? A la hora que quieras.

CONDESA

Tengo que hablarte. Ve a las cinco.

DUQUE

Iré.

CONDESA

No faltes; son asuntos de Petra... *(Al salir se cruza con Montes y cambian una mirada de desafío.)*

DUQUE

(¿De Petra?... ¿Qué será?... Veremos. ¡Con tal de que no sea alguna impertinencia!)

MONTES

Adiós, Enrique. ¿Estás de mejor temple? ¿Quieres algo para Málaga? Me voy mañana.

DUQUE

Buen viaje y buena suerte...

MONTES

¡Chico! Tu futura suegra me ha declarado la guerra. Estoy inconsolable.

DUQUE

Futura... No se te olvide; porque acaso me la declare a mí también, y no pasemos de futuros. *(Vase segunda izquierda.)*

MONTES

(Solo.) ¡Toma! Por sabido lo tengo. Ya sabrás encontrar un pretexto honroso para romper la boda. ¡El que decía que yo era el obstáculo, yo y mi dinero!... Mucha

palabra huera, y después... ¿Qué no harán por dinero? Yo no sé quién dijo: Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo; yo digo: Dadme un hombre que necesite dinero; dadme el dinero que ese hombre necesite, y haré de ese hombre... lo que yo quiera... Aunque ese hombre sea el Duque de Garellano.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. Es de día.

ESCENA I

DON JOAQUÍN y un CRIADO, saliendo por la segunda derecha. Después la DUQUESA.

JOAQUÍN

¡Excelente Burdeos!

CRIADO

Château-Laffitte legítimo. Sin embargo, no es tan bueno como el de la remesa anterior; está menos hecho y le falta *bouquet. (Vase segunda izquierda.)*

JOAQUÍN

¿Cómo sabrá este galopín si le falta *bouquet?* ¡Qué servidumbre! Así se arruinan estas casas. ¡Señora Duquesa! *(Viendo entrar a la Duquesa, que viene muy agitada.)*

DUQUESA

Don Joaquín..., ¿me esperaba usted desde muy temprano?... ¿Le han dado de almorzar? Bien hecho... No he podido venir antes. Ya sabrá usted, la Marquesa, mi hija, está desde ayer en un grito; he pasado allí toda la noche... ¡Nos ha dado un susto!... ¡Bendito sea Dios, lo que

es ser madre!... No quiera usted serlo nunca... ¡Ay, no sé lo que me digo! Pero siéntese usted.

JOAQUÍN

¿Cómo se halla la señora Marquesa?

DUQUESA

Ha pasado el peligro, gracias a Dios. ¡Pobre hija mía ¡Qué susto he pasado! Estoy trastornada.

JOAQUÍN

Tranquilícese la señora Duquesa, y si desea descansar, volveré en mejor ocasión; hoy no estará la señora Duquesa para pensar en nada, y las noticias que traigo no son, por desgracia, muy halagüeñas.

DUQUESA

Vengan desdichas. Para todas me dará fuerzas mi corazón de madre.

JOAQUÍN

Pues... señora Duquesa, en cumplimiento del penoso deber que la señora Duquesa exige de la confianza en mí de antiguo depositada, no creo que debo ocultar la verdad a la señora Duquesa.

DUQUESA

Sabe usted, don Joaquín, cómo le he mirado a usted siempre: no como administrador y empleado antiguo de nuestra casa, sino como amigo de ella leal, como celoso guardador de su ilustre nombre.

JOAQUÍN

Esta casa es para mí sagrada por sí sola: por el afecto particular que a la señora Duquesa profeso..., es doble objeto de veneración para mí.

DUQUESA

De modo que todo era verdad, por desgracia: ¿el patrimonio del Duque, mi hijo, está seriamente comprometido?

JOAQUÍN

Así es. En la actualidad, sus rentas no bastan a pagar los intereses de las múltiples obligaciones afectas al capital, mermado de suyo.

DUQUESA

¡Y mi hijo que nada me había dicho! ¿Por qué no acudir a su madre? Por no disgustarme, estoy segura. Tal vez a tiempo hubiera podido evitarse... Debí presumirlo; ¡es tanta su delicadeza! ¡Pobre hijo mío! Él no conoce el valor del dinero; para él no significa nada; es dadivoso; lo heredó con la sangre.

JOAQUÍN

Ciertísimo. El señor Duque se ha dejado llevar de su sangre, como dice la señora Duquesa; ha querido ser verdadero Duque; su desprendimiento no ha reparado en nada.

DUQUESA

Es urgente pagarlo todo, librar a mi hijo de esos cuidados, recobrar su capital hoy mismo si es posible.

JOAQUÍN

Comprendo y respeto el natural deseo de una madre; pero, desgraciadamente, para despejar la situación tan pronto como la señora Duquesa desearía, habríamos de desbaratar también el capital de la señora Duquesa, lo cual en modo alguno puedo aconsejarla, ni debo permitir bajo mi responsabilidad.

DUQUESA

No repare usted en nada, don Joaquín; todo antes que ver agobiado a mi hijo con esas cargas vergonzosas... En fin, don Joaquín, busque usted un medio, una solución; que se arregle todo... Vuelva usted mañana; hoy no estoy para ocuparme más de este asunto; tengo el tiempo tasado: mi hija, la Marquesa, que ha quedado en venir, y sin almorzar todavía... ¡Ay, don Joaquín, compadézcame usted, no abandone usted a esta pobre madre!

JOAQUÍN

Confíe en mí la señora Duquesa; haremos una transacción, vendremos a un arreglo. Los prestamistas son gente práctica.

DUQUESA

¿Pero son prestamistas los...?

JOAQUÍN

Señora Duquesa, así se llaman los que prestan dinero.

DUQUESA

¡El nombre de nuestra casa entre esa gente!

JOAQUÍN

No se apure la señora Duquesa; es gente reservada. *(Vase primera izquierda.)*

ESCENA II

La DUQUESA, después el CRIADO y el CONDE

DUQUESA

Sí, tendré que creerlo: los Condes están enterados de todo, y acaso por eso aplazan la boda... ¡Pobre hijo mío!...

¡Él estaba verdaderamente enamorado de Fernandita! Sólo pensaba en su boda, de cómo habían de poner la casa, cómo vivirían, quién vestiría a Fernandita: el tocador de color de malva, bordado en sedas; juego de lavabo de porcelana de Sèvres; un traje de caza de *Redfern;* los corsés de *Leoty*... ¡En todo pensaba, en todo!... ¡Qué desilusión!... ¡Pobre hijo mío!...

CRIADO

(Anunciando.) El señor Conde de Fondelvalle.

DUQUESA

¡Ah! ¡Yo haré que me explique...!

CONDE

(Entrando por la primera izquierda.) ¿Cómo estás? Hemos sabido lo de María Antonia. ¿Se pasó el susto?

DUQUESA

Ay! ¡Ha sido horrible! Siéntate.

CONDE

Ramona quedó en venir.

DUQUESA

Sí, la esperaba.

CONDE

¿Y Enrique?

DUQUESA

No sé; no almuerza en casa; estuvo anoche a ver a María Antonia. Se fué aterrado de oirla gritar. ¡Pobrecillo, quiere tanto a su hermana! No tuvo valor para oirla quejarse de aquella manera.

CONDE

¡Es muy desagradable oir quejidos! Yo tampoco puedo resistir que nadie se queje a mi lado. Donde hay un enfermo de gravedad, ya lo saben, que no cuenten conmigo. *(Pausa.)*

DUQUESA

¿Y Fernanda?

CONDE

Bien, es decir, bien... fastidiosa; anda fastidiosa estos días... No quiere salir, no hace ejercicio.

DUQUESA

Estará preocupada con los preparativos.

CONDE

¿Preparativos? No; le ha dado por leer. ¡Cosas de chicas! Lolita Sobrado le ha traído de París una porción de novelas. Ya le he dicho a su madre que no me gusta que las muchachas lean; a lo mejor toman en serio los disparates de las novelas. Así ve uno cosas... ¿En qué dirás que se entretiene Lolita Sobrado? En el cruce de perros: se le ha antojado crear una casta.

DUQUESA

Se descuida mucho la educación de los hijos, y ¡qué responsabilidad la de los padres ante la sociedad y ante Dios! Cuando pienso que Enrique podía haberse enamorado de una de esas criaturas insubstanciales, de corazón pervertido... Fernandita es un ángel.

CONDE

¡Sí, es muy buena la pobre! ¡El ejemplo hace mucho!

DUQUESA

No veo llegar el día de verlos casados. Tanto Enrique

como yo sentimos verdadera impaciencia, y sólo esperamos a que fijéis el plazo.

CONDE

¿Yo? Por mi parte... bien sabes tú... Ramona es quien...

DUQUESA

Voy a serte franca. Sin acertar la causa, he notado en Ramona algún desvío, cierta reserva... No quisiera aventurar juicios, bien lo sabe Dios; pero creería que Ramona no se muestra propicia a la boda como en un principio. ¿Tengo razón?

CONDE

Te diré. Ramona es madre; las madres..., tú lo eres..., quisieran para sus hijos lo mejor, es muy natural; cuando lo mejor no puede ser..., lo menos malo; lo malo, nunca.

DUQUESA

¿Y es Enrique lo malo?

CONDE

¡Qué disparate! Yo hablaba en general.

DUQUESA

Porque hablabas en general me ha parecido muy *particular* lo que has dicho.

CONDE

De ningún modo. Tanto Ramona, como yo, como Fernanda, que ha de ser el árbitro supremo, nos consideramos siempre dichosos en realizar lo que fué siempre proyecto acariciado con ilusión por todos en nuestra familia. Pero hay circunstancias...

DUQUESA

¡Ah!... (Lo saben todo.)

CONDE

Nunca tomamos en cuenta calaveradas y ligerezas de la juventud en Enrique; todos hemos hecho lo mismo; era muy natural. Pero su conducta en estos últimos tiempos, comprometido ya con Fernanda, no puede tener justificación.

DUQUESA

Esa severidad es injusta. ¿Qué podéis decir? Que ha derrochado parte de su fortuna. Por exigencias de su decoro ha sido; por la dignidad de su nombre.

CONDE

¡Eh! Quítate las antiparras de color de rosa, hazte cargo de la realidad una vez siquiera... ¿Sabes—la única que no lo sabe eres tú—cómo ha derrochado Enrique su fortuna? Con mujerzuelas, con perdidos...

DUQUESA

¿Enrique? ¿Enrique con mujerzuelas? ¡Él, que no puede tolerar una mujer mal vestida!

CONDE

Por eso se encarga de vestirlas antes; ahí está el mal... ¡Pero si todo Madrid sabe que la *Curriya* corre por su cuenta, y el tren de esa mujer no hay capital que lo resista!

DUQUESA

¡Y lo sabíais todos, y no me lo habéis dicho!

CONDE

Y no era ella sola; la Bosti, esa contralto del Real, le come un sentido: las joyas de *La Favorita* son regalo de Enrique; hasta los acomodadores lo saben. ¡Si es un escándalo! Como esas extranjeras no reparan en nada,

cuando Enrique está en el teatro, en nuestro palco, al lado de mi hija, ya ves, ella, desde el escenario, se pone a mirarle con un descaro... y sin quitarnos ojo, nos dedica arias, dúos, todo..., gallos inclusive. Tú dirás si la conducta de Enrique es la de un hombre próximo a contraer matrimonio. ¡Matrimonio! El acto más transcendental de la vida.

DUQUESA

No lo concibo. Di lo que quieras. ¡Todo eso me parece tan inaudito, tan inverosímil...!

CONDE

Lo de *Curriya* me consta. He llevado la indagación hasta presentarme en casa de esa mujer, ¡ya ves!, expuesto a un lance... Me recibió con un peinador de encajes, con el pelo suelto y unas babuchas de piel de Rusia. Hablé con ella y, entre melindres y coqueterías, me contó toda la verdad; y para comprobarla, allí vi el retrato de Enrique sobre la chimenea, en un marco en forma de corazón... y la corona encima.

DUQUESA

¡La corona!

CONDE

Hija mía, quien da el corazón bien puede dar la corona. Por eso nosotros, que no queremos la una sin el otro para nuestra hija, con sentimiento profundo, con verdadera pena, creemos deber nuestro de padres el devolver a Enrique su palabra y la libertad de sus acciones. Es cuanto Ramona deseaba que yo te dijese; ella te dirá lo demás; yo, por no molestarte, me retiro. Entre nosotros no puede haber ofensa. En el corazón no se manda; y si desaire hubiera de alguna parte, no sería de la nuestra. Fernanda es quien ha sido desairada por Enrique... Siempre tu amigo...

DUQUESA

Gracias..., aunque has destrozado mi corazón de madre.

CONDE

He cumplido con mi deber de padre. *(Vase puerta primera izquierda.)*

ESCENA III

La DUQUESA y el DUQUE

DUQUE

(Sale segunda derecha.) Y María Antonia, ¿cómo está? ¿Pasó el peligro?

DUQUESA

Sí, por ahora no hay cuidado. Más lo tengo por ti que por ella, hijo mío.

DUQUE

¿Por mí?

DUQUESA

Ricardo Fondelvalle salía de aquí cuando tú llegaste.

DUQUE

Lo sabía, y esperé para entrar a que se marchase.

DUQUESA

He hablado con él, he pedido explicaciones...

DUQUE

Mal pedidas. No hay por qué pedirlas, ni por qué darlas. Concluyó todo.

DUQUESA

Se fundan en que tu conducta...

DUQUE

No sé que tenga nada de particular. He vivido como debía vivir. Hice lo que debía en mi posición; que no he regateado nunca un capricho y he procedido siempre con nobleza, lo que no saben hacer esos advenedizos, aristócratas de nuevo cuño, que estampan sus armas en el casco de una botella de aguardiente falsificado... ¿Qué pueden imputarme? ¿Qué falta deshonrosa he cometido?... Di que no hallaron en mí un instrumento dócil de sus manejos. Ramona buscaba un hombre práctico, un nuevo socio como Hilario Montes... ¿Sabes por qué no me quiere Ramona para yerno? ¿Lo sabes? Porque no he impedido la boda de Montes con Petra Uriarte, por eso : ahí tienes la explicación de su conducta.

DUQUESA

¡Por Dios, Enrique! Eso es ya sacar las cosas de quicio. Di que tú has hecho cuanto ha sido posible por desbaratar nuestros planes... Tú querías a Fernandita, pero nunca has transigido con Ramona..., no sé por qué... Digan lo que digan, entre ella y Petra... me quedo sin ninguna, y en cambio, para ti, Petra es intachable, indiscutible: bien dicen que pasión...

DUQUE

¿Pasión? No hay tal pasión.

DUQUESA

Pues no sé entonces por qué es lo de defender a Petra de esa manera. La verdad es que Ramona tiene razón. Es un cargo de conciencia que Montes se case completamente engañado... Yo no sé qué ideas tenéis los hombres en ese punto; las mujeres somos más leales. Si yo supiera que una amiga mía se casaba engañada, me faltaría tiempo para advertirla de su error, claro está que de cierta manera.

DUQUE

Perdona que no tome en cuenta lo que dices. Bien se conoce que es Ramona quien te ha sugerido esas ideas de moral *oportunista.*

DUQUESA

Si no te digo nada; si acaso tengas razón; pero te has dado tan mala maña, que ahora son ellos los que están muy ufanos de haber desbaratado la boda: dicen que eres un perdido, que estás arruinado.

DUQUE

Sí, sí; me alegro tanto; algo han de decir. Pero todos nos conocemos. Que no se molesten en culparme; que digan con franqueza: «Enrique Garellano no tiene dinero; por eso no nos conviene para nuestra hija»; que lo digan así, claramente, y yo añadiré: «El Duque de Garellano, cuando quiera vender su nombre, lo venderá en lo que vale, y todavía vale mucho.»

CRIADO

La señora viuda de Uriarte pregunta si la señora Duquesa recibe.

DUQUESA

A esa señora, sí; que pase. *(Vase el Criado.)*

ESCENA IV

DICHOS y PETRA

DUQUESA

Ya la tenemos de vuelta... Tú ya tendrías noticia...

DUQUE

De veras que no.

DUQUESA

De todos modos, me alegro de verla. Buena o mala, ella tiene influencia sobre ti; ella me ayudará a salvarte.

PETRA

(Entrando primera izquierda.) ¿Cómo va?

DUQUESA

¡Querida Petra!... ¿Desde cuándo en Madrid?

PETRA

Desde ayer. Esta mañana supe lo de María Antonia; mandé un recado a su casa y me dijeron que estaba mejor, pero no quise marcharme otra vez sin verte antes: hoy es visita oficial, de invitación. Pero, Enrique, ¿cómo es eso? ¿Todavía soltero?

DUQUE

¿Todavía viuda?, debo yo decir.

PETRA

Por poco tiempo. Dentro de unos días podré exclamar, como Fray Luis: «Decíamos ayer...» Ahora empieza otra vida; seré esposa... y madre; ya ves, madre por encantamento, y de una hija guapísima; es un ángel la muchacha; ¡y me quiere!... Si fuera hija mía no me querría más.

DUQUESA

¿Y te casas en Madrid?

PETRA

No, en Málaga; mejor dicho, en la fábrica, en la capilla, sin aparato alguno ni invitaciones... A vosotros únicamente, si queréis molestaros en hacer el viaje...

DUQUESA

Gracias, querida; pero ya ves, en estas circunstancias...

PETRA

Es verdad. ¡Qué malos ratos habréis pasado!... Pues ya te digo; con la mayor sencillez; ya ves, a nuestra edad, un matrimonio de razón, que dicen en Francia... Suelen ser los mejores. La primera vez se casa una por casarse... Yo era una chiquilla cuando me casé... Ahora ya sé mejor lo que me hago...

DUQUE

(¡Ya lo creo!)

PETRA

Digo, si en asunto de matrimonio puede uno decir eso nunca. Pero yo creo que seremos muy felices. Y tú, querido Enrique, ¿no darás otro buen ejemplo?

DUQUESA

La boda de Enrique se ha suspendido.

PETRA

(Me lo figuraba.) No me atrevo a decir que me alegro. Casado con Fernanda, no podríamos ser amigos... ¡Yo que os quiero tanto! Ramona me ha declarado una guerra a muerte.

DUQUESA

La gente habla.

PETRA

¡Oh, no! Tengo pruebas... Pero, señor, ¿estará loca? Sabe que todo Madrid murmuraba de sus relaciones con Montes, y porque éste, desmintiendo la murmuración, se casa conmigo, lo toma de esa manera. Eso es dar la ra-

zón a los murmuradores. Montes ha recibido anónimos... que no necesitaban firmas..., y sé que preparaba un papelucho en contra mía... Me llama Lucrecia Borgia y emperatriz romana...; dice que maté a mi primer marido y pude probar que había sido un accidente de caza... ¡Figúrate qué horrores!... Nos reiremos... Ya he encargado un ejemplar para encuadernarlo de lujo y ofrecérselo a Hilario como regalo de boda.

DUQUESA

No creo que Ramona...

PETRA

Bien sabes que yo nunca he dicho nada; bastaba que hubieras pensado emparentar con ella..., pero sé cosas...

CRIADO

(Sale primera izquierda.) Con permiso... El señor Marqués ha llegado de Los Zarzales y desea ver a la señora Duquesa... Manda el coche para que lleve a la señora Duquesa.

DUQUESA

Voy, voy en seguida. *(Vase el Criado.)* ¿Estará peor María Antonia?... La dejé descansando.

DUQUE

No te asustes. Carlos querrá verte, y por no separarse de ella...

PETRA

Dice bien Enrique; no debes alarmarte... Ahora que me acuerdo... ¿Tienes aquí papel para escribir una carta?

DUQUESA

Sí; toma.

PETRA

¡Qué cabeza! Yo bien decía al salir de casa que se me olvidaba algo urgente, y era esta carta para mi administrador de Málaga... Con tu permiso... Pero no te detengas por mí. Yo salgo en seguida.

DUQUESA

No, quédate; necesito que riñas a Enrique; tú le quieres; hazle reflexiones... Esa *Curriya...*, una cantante... Hay mujeres funestas... ¡Ay, Petra, todas no son como tú!

PETRA

(¡Ya lo creo!... Yo era más barata y comprometía menos.)

DUQUESA

Adiós, querida. ¿Cuándo vuelves a Málaga?

PETRA

Dentro de tres días. Ya nos veremos antes. Adiós. *(Vase la Duquesa primera izquierda.)*

ESCENA V

El DUQUE y PETRA. Petra sigue escribiendo, y cuando ve que la Duquesa ha salido rompe la carta.

DUQUE

¿Una equivocación?

PETRA

Y grande. La carta era un pretexto para quedarme un momento después de que saliera tu madre; pero ella misma me ha invitado a quedarme. Por lo visto, ya no soy un peligro; al contrario, confían mucho en la virtud de mi influencia sobre ti. ¿Qué te parece? ¿Sería yo capaz de

volverte al buen camino? Pero ¿has notado qué particular? Tu madre y Ramona veían antes con muy malos ojos nuestras relaciones; trataban de romperlas por todos los medios posibles. Y ahora..., dime si creo bien: se me antoja que les daríamos un alegrón con reanudarlas. ¿Por qué será? ¿Tú lo comprendes?

DUQUE

Sólo comprendo que nadie busca más que su conveniencia; que el mundo es de los egoístas..., y que yo lo seré como todos.

PETRA

¡Jesús!... ¡Qué desengañado! No ensayarás conmigo tu egoísmo incipiente. ¡Me tratarás con generosidad! Ya sé que sin quererlo he trastornado tus planes. ¡Cómo ha de ser! Por el mucho tiempo que se ha dejado embaucar por ella, debía haber conocido Ramona lo que es Hilario. ¡Un corazón de niño! Montes ha estado muy enamorado de ella; lo sé..., pero no tanto que no haya comprendido, aunque tarde, lo que él significaba para esa mujer. Cuenta y no acaba. Atiende, es muy curioso: tiene Ramona un collar de perlas falsas, que Montes pagó como fino, y un collar de brillantes buenos, que el marido pagó como falso. ¡Qué mujer! No, de veras, Enrique, que si por mí se ha descompuesto tu boda con Fernanda, ya puedes estarme agradecido. Y si te pesa de ello, por ti... lo sacrifico yo todo... Eres el único hombre a quien he querido.

DUQUE

¡Petra! Tú también puedes creer en mi cariño, aunque algunas veces te di motivos para que dudaras de él; aventurillas que tú juzgabas infidelidades; ausencias que tú achacabas a desvío. ¡Pobre Petra! Comprendí que yo era el niño mimado de tu corazón, y como niño mimado me porté contigo...; pero quererte..., ¡vaya!

PETRA

Como niño mimado; bien dices. Sin algo más noble que un arrebato de la imaginación, nuestro afecto no hubiera subsistido al transformarse en amistad. El amor apasionado no resiste la transformación. Y el nuestro, al contrario, al transformarse en amistad, se halla en su natural elemento. Ya lo ves. Me parece que nunca nos hemos querido tanto como ahora.

DUQUE

Es verdad. Y nunca como ahora confiamos tanto el uno en el otro.

PETRA

¡Confianza recíproca! Hablemos con franqueza. ¿Te conviene la boda con Fernanda?

DUQUE

¿Si me conviene?... ¿En qué sentido?

PETRA

¿Si crees que esa boda puede ser una solución para ti?

DUQUE

Después de lo ocurrido, aunque vinieran a rogarme...

PETRA

Pero ¿no se te origina por ello ningún perjuicio? Enrique, ten confianza en mí... He sabido algo: deudas contraídas, tu patrimonio comprometido... Sé cómo te has portado conmigo; sé cuánto te debo. Con toda mi alma quisiera pagarte.

DUQUE

¿Te han dicho...?

PETRA

Me han dicho que Ramona te hubiera dado por una carta mía... lo que hubieras querido, además de su hija. Yo bien sé que mis cartas no podían comprometerme, pero sí cualquier insinuación mal intencionada que hubieras hecho a Montes. Afortunadamente, tu natural nobleza ha sabido sobreponerse a tu amor por Fernanda y a las exigencias de su madre. ¡Gracias, Enrique! No esperaba menos de ti.

DUQUE

De cualquier modo que fueran tus cartas, de cualquier modo que te hubieras portado conmigo, yo soy quien soy.

PETRA

Ramona se ha equivocado al juzgarnos. Cuando no se tiene corazón, como ella, hay que suplir la falta con el talento, y a fuerza de talento hacerse un corazón, porque sin corazón no se puede vivir. Muchas veces, un arranque del corazón es más práctico que los planes mejor calculados... Sobre todo, ¿de qué se queja? Yo no he dado un paso en contra suya, yo no fuí a buscar a Montes. Nada gano al casarme, y sacrifico mi libertad en cambio, y adquiero grandes responsabilidades: madre de una hija que no lo es mía, en circunstancias difíciles para ella, mi único afán es verla dichosa y bien considerada. Para mí nada quiero.

DUQUE

No creí nunca otra cosa de ti, diga la gente lo que diga.

PETRA

Dejemos que digan. Dentro de un mes se disputarán el honor de ser recibidos en mi casa.

DUQUE

Sin embargo, Petra, esa hija natural...

PETRA

Será reconocida. Será título del reino. Los Gobiernos de ahora no piensan más que en sacar dinero, y se desviven por dar títulos... Figúrate, a la menor indicación de Montes... Además es guapísima, es buena, será millonaria... Te digo que Angelita será la muchacha a la moda en Madrid... Ya la verás, Enrique; y cuando la conozcas, me darás la razón y convendrás conmigo en que puede aspirar a casarse con quien ella quiera..., mejor dicho, con quien yo quiera, porque no ve sino por mis ojos. Espero que vendrás a casa con frecuencia. Para ti soy la misma de siempre: una segunda madre..., con ascenso inmediato, si te conviene.

DUQUE

De tal modo la pintas...

PETRA

¡Qué felicidad para mí... veros felices!...

DUQUE

¿Pero de veras has pensado...?

PETRA

¡Ingrato! Pues al verme dichosa, ¿puedo yo no pensar en compartir la felicidad contigo?

DUQUE

¡Qué buena eres! *(Queriendo abrazarla.)*

PETRA

Seamos juiciosos; un beso aquí, en la mano; un beso filial.

DUQUE

Es que por mucho que valga la hija...

PETRA

¡Chist..., chist!..., no desbarremos. Advierto al señor perdulario que se acabaron los escarceos; que seré una suegra celosa de la tranquilidad de mi hija; que no habrá *Curriyas* ni favoritas del Rey que valgan, ¿estamos? Cuidadito conmigo, porque si yo sé...

DUQUE

Yo sé que, llegado el caso, tú serías la primera en defenderme. ¿Verdad que sí?

PETRA

No te fíes; a mí me gusta estar siempre en mi papel..., y el de suegra...

DUQUE

¿Con esa cara? *C'est pas dans ton emploi.*

PETRA

Enrique..., no quieras verme seria.

CRIADO

(Saliendo primera izquierda.) Con permiso. La señora Condesa de Fondelvalle. *(Vase.)*

PETRA

(Aparte.) La primera vez que ha estado oportuna... Si tarda un poco más se sale con la suya...

DUQUE

Me alegro de que nos halle juntos.

PETRA

También yo, mira.

ESCENA VI

DICHOS y CONDESA. (Primera izquierda.)

CONDESA

¡Querida Petra!

PETRA

¡Ramona!

CONDESA

(Al Duque.) Sé que tu madre está en casa de María Antonia; he querido verte para saber cómo sigue.

DUQUE

Mucho mejor, según mis noticias.

PETRA

Nos has sorprendido en *conversación criminal,* como dicen en Inglaterra... Si fueras otra, habría que temer la maledicencia.

CONDESA

De ti, ¿quién puede pensar mal?

PETRA

Pues he traído una comisión muy delicada. Figúrate que una amiga íntima... (si te doy más señas vas a conocerla) había tenido con Enrique algo así..., cómo te diré yo..., un *flirt,* a la inglesa, pero con acento español muy marcado. Y como sabe cuánto le quiero y ella sabía que Enrique estaba para casarse, me suplicó que le pidiera unas cartas, temerosa de que alguien pudiera... ¡Tú no sabes lo que valen algunas cartas para ciertas personas! Hay quien daría por ellas..., ¡qué sé yo!... Comprendo el afán de mi amiga por recuperarlas..., y eso que éstas son

la misma inocencia...; pero ¿quién resiste una interpretación maliciosa? Yo no sé cómo hay mujeres que llenan resmas de papel con tonterías. ¡Si yo hubiera escrito todo lo que he pensado!... Pero una amiga mía, que sabía mucho, me aconsejó de joven que, cuando sintiese en la mano el hormigueo de plumear largo y tendido, escribiese tres veces seguidas el Padrenuestro. Yo no sé si será virtud de la oración, distracción del espíritu o cansancio de la mano; pero el remedio es eficacísimo. ¡Lucidos están los rebuscadores de mis autógrafos! Aunque los paguen a peso de oro, no hallarán más que Padrenuestros.

CONDESA

Es lástima, porque si te hubieras dedicado al género epistolar, hubieras hecho maravillas.

PETRA

No soy aficionada a ningún género de literatura. De ti sí que me han dicho que preparabas un libro: una novela o una historia..., ¡qué sé yo!... Lo dijeron anoche en casa varios escritores y académicos. No dejarás de dedicarme un ejemplar; estoy impaciente por leerla. ¡Dicen que es obra de mérito! Anoche hablaban de proponerte para una Academia: no sé si la de la Lengua o la de la Historia.

CONDESA

(Pálida, desencajada, quiere abalanzarse sobre Petra, y, presa de un ataque nervioso, cae en un sillón dando gritos.) ¡Insolente!

PETRA

¿Qué vas a hacer?

CONDESA

¡Enrique!... ¡Esa mujer... en tu casa!... ¡Ay!... ¡Ay!...

DUQUE

¡Esta es buena! ¡Un ataque de nervios! *(Llama.)* ¡Que venga una doncella! ¡Agua!

PETRA

Toma mi frasquito de sales. Me voy corriendo. Si me ve aquí, le dará más fuerte. ¡Adiós, Enrique!... ¡De buena te has librado! ¡Una suegra con patatús de sainete! Ni para fingir un ataque de nervios es distinguida esta mujer.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Jardín en casa de Montes.

ESCENA I

URRUTIA, RÍOS, ANSÚREZ y TORRES

(Al levantarse el telón aparecen sentados en un banco Urrutia y Ríos, y en otro Isidoro Torres y Ansúrez.—Grupos de señoritas y caballeros pasean por la escena. Mucha animación.)

RÍOS

¡Qué deliciosa temperatura!

URRUTIA

¡Hermosa tarde... y hermosa fiesta!

RÍOS

¡Pero qué poco favorece a nuestras hermosas la luz del día!

ANSÚREZ

Me parece que las *garden parties* no se aclimatan en España: es diversión para países brumosos, donde un rayito de sol cernido entre brumas espesas se recibe con entusiasmo. Nuestro sol es mucho sol y mucha luz: no

hay *toilette* ni cutis que lo resistan, y para las substancias químicas es un reactivo...

TORRES

En Madrid, no hay que darle vueltas, somos nocharniegos por naturaleza.

ANSÚREZ

Amigo Urrutia, ¿no viene usted a dar una vueltecita?

URRUTIA

No; hasta que no se quite el sol, no paseo: pica mucho... Aquí me estoy sentadito a la sombra.

TORRES

¿Qué cuenta usted de bueno?

URRUTIA

Cuento... las mujeres que pasan: es lo único bueno que puede contarse en España.

RÍOS

¿Ha visto usted qué ocurrencia?... Todo Madrid: ¡los mismos que perjuraban que no pondrían los pies en casa de Montes!

URRUTIA

Y ¿por qué no? ¡Un hombre elevado por los propios méritos!

ANSÚREZ

O por culpas ajenas.

URRUTIA

Si es lo primero, debemos admirarle; si lo segundo, soportarle como castigo de nuestras culpas. Déjese usted de cuentos; a la gente de Madrid, en dándole de comer y

en divirtiéndola... Ya lo ve usted, aquí tiene usted a lo más granadito: ministros de la Corona, embajadores, los Duques de Garellano, los de Vivares... ¡Lo más encopetado!

TORRES

¡Petra es una mujer de talento!

RÍOS

¡Y distinguida!

TORRES

¿Ha visto usted la casa?

ANSÚREZ

¡Es una maravilla!

URRUTIA

¡Qué comedor!

ANSÚREZ

¡Y el jardín es magnífico!... ¡Qué estufas!

TORRES

Hay pocas casas puestas en Madrid con tanto gusto.

RÍOS

¡Petra tiene un trato exquisito!... *(Se oye música.)*

ANSÚREZ

¡Vaya, vamos a bailar! ¿Se queda usted, amigo Urrutia?

URRUTIA

Me quedo. *(Vanse los tres por el segundo término de la derecha.)* Con esta levita no paseo yo al sol. Hasta que baje un poco, no salgo de la sombra. Creí que quedaría bien dándola con café; ¡pero hace unos visos!... ¡No me

divierten estas fiestas de día! Por la noche, con el frac, va uno tan ricamente a todas partes... ¡Pues digo, el charol de las botas!... ¡Y los guantes!... *(Vase segundo término derecha.)*

ESCENA II

La CONDESA y CARLOS, por el primer término derecha.

CONDESA

¿No has visto la casa todavía?

CARLOS

No; llego en este momento.

CONDESA

¡Un lujo deslumbrador! ¡Querido Carlos, ya podemos hacer almoneda de nuestras antiguallas! ¡Cualquiera recibe gente en su casa después de esto! Nuestros tiempos han pasado: sepultemos con dignidad su recuerdo en las ruinas de nuestros vetustos caserones. Paso a las nuevas aristocracias, la del dinero y la del talento.

CARLOS

Seremos antiguallas, pero todavía se nos respeta como reliquias.

CONDESA

Sí, cuando lucimos un buen relicario.

CARLOS

Por eso debemos transigir con la gente nueva. Nosotros ponemos la reliquia, que pongan ellos el relicario.

CONDESA

Así debe pensarlo Enrique, porque le he visto muy *empressé* con la chica de Montes.

CARLOS

¿A Enrique, mi cuñado?

CONDESA

Mira, del brazo viene con ella. Te dejo; ya sabes que estamos reñidos. *(Yéndose.)*

CARLOS

Eso no. ¡Enrique estaba muy enamorado de Fernandita!

CONDESA

¡Bien lo demuestra! Hasta luego, Carlos. *(Aparte al salir.)* Éste sabe algo... ¡Sólo faltaba que Petra casara a la niña con Enrique! ¡No, lo que es eso...! *(Sale segundo término.)*

ESCENA III

CARLOS y ENRIQUE. (Primer término.)

ENRIQUE

¡Hola, Carlos!

CARLOS

¿Ha venido María Antonia?

ENRIQUE

Sí; ha venido con mamá... ¿Tú llegas ahora?

CARLOS

Sí; anoche pregunté por ti en el Círculo.

ENRIQUE

No estuve; comí aquí. ¿Querías algo?

CARLOS

Nada. ¿Sabes tú quién ha enterado a mamá de lo de...?

ENRIQUE

¡Qué sé yo! No necesito decirte que yo no he sido; conoces mi carácter.

CARLOS

No te molesten mis palabras. Pregunté porque tu madre está furiosa conmigo.

ENRIQUE

¡Mamá furiosa! *(Sentándose en un banco.)*

CARLOS

¡Para lo que es ella!...

ENRIQUE

¡Una tempestad de agua dulce!

CARLOS

En un vaso de agua. Pero esta mañana se negó a recibirme. Sabe que la otra noche perdí... más de lo que debía; lo comprendo.

ENRIQUE

No. ¡Lo malo es que debías más de lo que perdiste!

CARLOS

Estaba desesperado, querido Enrique: jugué como un loco... Tú sabes, como yo, que no podemos vivir con nuestra renta; que es la vida muy cara...

ENRIQUE

No me hables; estoy aburrido. Mamá se ha propuesto pagar a mis acreedores en un plazo brevísimo... Ha vendido fincas... ¡No sé, no quiero pensarlo!... ¡La vida es imposible!

CARLOS

¿Y te quejas? ¡Si yo estuviera como tú!

ENRIQUE

¿Como yo?

CARLOS

Soltero, libre, quiero decir. Para ti la crisis es pasajera: el día en que te cases... ¡Ah! Ramona me habló de ti... Ha notado que haces la corte a la hija de Montes. ¿Es verdad?

ENRIQUE

Y lo dirán muchos. ¡Qué gente!... Porque he bailado con ella el primer rigodón a ruego de Petra... Deseaba que fuera yo el que presentase a su hija.

CARLOS

¡Y nada tiene de particular! ¿Por qué no habías de casarte con Angelita?

ENRIQUE

¿Qué sé yo? ¡La gente!...

CARLOS

¡La gente!... ¡Aunque no fuera más que por hacer rabiar a Ramona, que va diciendo por todas partes que no te ha querido para su hija porque estás arruinado, porque eres un perdido, un vicioso!

ENRIQUE

¿Yo un perdido?

CARLOS

Y lo peor es que le dan la razón. Enrique, créelo: mientras tuvimos dinero éramos dos personas distinguidas, que hacen la vida correspondiente a su clase; hoy, haciendo lo mismo, somos unos perdidos, unos viciosos. *(Se oye la música.)*

ENRIQUE

Carlos, en la plazoleta de las estatuas quedó María Antonia... Que logres apaciguar a mamá. Voy a bailar este vals.

CARLOS

¿Con Angelita?

ENRIQUE

Me pareció mal no pedirle uno...

CARLOS

No, si por mí..., cuenta con mi voto... *(Aparte.)* Que haya dinero en la familia..., cerca, señor, como dijo el gitano. *(Vanse cada uno por un término.)*

ESCENA IV

ANSÚREZ, CONCHITA, PILAR, MARQUESA DE SAN SEVERINO, LILÍ

MARQUESA

¿Pero tú encuentras a Angelita Montes tan guapa como dicen?

PILAR

Es muy mona y muy distinguida; no parece que se ha educado en una provincia.

ANSÚREZ

¡Es andaluza! En Andalucía nacen las mujeres educadas.

CONCHITA

¿Hablan ustedes de Angelita Montes?

MARQUESA

El mejor partido de Madrid, según dicen.

ANSÚREZ

¡Ya lo creo!

PILAR

Ramón Iniesta ha sido el primero que lo ha conocido.

ANSÚREZ

Pues mi amigo Abetal no se ha descuidado tampoco.

PILAR

Los buscadores de oro, como los llaman en Madrid.

ANSÚREZ

Y de la niña, ¿se sabe a cómo está de ganas de novio?

PILAR

Su adorable mamá sabrá buscarla marido.

ANSÚREZ

¡Ya lo creo que sabrá!... ¡Tiene buena mano!... ¡La práctica hace mucho!

MARQUESA

Pero ese cariño que muestra Petra por la hija de Montes, ¿será verdadero?... Porque si muere Montes, la herencia...

ANSÚREZ

Morirá antes la niña... El primer marido de Petra murió en una cacería...; se le disparó una escopeta.

PILAR

¿A quién?

MARQUESA

¡Qué mal pensados!... Abra usted su casa a los amigos y diviértalos usted para esto.

ANSÚREZ

Es que el hablar mal de los que nos divierten entra en la diversión. Los dueños de la casa deben contar con ello. *(Siguen hablando y salen la Marquesa, Pilar y Ansúrez.)*

CONCHA

(A Lilí, sentadas en un banco.) Oye: la boda de Enrique Garellano y Fernanda Fondelvalle, ¿se ha desbaratado en definitiva?

LILÍ

Sí... Ya has visto que apenas se hablan.

CONCHA

Lo raro es que hayan venido los de Fondelvalle.

LILÍ

¿Iban a tener el mal gusto de darse por sentidos?

CONCHA

Pues Fernandita no se casa ya tan fácilmente.

LILÍ

¡Sin un padrino de boda como Montes!...

CONCHA

De modo que si Fernandita, como dicen, es hija suya, Angelita y ella son hermanas... ¡Y están aquí las dos y se tratan con tanto cumplido!

LILÍ

Pues mira, se parecen.

CONCHA

Es más guapa Fernanda.

LILÍ

Mira, por allí vienen juntas. *(Segunda caja.)*

CONCHA

Es verdad; hablando muy animadas. *(Se oye música. Concha y Lilí se van por el tercer término. Por el primero salen el Conde y Urrutia.)*

URRUTIA

Lo que no ha visto usted es lo mejor que hay aquí esta tarde.

CONDE

¿Dónde está? Dígamelo usted.

URRUTIA

Venga usted por acá. Es una doncellita de la casa. Por allí, hacia las cocheras andaba. Vamos con disimulo; ¡verá usted qué muchacha! ¡No hay por aquí nada que lo valga!

CONDE

¿Dice usted que hacia las cocheras? *(Vanse por el primer término de la izquierda.)*

ESCENA V

ANGELITA y FERNANDA. (Primera derecha.)

ANGELITA

Sí; apenas llegué a Madrid, la conocí a usted de vista; me dijeron en el teatro quién era usted. Desde el primer instante sentí por usted simpatía vivísima. Yo soy muy franca, y así lo declaro. No sé por qué presiento que hemos de ser muy buenas amigas. ¿Tiene usted muchas?... ¡Ya lo he visto!... Yo también; ¡si todas las muchachas que conozco son amigas mías! Pero yo soy muy rara. ¡Necesito tanto para querer a una persona!... Y otras veces no necesito nada... Hay quien me abruma a caricias, me colma de halagos..., y a pesar de ello, me digo para mí: no te molestes; será verdad lo que dices, pero no te creo...; nada, que no te abro mi corazón, que no pasas adelante. Y otras veces, personas a quien no vi en mi vida, que nunca hablaron conmigo, me atraen, al verlas, con violenta corazonada, y desde luego siento que he de quererlas mucho y que también han de quererme. Pues eso me sucede con usted...; no, no; contigo... ¿Quieres llamarme de tú? ¿Quieres ser mi amiga?

FERNANDA

¡Con toda mi alma! ¡Me pareces tan distinta de todas las muchachas que he conocido!... ¡Dicen que las mujeres no podemos ser buenas amigas!

ANGELITA

¡Nosotras, sí! *(Se sientan. El Conde y Urrutia pasan hablando del tercer término izquierda al de la derecha.)* ¡Me habían hablado tanto de ti en Málaga! ¡Si tú supieras!... Al venir a Madrid, mi deseo mayor era conocerte...,

y, no sé por qué, no se ha presentado la ocasión hasta ahora.

FERNANDA

Y ha sido una casualidad. Mamá no quería venir, ya sabrás..., por no encontrarse aquí con ciertas personas.

ANGELITA

¡Ya!, con los de Garellano. Lo sé. Que el Duque estaba en amores contigo.

FERNANDA

Para casarnos.

ANGELITA

Y dime, con franqueza: ¿tú le querías?

FERNANDA

¿Con franqueza?... Para saber si le quería me faltaba un término de comparación: haber querido a otro.

ANGELITA

¡Es gracioso!... ¿Haber querido a otro? ¿Pues no sabes lo que es querer?... ¿No quieres a tu madre, a tu padre?... ¿Le querías a él tanto?... No, ¿más que a ellos?

FERNANDA

¡Eso no! ¡Ni más, ni tanto! ¡No faltaba otra cosa!

ANGELITA

Entonces ha sido un bien que no te cases.

FERNANDA

Es que yo no creo que a un extraño se le pueda querer más que a nuestros padres, que han vivido con nosotros desde que nacimos, toda la vida...; no puede ser,

ANGELITA

¿Lo dices de veras? Entonces eres muy inocente; pero tu inocencia da frío. De todos modos, créeme, no te cases hasta que no quieras a un hombre..., así como tú dices, como si hubieras vivido con él toda la vida, como si le hubieras conocido desde que naciste. Y hasta cuando, por verle sonreir siquiera, te importe poco ver llorar a tu madre, hasta entonces, niña mía, créelo, no te cases; te lo aconseja una chiquilla como tú en la cara, pero con la cabeza y el corazón muy viejecitos, ¡porque ha sufrido y ha pensado mucho a solas!

FERNANDA

¿Has sufrido mucho? Lo comprendo; pero ahora... ¿no eres feliz?

ANGELITA

¿Entre esta gente?... Apenas he llegado, y ya me han hablado mal de todos..., y no sé a quién creer ni en quién confiar.

FERNANDA

¿Y tu padre? ¿Y Petra, tu segunda madre?

ANGELITA

¡No seas tú también malintencionada como todos! ¿Para qué me preguntas si sabes mejor que nadie por qué estoy aquí? ¡No, digo mal; tú no sabes lo que sé yo! ¡Conmigo no han sido tan piadosos!

FERNANDA

Ya lo supongo. ¡Pobre Angelita! ¡Hay gente con una intención...! ¿Te habrán dicho, como a mí, que Enrique Garellano...?

ANGELITA

Pero tú no le quieres, y en no casándote con él, ¿qué

podía importarte de sus relaciones con otra persona?... Pero a mí sí.

FERNANDA

¿Es que le quieres?

ANGELITA

¿Yo?... ¡A ese hombre!

FERNANDA

Pues él te hace la corte; todo el mundo lo ha notado esta tarde; tu padre y Petra piensan en casarte con él; eso dice todo el mundo.

ANGELITA

¿Y para ti todo el mundo es... esta gente que está aquí?... ¡Oh! ¡Es muy poca!

FERNANDA

¡Es mucha y distinguida! ¡La mejor de Madrid!

ANGELITA

¿Y esa gente cree que yo puedo casarme con el Duque de Garellano? ¿Esa misma gente que murmura al verle en esta casa?

FERNANDA

¡Bah! Si haces caso de todo lo que digan, no te casarás nunca, ni podrás querer a nadie..., ni a mí; porque también de mí te dirán...

ANGELITA

¿De ti?... Sí me han dicho; pero malo no, al contrario. Sí, por lo que me han dicho te quería antes de conocerte, y cada día te querré más.. , y tú a mí. ¿Como hermanas, verdad?

FERNANDA

¡No me asustes! ¡Mira que me haces pensar en lo que no he querido pensar nunca! ¿Dices que conmigo fueron piadosos? ¡No tan piadosos como crees! Será de hermanas nuestro cariño; pero no me des ese nombre.

ANGELITA

¡Perdóname!

FERNANDA

¿A ti? ¿Qué culpa tienes tú? Dame un beso... ¿Qué sabemos si será...?

ANGELITA

(Besándola.) ¡Para querernos como si lo fuera!

ESCENA VI

DICHAS, PETRA, la DUQUESA y CARLOS. (Primera derecha.)

PETRA

Angelita, Fernanda: os esperan para bailar. Enrique os buscaba.

ANGELITA

(A Fernanda.) ¡Vamos!... ¿Has descansado ya?

FERNANDA

Vamos cuando quieras. *(Salen primer término.)*

PETRA

(Aparte.) ¡Ah!... ¡De tú!... ¿Sabrá Ramona...?

DUQUESA

(A Petra.) ¿Lo ves como eres muy mal pensada? ¿Tú

crees que si Ramona no te quisiera hubiera venido a tu casa, permitiría que su hija intimase tanto con Angelita?

PETRA

¿Y qué ha de hacer? Su marido tiene tanto cariño a Hilario, que ni un momento le ha retirado su amistad. Estaban tan acostumbrados a verse todos los días, a comer juntos, a jugar su partida de tresillo, que ahora es él quien viene a casa todos los días, y con nosotros come, y con nosotros juega. Ramona ha tomado el mejor partido que podía tomar. Claro es que al venir a mi casa la curiosidad entra por mucho, con las probabilidades de hostilizar de cerca al enemigo; por eso, hija, con ella, paz armada, como en Europa; pero en mi casa no hay triple alianza.

DUQUESA

¡Dicen que Fernandita se casa!

PETRA

Con Lulú Montálvez; un americano riquísimo; ese que llaman Platanito. *(A Carlos.)* ¿Le conoces?

CARLOS

¡Valiente majadero! Se presentó en el Círculo y no quisimos admitirle.

PETRA

¿Por majadero?

CARLOS

No; porque somos muchos, y el número debe ser limitado.

ESCENA VII

DICHOS, ENRIQUE y MARÍA ANTONIA. (Primera derecha.)

MARÍA

(A Enrique.) ¡Te digo que está insoportable! Influye con mamá...

ENRIQUE

Pero, ¡María Antonia!...

MARÍA

Si no, haré un desatino; le obligaré a separarse de mí... ¡Ay, querida Petra, qué gusto vivir en una casa a la moderna, con todas las comodidades! ¡Estoy harta de caserones viejos! ¡Aquí se respira, hay luz, hay alegría!

PETRA

Pues si tanto te agrada, enfrente tienes unos terrenos magníficos... ¡Pero si tienes un palacio hermosísimo! Sólo aquella escalera y aquel aspecto venerable del edificio...

MARÍA

¡Es que estoy harta de veneraciones! La veneración de las antiguallas... ¡Yo soy muy poco respetuosa con mis antepasados; por eso no quiero ser antepasada de nadie!

DUQUESA

(Aparte a Carlos.) ¡Si yo no me opongo; puedes llevarte a María Antonia a Los Zarzales!

CARLOS

¡Es que María Antonia no me quiere!

DUQUESA

¡Por Dios, no digas disparates! ¡No va a querer a su marido! ¡Dices cosas absurdas!

MARÍA

(A la Duquesa.) Lo que Carlos quiere es dinero; lo demás es gana de mortificarme... ¡Dale esa cantidad; será la última, yo te lo pido; pero con esa condición: que no me fastidie!

DUQUESA

¡Dices atrocidades! ¿Por qué has dejado de confesarte con el padre Losada?

MARÍA

¡Porque entre todos me volveréis loca! *(Vase fondo.)*

DUQUESA

(Aparte.) ¡Lo que se oye en estos tiempos, no se ha oído nunca! ¡Acabarán por volverme tonta! Carlos, acompáñame al comedor; tengo que hablarte. *(Aparte.)* ¡Pero, señor, cómo voy a decirle una cosa tan delicada!

CARLOS

(Con mimo.) Mamá, ¿quieres creerlo? Con tu edad, y a pesar de la luz del día, hay pocas aquí que puedan compararse contigo.

DUQUESA

¡Adulador! ¡Traduce en números todo eso!

CARLOS

(Aparte.) ¡Lo ha conocido!... ¡Pues, señor, sólo me falta que mi suegra se canse de ser tonta, y me luzco! *(Vase del brazo con ella, fondo.)*

ESCENA VIII

PETRA y el DUQUE

PETRA

¿De modo que Angelita ha estado muy amable contigo?

DUQUE

No hemos hablado mucho, pero lo bastante para que, si fuera verdad lo que temes, yo lo hubiera conocido.

PETRA

¡Qué sé yo! ¡Temo y seguiré temiendo!... Ramona no desiste. En un principio, Angelita me miraba de otra manera. Es una idea mía, pero se me figura que al conocerme ella creyó que yo era su verdadera madre, la madre a quien nunca ha conocido. Por mi parte procuré sostenerla en la duda para mayor seguridad mía... Pero ahora, no sé... Angelita no es la misma conmigo. Ha recibido anónimos; me lo ha dicho *Misses Smith*, la señora que la acompaña. He procurado sonsacar a Angelita, y no se da por entendida. Esto me prueba que los ha tomado en consideración. Además, la otra mañana salió con el aya, y encargándola el secreto, fué con ella..., ¿adónde dirás? A casa de Joaquina, aquella doncella de toda nuestra confianza, pero que al fin hizo lo que todas, ¡y me ha costado más dinero y más disgustos!... No hay duda de que Ramona le ha indicado en alguna carta este medio de saber algo; se habrá puesto de acuerdo con Joaquina, y ¡sabe Dios lo que habrán tramado! ¡Ay, Enrique, Enrique! ¡Ya ves a lo que me expongo por tu causa!

DUQUE

¿Y qué puedo yo hacer? ¡Ni qué sabemos todavía, si todo no es más que aprensiones y recelos tuyos!

PETRA

Pues es preciso saberlo. Yo no puedo vivir en esta incertidumbre. Ramona no ceja en su persecución. Si Angelita sospecha, unida con su padre y advertidos los dos en contra mía, mi vida será un infierno. Es preciso saber... Es preciso, ¿lo oyes? ¿Me entiendes? Habla con Angelita, declárate a la primera ocasión. Si no sabe nada, verá con gusto que la enamoras; y si algo sabe, por fuerza has de conocerlo, y entonces... daré la batalla; ¡pero decisiva! ¡Oh! Esa Ramona se obstina en estorbarme el paso, y ¡se ha de acordar de mí, te lo aseguro; se ha de acordar! Angelita. *(Viéndola venir.)* ¿Quedamos en eso?

ESCENA IX

DICHOS y ANGELITA, segundo término derecha.

PETRA

Hija mía, íbamos a buscarte.

ANGELITA

¿No has designado quién ha de dirigir conmigo el cotillón?

PETRA

Es verdad..., no quise decírtelo hasta saber si Enrique sería tan amable...

DUQUE

Con mucho gusto...

PETRA

Ya tienes director; no le hay más hábil. Anochece. Ya será hora de empezar el cotillón. ¿Has bailado mucho? ¿Estás contenta? ¿Has visto cuántos buenos amigos tenemos? ¡Todos me hablan de ti maravillados!

ANGELITA

Sí... De modo que usted me dirá...

DUQUE

Combinaremos las figuras. ¿Viene usted? *(La ofrece el brazo y salen primer término izquierda.)*

PETRA

(Siguiéndoles.) Ya sabes..., la primera la de las flores. Hilario ha sacrificado todas las orquídeas del invernadero. Avisen ustedes a los muchachos; yo voy en seguida.

ESCENA X

PETRA y después MONTES

PETRA

No sé qué noto en Angelita: una frialdad, una reserva... *(Se sienta en un banco. Empieza a anochecer.)* ¡Por vez primera en mi vida tengo miedo! ¡Bah!... ¿Miedo de qué? ¡Hilario es mío! Angelita puede sospechar..., pero saber..., ¿cómo?... Ramona no puede presentar una prueba palpable en contra mía. Luego, cuando vea que Enrique la enamora, cuando la vanidad mujeril despierta, en este cuadro deslumbrador, la muestre un camino brillante para lucir y triunfar más elevada, ella misma será la primera en desechar toda suposición en contra mía, ella misma se convencerá de que no debe creerse lo que no conviene creer. ¡Necedad sería que un fantasma levantado por la conciencia nos impidiera el paso... por una puerta franca de todo obstáculo!... Y lo pasado es un fantasma... Si a mí misma me parece que no ha sido... ¡Tan distinta me veo de lo que fuí!

MONTES

(Dentro.) Pueden iluminar; anochece, y el jardín quedará pronto a obscuras. *(Sale.)* Ya sé que algunos agradecerían que se retardase la iluminación. Acabo de ver una parejita... Oye... *(A Petra.)* ¿Dirige Enrique el cotillón con Angelita?

PETRA

Sí. ¿Por qué lo preguntas?

MONTES

¿Es verdad que ha bailado mucho con ella?

PETRA

Sí. ¿Te han dicho algo?

MONTES

No. Me han dado broma con que pronto vería a mi hija Duquesa de Garellano. Dicen que Enrique hablaba con ella muy animado. ¿Es verdad? No digo que no hablen y que... Pero de eso a... ¿Tú qué dices?

PETRA

Que no hay nada imposible. ¿Qué piensas tú?

MONTES

¡Psh!... Ya sabes los Garellanos lo encopetados que son, y Enrique sobre todo.

PETRA

¿Enrique? ¡No conoces a Enrique!

MONTES

¿No le conozco? Mejor que tú...; como conozco a todos. ¿Pues crees tú que si yo no conociera a la gente hubiera llegado adonde he llegado? Y a Enrique le conozco a fondo.

PETRA

¿Y no te agradaría que se casara con tu hija?

MONTES

¿Por qué no? ¡Cuánto mejor es emparentar con gente conocida!... Enrique es un buen partido..., de lo mejorcito de su clase.

PETRA

Seguramente. No hallarás en Madrid mejor marido para Angelita.

MONTES

Pero conste que yo no lo he buscado.

PETRA

¿Y qué?

MONTES

¡Es gracioso! *(Se ríe.)*

PETRA

¿De qué te ríes?

MONTES

De que no hace mucho tiempo, al terminar una discusión que tuvimos Enrique y yo, me dijo que cuando él fuera dueño de su casa, no me recibiría en ella.

PETRA

¡Qué tontería! ¿Y lo diría tan serio?

MONTES

Un pronto..., un arranque ducal, como yo le digo en broma... ¡Ja, ja!

PETRA

¡Bah! No hay que dar importancia a esas cosas.

MONTES

Ya lo ves. Pensar ahora que seré su suegro, padre político..., y más aún, más todavía. ¡Caramba! Pues es verdad. ¿Querrás creer que no se me había ocurrido?

PETRA

¿Qué?

MONTES

¡Que seré abuelo de sus hijos, de los futuros Duques de Garellano! No, lo que es eso no hay quien me lo quite: abuelo, tan abuelo como los cien señorones que tiene en la colección de retratos de sus antepasados. Yo encargaré que me hagan uno de pintura, ¿eh?; con la gran cruz y la banda... no estará mal.

PETRA

¡Pero, Hilario, por Dios! ¿Se te ha subido el ducado a la cabeza?

MONTES

No, yo creo que han sido más bien los nietos, los duquecitos. ¿El ducado?... Yo no soy vanidoso; pero, mira, ¡ellos tienen la culpa de que uno lo sea!, porque, ya lo verás, estará deseando casarse con Angelita, y todavía parecerá que nos hace un favor. ¿Y la Duquesa?

PETRA

La Duquesa es una madre excelente que sólo piensa en la felicidad de sus hijos, y verá la boda, como todo, de color de rosa.

MONTES

Con tintas de oro. Un crepúsculo matutino para su ilustre casa.

PETRA

¡Hoy estás malicioso!

MONTES

La satisfacción que me rebosa. Pero atendamos a nuestra fiesta.

PETRA

Vamos. *(La da el brazo y salen por la última caja de la derecha.)*

ESCENA XI

FERNANDA y ANGELITA. (Primer término.)

FERNANDA

¿Qué sientes? ¿Qué te ha ocurrido?

ANGELITA

Nada; el cansancio; las luces... Se me fué la vista... No quisiera que me echaran de menos. ¿Tienes un frasco de sales?

FERNANDA

No. Buscaré uno.

ANGELITA

No, déjalo; que no sepan... ¡Ah! ¡Petra!

ESCENA XII

DICHAS y PETRA

PETRA

¿Qué te sucede? Te vi dejar a Enrique, salir corriendo del corro... ¿Te has puesto mala?

ANGELITA

Sí; ahora estoy peor; siento frío.

PETRA

Entra en casa; abrígate.

FERNANDA

Voy por un abrigo. *(Vase.)*

PETRA

¿Qué te sucede? ¿Por qué no me avisaste? ¿Por qué salir corriendo dejándonos con cuidado? ¡Tienes fiebre!... ¡Estás nerviosa! *(Angelita se echa a llorar.)* Pero, ¿qué es esto? ¿A qué viene ese llanto? Vamos, habla. Ya ves que no podemos estar aquí. Viene gente. ¡Vamos!... ¡Qué chiquilla!

ANGELITA

¿Por qué has hecho que Enrique Garellano dirigiera conmigo el cotillón?

PETRA

¡Ah! ¿Es eso? ¿Qué tiene de particular?

ANGELITA

Para ti, nada, es cierto.

PETRA

Habla claro.

ANGELITA

Sé lo que pretendéis mi padre y tú, los dos. Pues óyelo: ¡nunca seré mujer de ese hombre!

PETRA

Pero ¡qué locura!... ¡No estás buena!... ¿A qué viene eso?

ANGELITA

Escucha: yo no he nacido para esto. Con mi corazón no se juega. No me obligues a darte explicaciones. Com-

prendo que me hayas traído aquí porque te conviniera; comprendo que después me odies, y si soy un estorbo que me mates... Pero no, no soy un estorbo. Ya se ve. Casándome con el Duque, soy un medio de satisfacer ciertas deudas de gratitud que no pueden pagarse de otro modo. ¡La combinación es maestra! ¡El dinero del uno y el amor del otro, y yo el lazo de unión entre los dos!

PETRA

¿Pero qué dices?... ¡Tú a mí decirme...! ¡Ah! ¡Si sé de dónde viene todo! ¡Ramona!... ¿Y tú lo has creído? ¡Lo has creído sin pensar en quién lo decía ni en lo que yo debo ser para ti!... ¿Tan poco significa mi cariño, que a cambio de cuanto hice por ti crees sin duda al primero que me calumnia? ¿Nada más te ha dicho de mí? ¿Sólo puedes creer en lo malo? Porque yo sé que algo más te habrán dicho, que algo creíste antes... y debiste creerlo siempre..., porque hay afectos que no pueden fingirse, y en mí sólo pudiste hallar verdadero cariño de madre.

ANGELITA

¿De madre?

PETRA

¿Conociste a la tuya? ¿No has pensado, no te han dicho que yo pudiera serlo?

ANGELITA

¡Calla! ¡Calla!

PETRA

¿Por qué no crees...?

ANGELITA

¡Ya lo ves! ¡No lo creo! Aunque tuviera más razones para creerlo... ¡Se cree con el corazón!

PETRA

¿Y es tanta la inocencia del tuyo que para ti sólo son creíbles las infamias?

ANGELITA

Infamia por infamia, prefiero creer lo que me aparta de ti; porque si yo creyera que eras mi madre, después de lo que he sabido, tendría que llorar porque eras infame, y ¡porque eras mi madre!

PETRA

¡Mira lo que dices!

ANGELITA

¡Pues no quieras volverme loca! ¡Respeta la memoria de mi madre, a quien no conocí, y agradece si respeto que llevas el nombre de mi padre!

ESCENA XIII

Dichas y FERNANDA con un abrigo.

FERNANDA

¡Angelita! ¿Pasó ya? ¿Estás mejor? *(La da el abrigo y se retira a un lado.)*

ANGELITA

¡Fernanda! ¡Ven, ven a mi lado! ¡No me dejes!

PETRA

(Interponiéndose.) ¡No! ¡Vuelve allí! *(A Fernanda.)* ¡No haces falta!

FERNANDA

¿Eh? *(Asustada.)*

ANGELITA

¡No!

PETRA

Su madre no ha reparado en mancharte babeando calumnias en contra mía; yo no repararé en decir la verdad a su hija. ¡Y yo no calumnio! ¡La calumnia no llegaría a la verdad!

FERNANDA

(Aterrada y llorosa.) ¿Qué dice usted?

ANGELITA

(Abrazando a Fernanda.) ¡No! ¡A Fernanda no! ¡Yo la defiendo! ¡Ni una palabra! ¡Yo lo creo todo, lo acepto todo! ¡Pero a ella no! ¡Pobre niña! ¿Qué culpa tiene ella? ¿Qué culpa tengo yo? ¡Ya ves! Sí, para luchar contra vuestras mentiras, sobre algo... que acaso también lo sea, hemos levantado la verdad de nuestro cariño, y con él lucharemos contra todos.

PETRA

Ella y su madre te han dicho...

FERNANDA

¡Oh, qué infamia! ¡Papá! ¡Señores! *(Llamando.)*

ESCENA XIV

DICHOS, MONTES, ANSÚREZ y RÍOS, con los que habla Fernanda.

MONTES

¿Qué pasa? ¡Todo el mundo alarmado! ¿Qué ha sido ello? ¡Angelita, hija mía!

FERNANDA

¿Dónde está mi padre? ¿Dónde está? Acompáñenme a buscarle. *(Vase con Ríos y Ansúrez.)*

MONTES

Vamos, hija. Te esperan. No disgustes a nuestros convidados. *(A Petra.)* Pero ¿qué ha sido esto?

PETRA

No lo extrañes. ¿No ves en todo ello la mano de Ramona? ¡Y quieres que me contenga!

MONTES

¿De Ramona?

PETRA

Angelita te explicará: ella, que ha tenido la suerte de encontrar personas desinteresadas que la aconsejen y la adviertan de los peligros que corre entre nosotros. Vamos, habla, Angelita. Dile a tu padre lo que sabes, lo que te han dicho.

ANGELITA

No diré nada. ¿Para qué?... ¡Si no puedo evitar lo sucedido! ¡Pero sí lo que pudiera suceder!

MONTES

Pero ¿qué significa...?

ANGELITA

Por ti estoy aquí; me has traído a esta sociedad y entre esta gente desconocida para mí; tienes el deber de ampararme, de defenderme, porque en ti sólo puedo creer.

MONTES

¡Hija mía! ¿Quién te ha ofendido? ¿Qué te han dicho? ¡Bah! Si crees al primero que llega a mortificarte con habladurías...

PETRA

No, si no son habladurías; si es la verdad. ¡Lo ha dicho Ramona! Y ¿qué interés tiene ella en mentir?

MONTES

Acabemos: ¿qué sucede?

ANGELITA

El Duque de Garellano me ha declarado su amor; y como no veo en mí bastantes méritos para inspirar un amor tan repentino; como el rompimiento de su boda con Fernanda ha dado mucho que hablar, y si el Duque insiste en sus pretensiones también se hablará de mí... y de todos..., debes advertirle que desista de ellas en absoluto; que he vivido mucho tiempo separada de ti, y no quiero volver a separarme tan pronto.

MONTES

Comprendo que no soy yo quien debe decir nada. No nos pongamos en ridículo. ¿Qué pueden haberte dicho de Enrique? ¡De todo el mundo pueden decirse tantas cosas! ¡Pobre de ti, si las tomas todas en cuenta! Vamos; te esperan para terminar el cotillón. La gente hará mil comentarios. Voy a...

ANGELITA

¡No me dejes!

MONTES

¡No me obligues a que sienta haberte trasplantado tan pronto a una sociedad a la que creí que podía traerte porque estabas educada para ella, porque en ella debías vivir más tarde o más temprano... y a ella debes aclimatarte!

ANGELITA

¡Bien dices! ¡Todo es aclimatarse! Pero así..., al pronto..., ¿qué quieres? ¡Me falta aire, aire puro, y... me ahogo!

MONTES

Allí está Enrique. Tranquilízate, y tú también. *(A Petra.)* Convence a tu hija. ¡Enrique! ¡Enrique! *(Sale llamando al Duque.)*

PETRA

¡Vamos, hija mía!

ANGELITA

¡No! Angelita siempre. No tengas miedo. Mi padre no sabrá nada. Pero es preciso, ¿lo oyes?, es preciso que Enrique Garellano no vuelva a poner los pies en esta casa.

PETRA

¡Yo no puedo decirle eso!

ANGELITA

¿No puedes?

PETRA

No puedo; no en el sentido que tú das a las palabras, en el sentido que las damos en sociedad; en el sentido de que sería una inconveniencia.

ANGELITA

¿Estoy sola? Pues bien, sola. Aquí espero al Duque.

PETRA

¡Angelita, no des un escándalo!

ANGELITA

(Irónica.) Descuida. ¡Sé dónde estoy, y sé que está en casa lo mejor de Madrid!

ESCENA XV

DICHAS, el DUQUE y ANSÚREZ

DUQUE

¿Cómo está usted, Angelita? ¿Qué ha sido? ¿Se pasó ya?

PETRA

Nada. Un mareíllo.

ANSÚREZ

(Saliendo.) Vamos. La batalla de flores empieza y concluye el cotillón. *(Ofrece el brazo a Petra, y se van.)*

ESCENA XVI

ANGELITA y el DUQUE

DUQUE

¿Viene usted?

ANGELITA

Señor Duque de Garellano: la declaración de amor que me hizo usted antes, equivale para mí al insulto que hubiera usted dirigido a un hombre.

DUQUE

¿En qué la he ofendido yo a usted?

ANGELITA

Es nueva ofensa el preguntarlo.

DUQUE

Perdone usted si no tomo en cuenta sus palabras, y doy por terminado duelo tan desigual, declarándome vencido de antemano.

ANGELITA

Antes de retirarse, prometa usted que no volverá a poner los pies en esta casa.

DUQUE

Comprenda usted que cuando no podría dar otra explicación de tan extraño proceder que la de una exigencia caprichosa de quien no tiene autoridad para hacerla..., me es imposible complacer a usted.

ANGELITA

¡Piénselo usted!

DUQUE

No hay que pensarlo. Yo no puedo dejar comprometida, por miserables calumnias y antojos pueriles, la reputación de una persona querida y respetable para mí.

ANGELITA

Pues usted será responsable de lo que suceda. Hablaré a mi padre.

DUQUE

Crea usted que en todo caso es preferible un duelo de hombre a hombre a esta desagradable esgrima de palabras, desventajosa siempre para un caballero.

ANGELITA

Si fuera usted un caballero, debiera bastarle lo que ha oído para no volver a presentarse en esta casa.

DUQUE

Si su padre de usted autoriza sus palabras, así lo haré. De otro modo, perdone usted si no tomo en cuenta nada de lo que me ha dicho.

ANGELITA

Pues lo repetiré delante de todos, y delante de todos le echaré de esta casa. *(Llamando.)* ¡Señores! ¡Aquí! ¡Padre!

DUQUE

(Deteniendola.) ¡Por favor! ¡Silencio! ¡Su padre! ¡Calle usted, se lo ruego!

ANGELITA

¡Ah! ¡Ya sabía yo que no arrostraría usted el escándalo! Le teme usted como el asesino teme la sangre. Y aquí, entre esta gente, que trama y comenta maldades escandalosas, cuchicheando, sonriendo; que no asesina ni mata de un golpe, sino muy poco a poco, en fuerza de alfilerazos, que sumados bien valen una puñalada, si de pronto gritara el escándalo, si de pronto se viera sangre vertida..., ¡qué extrañeza, qué espanto, qué vergüenza! ¡No, no les asustemos! Basta que sepa usted que si Petra con su astucia..., su talento, ha podido jugar con usted, con mi padre; si tiene en su mano, para disponer de ellos, los blasones del uno y las riquezas del otro, no ha contado con algo que podía oponerse a sus planes: conmigo. Una sola conciencia despierta entre tantas conciencias dormidas. Estoy sola, pero soy fuerte. Creo y confío en mí. *(Sale primer término.)*

DUQUE

¡Es original la muchacha! Educada a la inglesa, sería un encanto..., ¡pero así es temible! Y a pesar de todo, ¡si yo me hubiera propuesto con empeño enamorarla!... Bastaba con un arranque de efecto; bastaba con haber sacrificado a Petra... Pero nobleza obliga... Antes que nada, soy un caballero.

ESCENA ÚLTIMA

El DUQUE, MONTES, PETRA, URRUTIA, RÍOS, ANSÚREZ, SEÑORAS y CABALLEROS. (Gran animación.)

RÍOS

¡Precioso cotillón!

TORRES

Magnífica fiesta.

URRUTIA

¡Espectáculo fantástico! ¡Lástima que no me hayan dejado admirarle! ¡Me dieron con tal tino! *(Llevándose la mano a un ojo.)*

MONTES

¡Tres vagones de flores, amigo Urrutia!

URRUTIA

¡He visto pocas fiestas semejantes! ¡Digna de un prócer como usted. *(Siguen hablando.)*

PETRA

(Bajo al Duque.) ¿Has hablado con Angelita?

DUQUE

Sí. Todo ha concluído. Mañana salgo para París, donde pasaré todo el invierno. Me retiro.

PETRA

¿No te veré antes?

DUQUE

No sé... ¿Sabes dónde está mi madre?

PETRA

En la terraza quedaba con María Antonia.

DUQUE

Voy a buscarla. *(Saluda y vase.)*

PETRA

(Aparte.) ¡Siente la humillación! No es culpa mía. Hice lo que pude... En cuanto a esa niña rebelde... Hay que pensar algo..., casarla pronto o... Si esa exaltación de carácter se pudiera encauzar... Yo hablaré con el padre Losada. En dos meses puede hacer de ella una santa, y el convento... ¡Oh! ¡Eso sí que sería una solución!

MONTES

(A Petra.) ¿Termina la fiesta?

PETRA

Sí. Es la última figura del cotillón. *(A todos.)* ¿Qué tal, señores? ¿Cómo lo han pasado ustedes?

SEÑORAS Y CABALLEROS

¡Un encanto!

URRUTIA

(A Montes.) ¡Angelita en triunfo sobre un trineo de flores! *(Señalando a la derecha.)* ¡Soberbia idea! El triunfo de la hermosura, y el de la bondad, y el de...

MONTES

Sí. ¡Viva quien triunfa! ¡Eso quiere decir todo esto!

URRUTIA

Pero no siempre triunfa como ahora la juventud, la hermosura...

MONTES

¡Pobre hija mía! ¡Este es un triunfo fácil, de cotillón, final de una batalla de flores; que en otras batallas de la vida, sabe Dios si triunfará como ahora!

URRUTIA

¡Amigo Montes! ¡No le conocía a usted como filósofo!

MONTES

Pues lo soy... a mi manera. ¿Usted cree que si no fuera filósofo me gastaría el dinero en divertir a toda esta gente?

URRUTIA

¡Por Dios! ¡Amigo, si le oyen!... ¡Lo mejor de Madrid!

MONTES

No hay cuidado... Se lo digo a usted en confianza. Y con la música no se oye. *(Grandes aplausos de las señoritas y caballeros, y cae el telón.)*

FIN

EL MARIDO DE LA TÉLLEZ

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO

Estrenado el 13 de febrero de 1897 en el Teatro Lara.

A LOS ACTORES

que con tanto cariño y de un modo perfecto han representado esta obra, en testimonio de admiración y de gratitud,

El Autor.

CUATRO PALABRAS

El buen éxito de este boceto, escrito en ocho días, ha superado a cuanto yo podía esperar.

Muy agradecido quedo al público, y en primer lugar a la crítica, que en esta ocasión, como verdadera clase directora, ha comprendido que en la malicia de los espectadores, más que en la intención del autor, existían alusiones a personas muy conocidas de todos, y para mí dignas no sólo de respeto, sino de cariño.

Soy el primero en lamentar que el público (colaborador indispensable en las obras dramáticas) colabore con mayor penetración cuando de maliciosas interpretaciones se trata, que cuando se le presentan honduras de pensamiento o sutilezas psicológicas que desentrañar.

Baste decir, para dejar las cosas en su punto, que las líneas generales de este boceto estaban trazadas cuatro o cinco años ha, y mal podía yo entonces pensar en alusiones *de futuro*.

Por si esta explicación no bastara, al parecido

que el ilustrado crítico de *La Época* señala entre mi comedia y un cuento de Daudet (que yo no conocía) añadiré por mi cuenta el parecido con una obra de Lemaitre, cuyo título no recuerdo, estrenada en París con mal éxito y basada también en la rivalidad artística de un matrimonio de actores. No creo que Daudet ni Lemaitre pensaran en aludir a determinados artistas españoles, de los que seguramente tendrán escasas noticias.

Para consuelo mío, cuantos escritores, con mejor o peeor acierto, han pretendido reflejar en el teatro o en el libro las costumbres de su tiempo, han visto alguna vez confundidas sus pinturas con fotografías. Es natural: la imaginación del autor tiende de lo particular a lo general; la imaginación del público, por sugestión inversa, de lo general a lo particular, a lo concreto, a lo que él conoce de vista; de ahí el desacuerdo entre lo que el autor concibe y lo que el público interpreta.

Respecto a mi obra, el público, desde luego, se ha fijado en los conocidos suyos y ha supuesto que el autor no podía haber pensado en otros. Creo que los espectadores y lectores desapasionados no necesitarán de más explicaciones que la obra misma para comprender lo injusto de los propósitos que se me han atribuído.

Antes de ahora hubiera dado otras explicaciones si no hubiera temido que pareciera *reclamo*.

La crítica, con muy sano juicio, ha sabido diferenciar lo que en el éxito de mi obra se debe a la obra misma, y lo que se debe a la maliciosa interpretación de algunos que se pasan de listos, en particular amigos cariñosos que se encargan de puntualizar las alusiones, con la mejor intención, sin duda.

Antes que la crítica, mi conciencia *literaria* me aseguraba que no todo lo que es ruido es aplauso; pero al mismo tiempo mi conciencia *moral,* más escrupulosa que mi conciencia *literaria,* me aseguraba que nada hay en mi obra que pueda molestar a nadie (a no ser el buen éxito a los que les molesten estas cosas).

Con cierta tristeza he comprendido también que no es precisamente *La vida es sueño* ni *Hamlet* lo que convendría estrenar en estos tiempos. No obstante, el que fuera capaz de escribir algo parecido, mal haría en no escribirlo, aunque el público no viera *alusiones* en ello y no se divirtiera tanto como en este insignificante boceto se ha divertido. No quisiera que cundiera el mal ejemplo, que harta desgracia tenemos los que no sabemos escribir cosa más seria ni más perfecta.

JACINTO BENAVENTE.

1897.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
FELICIA	Sra. Pino.
DOÑA LAURA	» Valverde.
JACINTO	Sr. Ruiz de Arana.
DIÉGUEZ	» Nortes.
PEPE	» Porredón.
DON RICARDO	» Rubio.
TÉLLEZ	» Larra.
NOGUERA	» Gonzálvez.
ARENALES	» Santiago.
EL TRASPUNTE	» Olías.

La acción en Madrid. — Época actual.
Derecha e izquierda, las del actor.

EL MARIDO DE LA TÉLLEZ

ACTO ÚNICO

Cuarto de una primera actriz en el teatro. Puerta en primer término derecha que comunica con el exterior, y otra grande cubierta al foro con cortinas que comunica con el vestuario.

ESCENA I

El TRASPUNTE, y después FELICIA y JACINTO

TRASPUNTE

Señora Téllez, a escena.

FELICIA

(Dentro.) Va. *(Saliendo.)* ¿Cómo está el público?

TRASPUNTE

Lo mismo; muy reservado.

FELICIA

Vamos allá. ¡Ay qué miedo tengo a este final de acto!

JACINTO

(Asomando la cabeza entre las cortinas.) ¡Felicia! ¡Felicia! Mucho aplomo, por Dios; sujeta los nervios.

FELICIA

¡Si sabré yo lo que tengo que hacer! Tú eres el que tienes que tener cuidado con la salidita.

TRASPUNTE

Vamos. *(Vase Felicia.)* Señor... Señor... Usted perdone; nunca me acuerdo de su nombre.

JACINTO

(Saliendo.) Jacinto; llámeme usted don Jacinto a secas. Ya sé que en el teatro no tengo apellido. Soy el esposo de la Téllez; nadie me llama de otro modo.

TRASPUNTE

A escena; tome usted las cartas.

JACINTO

Voy temblando. Si Felicia no ha roto el hielo, estamos perdidos. *(Al salir ve a Diéguez y a Pepe, que entran.)* ¡El autor! ¿Qué sucede?

DIÉGUEZ

Nada, nada todavía. No se detenga usted, y cuidado, mucho cuidado. Las frases de usted en el final son muy peligrosas. *(Vanse Jacinto y Traspunte.)*

ESCENA II

DIÉGUEZ y PEPE

DIÉGUEZ

Y el actor más peligroso todavía. ¡Tengo un miedo a ese hombre. ¡Buena está la noche! ¡Ay! Estoy rendido; no tengo valor para esperar entre bastidores a que concluya el acto. Estamos en el segundo y aun no sabemos

a qué atenernos. Si la Téllez no consigue que aplaudan... *(Acercándose a la puerta.)* ¡Nada, no se oye nada! Ya debe de haber dicho aquello de... Sí, era un efecto... ¡Qué raro es el público! Aquí todos decíamos que debía haber tres aplausos.

PEPE

Sí, debía de haberlos; pero el público esta noche se ha declarado insolvente.

DIÉGUEZ

Es que la Téllez no está como otras veces. No sé qué le sucede a esa mujer. Si las actrices no debían casarse. Desde que se ha casado es otra. Luego el marido, ese cómico detestable que está contratado por ella, y a quien hay que dar papel en todas las obras para contentarla, porque si él no trabaja ella no acepta papel, y la Empresa no admite la obra, y...

PEPE

Ya, ya veo que no es tan fácil la profesión de autor dramático. Lo que me asombra es que tú, tan pacífico, te avengas a esta vida.

DIÉGUEZ

¡Qué quieres! El mal ejemplo. En lo que menos pensaba yo era en escribir para el teatro; pero, chico, me casé...

PEPE

Sí, con una viuda. Entonces no tenías valor para soportar las emociones de un estreno.

DIÉGUEZ

Tengo cuatro chicos y vísperas. Al primero le crió un ama, una pasiega de lujo. Aquel año serví al Estado en representación del ama. Tú sabes lo que son doce mil reales.

PEPE

Y lo que es un ama.

DIÉGUEZ

Al segundo lo crió mi mujer; cayó enferma. Aquel año trabajé para el médico y el boticario. La situación era insostenible. Al tercero le crió una cabra, y al cuarto... le crié yo.

PEPE

¿Con biberón?

DIÉGUEZ

En fin, yo necesitaba aumentar mis emolumentos por cualquier medio.

PEPE

Y te dedicaste al género chico por aquello de *similia similibus*.

DIÉGUEZ

Eso es; Bonillo, mi compañero de oficina, escribió una piececilla para Romea; ganó un dineral. Yo fuí a verla, y me pareció tan mala, que pensé: «Como ésta escribo yo una a cualquier hora.»

PEPE

Y pensaste bien... y la escribiste.

DIÉGUEZ

Y saboreé las dulzuras del trimestre. Después escribí otra, y otra... y otra.

PEPE

Sí, las tres que te silbaron.

DIÉGUEZ

No; fué una misma. Sólo que primero la estrené sin música; luego con música, y luego con otro título y otra música. Pero el público siempre lo mismo.

PEPE

¿Por qué no cambiaste de público?

DIÉGUEZ

Después me han aplaudido y me han silbado... Pero la comedia de esta noche es otra cosa. ¡Es mi primera obra grande!... ¡Es original!...

PEPE

Tu pecado original. ¡Porque vaya si has fusilado del francés!

DIÉGUEZ

Patriotismo puro. La revancha del parque de Monteleón. *(Escuchando.)* ¡Nada! El público no entra en la obra. Sentiría el fracaso. ¡Mi primera obra seria!

PEPE

Pues no digas que el público no ha entrado en ella. No puede estar más serio.

DIÉGUEZ

No te burles.

PEPE

Si estoy tan emocionado como tú. *(Aplausos dentro.)*

DIÉGUEZ

¡Un aplauso! ¡Ah! ¡Por fin! ¿Oyes, Pepe? ¡Aplauden!... ¡No! Ya no aplauden. ¡Qué aplauso tan corto! Y ha acabado el acto. Ya suben los actores. ¡El segundo, y no me han llamado! Aunque me llamen en el tercero, ya no puede ser un triunfo. El público que paga, en cuanto concluye el estreno se pone los abrigos, y a casa.

PEPE

Mejor, nos quedaremos los amigos.

DIÉGUEZ

Pero, señor, si han aplaudido, ¿cómo no han llamado?

PEPE

¿Qué quieres? ¡El teatro no es como el café! No siempre que se aplaude se llama.

ESCENA III

DICHOS, FELICIA y JACINTO, por la primera derecha.

DIÉGUEZ

(Con ansiedad.) ¿Acabó el acto? ¿Qué ha ocurrido?

FELICIA

Nada. Lo que dijimos todos. La obra tiene poco saliente. Es un primor en la forma. Pero el teatro es todo efecto, amigo mío.

DIÉGUEZ

¿De modo que no hay esperanza?

JACINTO

¡Quién sabe! ¡El público es tan raro!

DIÉGUEZ

Sí; echaremos la culpa al público.

PEPE

¡Pobre público! Es como las casas de juego: círculo cuando se gana, y timba cuando se pierde.

FELICIA

Si en el tercero tuviera yo algo más en mi papel...; pero no tengo nada. Aquella escenita con Noguera..., una tontería...; quiero decir, una insignificancia. Quisiera yo ver a la actriz más pintada en este papel.

DIÉGUEZ

Sin embargo, el único aplauso de la noche no hay que decir si ha sido para usted.

JACINTO

(Con timidez.) No, no ha sido Felicia quien...

FELICIA

(Molestada.) No, no he sido yo...

DIÉGUEZ

¿Entonces...?

JACINTO

Ese aplauso ha sido para mí.

DIÉGUEZ

¿Para usted?

JACINTO

El público está muy raro esta noche. Es el primer aplauso que oigo en Madrid.

DIÉGUEZ

Enhorabuena.

FELICIA

La frase tenía mucha gracia. Cualquiera que la hubiera dicho...

JACINTO

No creas que me envanezco.

FELICIA

Prepárate para el tercer acto... Bueno está el publiquito con nosotros; conmigo sobre todo... Ya sé por qué.

JACINTO

¿Porque te has casado? Eso dicen. Pero, señor, si yo te hubiera retirado del teatro... ¿Pero no te tienen como te tenían antes?

DIÉGUEZ

Son celos colectivos. El público, a su modo, ama a sus artistas favoritos y se siente ofendido el día en que su artista fija su amor en una persona determinada.

FELICIA

Sí, lo noto. Ya no me aplauden como antes. En cuanto salgo a escena me miran más las mujeres que los hombres.

JACINTO

Por curiosidad. No sé quién les ha dicho a los abonados que no podrías concluir la temporada. Por eso, por eso te miran las señoras con los gemelos.

DIÉGUEZ

¡Por Dios! Que no la veamos a usted con gemelos.

JACINTO

¡Qué bromista! Así, ya que no guste la comedia, que usted no se desanime.

DIÉGUEZ

¿Pero usted cree que no gusta?

PEPE

Bueno es ponerse en lo peor.

DIÉGUEZ

¡Por Dios, Pepe! Da una vuelta por los pasillos, por el vestíbulo. Tráeme noticias, recoge impresiones. No viene ningún amigo... Esto va mal..., muy mal...

PEPE

Voy, voy; pero no escribas más obras serias. Déjate de predicar; atente al trigo. *(Vase.)*

ESCENA IV

DICHOS, menos PEPE.

FELICIA

Con su permiso. Voy a arreglarme para el tercero. Empezará en seguida. Despacharemos pronto.

DIÉGUEZ

¿Pero no cambia usted de traje?

FELICIA

No; sería inverosímil. Otra tontería de usted. Al público le gusta que las actrices cambien de traje en todos los actos. *(Entra en el vestuario.)*

JACINTO

La verdad es que no ha sabido usted sacar partido de Felicia. ¿Por qué no le ha puesto usted una escena como la de *El peso de la honradez?* Ya sabe usted que a ella, en teniendo donde hacer algo, no se le hunde ninguna obra.

DIÉGUEZ

Otra vez será. Es mi primera obra seria,

JACINTO

Hay que tener picardía.

FELICIA

(Dentro.) ¡Jacinto, Jacinto!

JACINTO

¿Qué quieres, hija?

FELICIA

¿Dónde has puesto el batidor?

JACINTO

Con su permiso. *(Entra en el vestuario.)*

DIÉGUEZ

(Se pasea muy agitado.) ¿Le molestará a usted que fume? ¡Felicia! *(Felicia y Jacinto disputan dentro.)* No me oye... Riñen... Eso es; ahora, que el matrimonio se indisponga y lo pague la comedia.

JACINTO

(Dentro.) ¡Pero mujer!

FELICIA

(Sale.) Desde mañana te vistes en otro cuarto; no hay modo de que yo encuentre nada en su sitio. Todo lo revuelves, todo lo manchas, y no sé dónde has puesto la vaselina; me has vertido el perla cutáneo y el cereza virginal.

JACINTO

Pero Felicia... Si yo...

FELICIA

¡Ay qué hombres, qué hombres! Antes yo me arregla-

ba con mi doncella perfectamente, y todo lo tenía en su sitio y no me faltaba nada.

JACINTO

Mujer, no te alteres; es que hoy estás muy nerviosa.

FELICIA

¡Déjame! Si las cosas se hicieran dos veces...

JACINTO

Si no se hicieran ninguna, querrás decir; porque si se hicieran dos veces, volverías a casarte conmigo.

FELICIA

¡Qué gracioso! Trae esos papeles... Los de la comedia... *(A Diéguez.)* ¿Le parece a usted que demos un corte?

DIÉGUEZ

¿Un corte?

FELICIA

Para quitar peligros. Al papel de éste sobre todo; en este acto tiene demasiado.

DIÉGUEZ

¡Pues no veo dónde; todo hace falta!

JACINTO

Tiene usted razón: no me corte usted nada; yo saldré del paso. Me parece que el públicó no está conmigo como otras veces.

FELICIA

Sí, fíate. ¿Tú crees que te han aplaudido a ti!

DIÉGUEZ

¿Por qué no? Su marido de usted es muy inteligente.

JACINTO

Muchas gracias.

DIÉGUEZ

Yo creo que hay otros...

JACINTO

Sí, señor, otros, no quiero nombrar a nadie, que cobran doble y presumen doble y... ¿A mí, sabe usted lo que me perjudica? La celebridad de mi esposa.

FELICIA

Sí, no hay duda, eso te perjudica. ¿Por qué no pruebas a contratarte solo? ¿Habías hecho en tu vida más que embolados?

JACINTO

En Madrid; pero en provincias... En Logroño hice una feria de primer actor.

ESCENA V

DICHOS, TRASPUNTE, y después DON RICARDO y TÉLLEZ

TRASPUNTE

Vamos a empezar. *(Vase.)*

DIÉGUEZ

¡El tercero!

RICARDO

Salud, señores.

FELICIA

Pase usted, don Ricardo; tome usted asiento.

DIÉGUEZ

¿Qué le parece a usted de esto, mi querido empresario?

RICARDO

¡Ah! ¿Está usted aquí todavía? Yo creí que se había usted marchado.

DIÉGUEZ

¿Usted cree que debo marcharme?

RICARDO

No, hombre, espere usted. ¡Quién sabe! Cosas más difíciles se han visto.

TÉLLEZ

Yo le digo a usted que la obra es preciosa; pero ya sabe usted que este año la han tomado con este teatro, y con Felicia; por supuesto, ella se tiene la culpa; ¿no os da vergüenza ver este cuarto? Que diga, que diga don Ricardo la gente que aquí se reunía cuando mi hermana estaba soltera.

JACINTO

(A Diéguez.) ¿Oye usted?

RICARDO

En eso hay que dar la razón a su hermano, querida Felicia; ya no es usted la misma para el público, y cada día lo notará usted más; así es que crea usted que no me atrevo a pensar en nada para el porvenir ni a tratar del negocio de primavera.

JACINTO

¡Pero don Ricardo...!

RICARDO

¡Quién hace planes para el mes de abril! Se casaron ustedes en...

JACINTO

Agosto.

RICARDO

(Contando con los dedos.) Agosto, septiembre... ¡Imposible!

JACINTO

¿Pero usted hace caso? Le aseguro a usted que no.

TÉLLEZ

Por supuesto, si oyeras lo que dice de ti el público, te morías de vergüenza.

JACINTO

Y si tú lo oyes, ¿por qué no te mueres, o por qué no contestas?

TÉLLEZ

Porque yo no tengo que ver contigo.

JACINTO

Pero como supongo que esas cosas que dicen de mí se referirán a tu hermana...

TÉLLEZ

Claro que sí; pero una cosa es la mujer como hermana mía, y otra cosa es la artista como esposa tuya. ¿Lo entiendes? Y a mí no me mezcles en tus asuntos para nada, y no quiero hablar más. Dame un cigarro.

JACINTO

¡Si te di antes la cajetilla!

TÉLLEZ

Es verdad; bueno, toma tú uno. Susini, ¿eh? No los fumabas antes, cuando no cobrabas sueldo de primera actriz.

JACINTO

(A Dieguez.) ¿Oye usted?

TRASPUNTE

Señor..., señor don Jacinto, a escena.

JACINTO

Va.

DIÉGUEZ

Ánimo.

FELICIA

Y no vayas a meterte en dibujos. Dices el papel y nada más; no vayas a creerte, porque te han aplaudido, que puedes permirtirte desplantes.

JACINTO

Descuida, mujer; haré lo de siempre: cumpliré, cumpliré nada más.

RICARDO

¡Vaya! En el segundo ha hecho usted más que cumplir; ande usted con el tercero sin cuidado. *(Vase Jacinto.)*

ESCENA VI

DICHOS, menos JACINTO.

RICARDO

Y usted, Felicia, tiene usted que apretar un poquito.

FELICIA

No me diga usted nada. Ya sé que esta noche no soy la misma.

RICARDO

¡Ay, querida Felicia! Ya no tiene remedio; pero ha hecho usted una tontería.

TÉLLEZ

Una barbaridad, ya se lo dijimos todos: consentir que ese botarate viva de tu sueldo.

FELICIA

Eso no, ¡pobrecillo! Jacinto se enamoró de mí cuando yo era meritoria; entonces yo no prometía nada; pero le prometí ser su esposa, y él, siempre constante y fiel enamorado, no me olvidaba nunca, aunque pasaron muchos años sin vernos; bien sé yo que he perdido como artista, pero soy honrada y soy mujer; díganme ustedes cómo se concilian estas dos cosas fuera del matrimonio. Yo estaba muy sola.

TÉLLEZ

¿Y tu hermano? Tu pobre hermano que ha vivido sacrificado por ti. ¿He hecho yo otra cosa en mi vida más que acompañarte? Yo no he aceptado nunca ningún empleo ni he tenido ninguna ocupación por consagrarme a ti... ¡Ya ves! Expuesto a que pensara todo el mundo que yo vivía a costa tuya.

DIÉGUEZ

¿Quién podía decir eso?

TÉLLEZ

Algo te lucía entonces el sueldo. Todo el mundo lo dice: antes vestías mejor las obras.

FELICIA

¡Basta ya! No me hagan ustedes más cargos. Todo es porque esta noche no he tenido un aplauso. Porque llevo

una temporada muy mala..., lo sé. Pero ¿qué obras he representado? ¿He tenido algún papel para mí? ¿Qué he podido hacer en el trabajo de este año?

RICARDO

Y ¿quién tiene la culpa? Ya sabe usted que don Teodoro es el único que sabe escribir comedias a la medida, y para usted sobre todo. Pero está muy ofendido con usted.

FELICIA

Y ¿por qué se ha ofendido? No me hable usted. Lo que ha hecho don Teodoro ha sido comprometerme, dar que hablar, y una vez casada, yo no podía consentir...

RICARDO

Bueno que se haya usted casado; ¡pero de eso a prescindir del círculo en que uno vive! Créame usted, los primeros días después de su boda no se podía entrar en este cuarto.

TÉLLEZ

¡Calle usted! Toda la noche juntos, con unas miradas de cuello vuelto..., y en cuanto uno volvía la cabeza...

DIÉGUEZ

Todo era rumor de besos y batir de alas. ¡Felices ellos!

FELICIA

Digan ustedes lo que quieran. El público no lo apreciará, pero yo me siento más artista. ¡Había tantas cosas que yo no podía expresar porque no las entendía! ¡Delicadezas y matices!

TÉLLEZ

¡No están malos matices!

RICARDO

En fin, Felicia: lo que importa es que acepte usted el papel de la obra de don Teodoro. Esto va muy mal. Sin obra de don Teodoro no tiramos hasta Reyes. Necesitamos un autor de fuerza para subir la cuesta de enero.

DIÉGUEZ

Y don Teodoro es el encuarte.

RICARDO

Ríase usted. Es lo único.

FELICIA

Pero Jacinto... Ya sabe usted...

RICARDO

¡Bah! Don Teodoro la quiere a usted artísticamente..., y a él, como autor, le agrada que se le atienda y que se le mime. ¿Qué mal hay en ello? Ya ve usted..., yo le mimo. *(Dentro suenan aplausos.)*

DIÉGUEZ

¡Ah! ¡Un aplauso!

FELICIA

Sí, sí... ¿A quién habrá sido?

DIÉGUEZ

Voy a verlo. ¡Aun hay patria y trimestre! *(Vase corriendo.)*

ESCENA VII

DICHOS, menos DIÉGUEZ.

RICARDO

¡Pero hombre!

FELICIA

Pero ¿quién ha sacado ese aplauso?

TÉLLEZ

¿Estaba Noguera en escena?

FELICIA

No, porque sale conmigo. Tendría gracia...

TÉLLEZ

¿Qué?

FELICIA

Que hubiera sido Jacinto...

TÉLLEZ

Puede que el público lo haya tomado a broma. ¡Si te habrás casado con Talma sin saberlo! *(Aplausos dentro.)*

FELICIA

¡Otro aplauso! No, no puede ser él.

RICARDO

Vamos a verlo. Y no olvide usted que don Teodoro es el único. Amigo Téllez, ¿viene usted a presenciar el triunfo de su querido hermano político?

TÉLLEZ

¡Y tan político! ¡Sin pizca de vergüenza!... ¡Me tiene sin cuidado! *(Vase don Ricardo. Se oye dentro otro aplauso.)*

ESCENA VIII

FELICIA, TÉLLEZ; después NOGUERA y ARENALES

FELICIA

¡Otro aplauso! Y este es el monólogo de Jacinto... Pero ¿es posible?

TÉLLEZ

Sí, es posible que se estén divirtiendo con él.

FELICIA

No, no. Esos aplausos son de verdad; los conozco. Dime, ¿cómo ha estado Jacinto en el segundo acto?

TÉLLEZ

¿Cómo ha de estar? Como siempre; pero su papel es el único que tiene relieve.

FELICIA

Es que...; mira, Jacinto no es lo que parece... Tiene ideas muy claras; siente el arte.

TÉLLEZ

El arte sí que le siente a él.

FELICIA

No, no; con preocupaciones no se juzga. Yo tampoco le daba importancia como actor; al contrario, le quise por eso mismo, por lástima. Las mujeres preferimos dar nuestro cariño de limosna mejor que de premio. Célebre y aplaudido, quizás no me hubiera casado con él.

TÉLLEZ

Pero ¿es posible que te preocupes?

FELICIA

No. ¿Preocuparme? *(Pausa.)*

TÉLLEZ

Oye. ¿Tienes ahí diez pesetas?

FELICIA

No; yo no tengo un cuarto. Jacinto es quien... Pídeselas a él.

TÉLLEZ

¿A él? ¡No faltaba otra cosa! ¡Es decir, que el caballero se guarda muy bonitamente lo que tú ganas, y ni siquiera te deja disponer de ello! ¿Y tú lo consientes?

FELICIA

Pero si él a mí no me niega nada..., si es que...

TÉLLEZ

¡Poca vergüenza! Es decir, que no contento con cobrar un sueldo que no cobraría si no fuera por ti, también quiere disponer de lo que tú ganas...

FELICIA

Si te hace falta ese dinero, pídelo de mi parte en Contaduría.

TÉLLEZ

¿En Contaduría? Ya he pedido allí cinco duros. ¿Tú crees que yo voy a rebajarme a pedir dos veces seguidas en Contaduría?

NOGUERA

¿Se puede?

FELICIA

Pase usted, Noguera; pase usted.

NOGUERA

(Entra con Arenales.) Felicia, tengo el gusto de presentar a usted a don Andrés Arenales, distinguido joven que pronto compartirá con nosotros las glorias y fatigas del arte.

ARENALES

Señora, tanto gusto...

FELICIA

Ya me habían hablado de usted... ¿De modo que piensa usted dedicarse al teatro?

ARENALES

¡En cuerpo y alma! Mi vocación es irresistible.

NOGUERA

Sí, querida Felicia, irresistible. Pero nosotros debemos felicitarnos de contar entre nuestros compañeros a una persona distinguidísima.

ARENALES

Es lo único que tengo en mi favor: la costumbre de frecuentar la sociedad, de vestirme, de moverme con soltura... No lo digo por ustedes; ustedes son grandes artistas; pero es lastimoso ver cómo se presentan algunos actores en escena. ¡Qué levitas! ¡Qué corbatas! ¡Qué caída de pantalones! Y hoy se necesitan actores a la moderna, que sean personas distinguidas, de sociedad..., que sepan representar un caballero de verdad.

NOGUERA

Sí; antes los caballeros en el teatro eran de cartón, como los pollos.

FELICIA

Y ¿con qué piensa usted salir?

ARENALES

Con un frac que me han traído de Londres.

FELICIA

Sí; pero ¿en qué obra?

ARENALES

No lo sé. Yo quisiera algo muy moderno. Quisiera dar una nota nueva.

NOGUERA

Imposible; no hay más que siete.

FELICIA

En el teatro es muy difícil encontrar nada nuevo.

ARENALES

Eso dice su marido de usted, a quien he consultado... Vea usted; su esposo es un actor a la moderna. Por lo menos esta noche se ha revelado como tal.

FELICIA

Pero ¿en efecto...?

ARENALES

¡Oh! Sí, sí. Está admirable. A mí me ha recordado a Coquelin Cadet.

FELICIA

(A Téllez.) ¿Oyes? ¿Qué dices ahora?

TÉLLEZ

Que debes exigir que le suban el sueldo. Tres duros más.

FELICIA

Pero, Noguera, ¿es verdad que Jacinto...?

NOGUERA

Al público le ha gustado mucho. *(Aplausos.)* ¡Oye usted? El mutis.

FELICIA

¡Pero eso es un triunfo!

ARENALES

¡Un triunfo! Lástima que haya vestido este acto de frac; yo lo hubiera vestido de americana..., corbata de plastón hecho a mano, alfiler de herradura y *bouquet* de rosa de te con *muguet* y *forguet me not.*

TRASPUNTE

(Saliendo.) Señor Noguera.

NOGUERA

Voy.

TÉLLEZ

Amigo Noguera, antes de salir a escena, un cigarrito; haga el favor.

NOGUERA

Tome usted.

TÉLLEZ

(Aparte.) ¡De a cuarenta! ¡No le dará vergüenza, con catorce duros de sueldo!

NOGUERA

(A Felicia.) Nosotros sí que nos lucimos esta noche. ¡Vaya unos papelitos!

FELICIA

Usted siquiera puede hacer algo.

NOGUERA

¿En dónde? ¡Si no tengo nada! Usted siquiera en la escena última con su marido...

FELICIA

Pero ¡qué quiere usted que haga si no tengo frase!...

NOGUERA

Pero una actriz como usted puede hacer mucho con la cara...

ARENALES

Una actriz puede hacer mucho siempre con la cara. *(Sale el traspunte.)*

FELICIA

Estos autores inexpertos...

NOGUERA

¡Voy! *(Al traspunte.)* Don Teodoro es el único... *(Vase detrás del traspunte.)*

ESCENA IX

Dichos menos NOGUERA

ARENALES

Los autores españoles no tienen idea de nada. Si esta obra pasara en el gran mundo y las actrices pudieran lucir *toilettes*... Pero entre gente cursi, ¿qué podrá pasar de interesante? ¿A quién puede importarle que la mujer de un procurador engañe a su marido? Si se tratara de una señora del gran mundo... En primer lugar sería más verosímil... ¡Y qué trajes podría usted lucir! En la escena de la caída, un *deshabillé* de tul verde crepúsculo... El último grito... ¿Ha visto usted *Amantes* en la compañía francesa? No quiero decir que las artistas francesas puedan enseñarla a usted nada... Pero las obras... ¡Oh! ¡Las obras! Con algo así debutaría yo... ¿Quiere usted que hagamos los *Amantes*?

FELICIA

¡Imposible! Aquí no se admiten arreglos.

ARENALES

¡Ya me veo en los cinco actos! En el primero, traje de mañana a la *boutonnière,* clavel rojo; en el segundo, *habit* de *soirée* a la *boutonnière,* crisantemo blanco; en el tercero, de viaje a la *boutonnière...*

TÉLLEZ

¿De viaje? Siemprevivas.

ARENALES

¡Oh! ¡Con esa obra me hacía yo un puesto en el teatro!

TÉLLEZ

Sí; el puesto de flores.

FELICIA

¡Qué impertinente!... ¡Y Jacinto no sube!...

ESCENA X

Dichos y DON RICARDO

RICARDO

¡Ay Felicia! Vengo huyendo de doña Laura; me han dicho que está en el teatro.

FELICIA

¡Qué calamidad! Vendrá a comprometernos para el consabido beneficio de todos los años... Usted tiene la culpa. ¡Usted no le niega nada!

RICARDO

¿Qué quiere usted? He sido joven, doña Laura también... Hubo un tiempo en que yo fuí empresario por amor... Ahora si tengo algún amor es porque soy empresario..., amor de nómina.

FELICIA

Vamos, nominal.

RICARDO

¡Ay! Sí. Completamente nominal.

FELICIA

Bueno, dejemos a doña Laura; ya sabemos que no hay escape. ¿Qué me dice usted de Jacinto?

RICARDO

¿Ha visto usted? ¡Nada! Que ha salvado la obra. El autor está loco, el público lo mismo. ¡Yo me he quedado tonto!

ARENALES

Y yo.

RICARDO

No, usted se ha quedado lo mismo que estaba; usted no se entusiasma.

FELICIA

¡Válgame Dios! ¡Qué efectos produce mi marido!

RICARDO

Y créalo usted. Todo consiste en que ha estado muy natural.

ARENALES

Es lo que yo digo; la escuela moderna.

RICARDO

El público de ahora pide naturalidad; los latiguillos, los desplantes no convencen a nadie. Ahí tiene usted a Noguera; se desgañita, y ni un aplauso.

FELICIA

¿De modo que Jacinto es el gran actor de la compañía? El de la buena escuela. Nosotros, los de los latiguillos, estamos mandados retirar... ¿No es eso? Nos desgañitamos, y nadie nos aplaude...; y a él en cambio...

RICARDO

¡Pero Felicia...! Yo no he dicho...

FELICIA

¿Sabe usted que veo muy claro lo que hay en todo esto?... Una intriga...

RICARDO

¡Pero Felicia...!

FELICIA

¡No me diga usted! Hoy tenía orden la *claque* de no aplaudirme. Por eso no me ha aplaudido nadie.

RICARDO

¡Felicita, por Dios!

TÉLLEZ

Algo, algo debe haber. Todos los de la *claque* fumaban hoy puro de a veinte. El jefe me ha dado uno. *(Sacando un cigarro.)*

RICARDO

Del autor.

TÉLLEZ

No, el autor se los ha dado de a diez. *(Sacando otro.)*

FELICIA

¡Claro! Con las obras que ahora se escriben, las empresas creen que pueden defenderse con una compañía de racionistas, y las primeras figuras estorbamos.

RICARDO

Atiéndame usted, Felicita; si usted sabe muy bien que es usted la primera...

FELICIA

Como dice usted que el público se ha cansado de mí...

RICARDO

¡Felicia!

FELICIA

¡Que hay otros actores...!

RICARDO

Pero eso no debe disgustarle a usted. Se trata de su marido.

FELICIA

¿Y dónde se ha quedado? ¿Por qué no sube al cuarto?

RICARDO

No le dejan. Todo el mundo le abraza... Ya sabe usted cuánto le quieren todos en el teatro.

FELICIA

¡Ya! Y prefiere los plácemes de todos al de su mujer. Estará de conversación con la Núñez.

RICARDO

¡Por Dios, Felicia! No se equivoque usted de celos... Bien sabe usted que su marido... ¡Aquí le tiene usted!...

ESCENA XI

Dichos y JACINTO

JACINTO

(Muy alegre.) ¡Felicia, Felicia! ¿Has oído? ¿Te han dicho...?

FELICIA

Sí, hombre, sí; ya puedes estar satisfecho.

ARENALES

¡Muy bien! ¡Admirable! Me ha recordado usted a Coquelin Cadet...

JACINTO

(A Felicia.) Ya puedes salir sin miedo. La obra va muy bien.

FELICIA

Gracias a ti... ¿No es eso?

JACINTO

Yo no sé. No puedo explicarme lo que me ha pasado. Nunca he salido a escena con menos ganas de trabajar, con menos dominio del papel; nunca me he sentido menos cómico... Y por lo mismo, he hablado como hablo ahora... Y sin pensar he hecho reir, y sin querer he conmovido al público, y cuando menos lo esperaba me han aplaudido, y entonces..., no sé lo que sentí; parecía que hablaba otro dentro de mí...; mi propia voz me sonaba como la de un extraño..., y yo mismo me entusiasmaba al oirla..., y reía de verdad, y se me saltaron las lágrimas... Y cuando dije aquello de: «Pero yo, pobre de mí, ¿qué he hecho para que esa mujer me odie? ¡Sí, yo nun-

ca me creí digno de su cariño, pero de su odio...! Entonces valgo más de lo que yo creí... No soy tan insignificante... ¡Me odia! ¡Pues del odio hay menos distancia al amor que de la indiferencia! ¡Bendito sea el odio!» No sé cómo lo dije... Mejor que ahora, mucho mejor... Era otra cosa... Ya te digo..., otro yo..., que hablaba dentro de mí...; ahora pienso que debías ser tú... Tú, no hay duda. Te llevo tan adentro y eres tan artista, que sentí por ti, y me expresé por ti y por ti me aplaudieron.

FELICIA

¿Por mí? No. *(Pesarosa.)* Yo nunca te he dado un consejo.

RICARDO

¡Vaya! Algo se aprende. Yo sé que en casa de usted le ensayará.

ARENALES

¡Si yo tuviera una maestra como usted!

FELICIA

Pero si yo nunca...

JACINTO

Es la verdad. Nunca me dice nada.

TRASPUNTE

(Saliendo.) Señora Téllez...

JACINTO

Ahora va. En esta escena te aplauden. De seguro.

FELICIA

No, esta noche no hay aplausos para mí. El público está por lo moderno.

JACINTO

(Con convicción.) Mira, tienes razón. Procura no sacar efectos preparados... Mucha verdad... No te entones demasiado... El público se sabe de memoria los tranquillos y...

FELICIA

¿Oyen ustedes? ¡Si es él mi maestro! Ahora sí que voy a adelantar en mi carrera... A ver, dame consejos. ¿Qué debo hacer? Nada de efectos. Nada de tranquillos... ¡Verdad! ¡Naturalidad!... ¿No es eso? ¡Qué lástima no haberte visto! ¡Ja, ja! ¡Tú mi maestro! ¡Tiene gracia! ¡Mucha gracia! *(Vase riendo.)*

ESCENA XII

Dichos menos FELICIA

TÉLLEZ

Sonó la flauta..., y lo has tomado en serio.

JACINTO

(Pensativo.) En serio, muy en serio. Más de lo que tú crees. He oído esta noche los primeros aplausos..., y ya sé a lo que saben. Era muy poco; ya soy demasiado. Para los demás, ¿qué me importa? Pero ver en mi mujer a la actriz celosa antes que a la mujer enamorada... ¡No era cariño el suyo..., era protección compasiva! Yo era el humillado, el infeliz...; ahora robo un aplauso y soy el rival probable... Antes muy bajo, y ahora muy alto. Ni antes ni ahora a la altura de su corazón.

RICARDO

¡Qué sensible está usted! No nos haga usted escenas de *Un Drama nuevo*. Para representar el Yorik le faltan

a usted condiciones... Pero ya vendrán, ya vendrán papelitos... Hay que aprovechar las rachas. Sabe usted que tenemos obra de don Teodoro.

JACINTO

¿De don Teodoro?

ARENALES

Sí, me ha prometido un papel. Un joven aristócrata. De frac en los tres actos. Cambiaré de chaleco y de botonaduras.

RICARDO

Ya verá usted qué papel el de Felicia... A la medida.

JACINTO

¿Y sabe Felicia...?

RICARDO

¡Ya lo creo! La obra lleva su nombre. *Felicia* es título de cartel.

JACINTO

Pero es que yo no puedo consentir...

RICARDO

¿Consentir? ¿Qué?

JACINTO

Que mientras esté aquí Felicia se estrenen obras de don Teodoro.

RICARDO

¡Vaya, vaya! A usted se le han subido los aplausos a la cabeza... ¿Si querrá usted imponernos autores y obras?

JACINTO

A ustedes, no; a mi mujer, sí. Cuando estaba soltera, don Teodoro ha galanteado a Felicia, y por vanidad o

por mala intención ha dejado que todos murmurasen... Y su mujer, que es una loca, dió varios escándalos y fué diciendo a todo el mundo que había sorprendido a su marido en dos ocasiones con Felicia...

RICARDO

¿Quién hace caso? Nunca debe uno creer más que la mitad de lo que dice la gente. ¿De quién no hablan?

ARENALES

El que vive del público... Ya verán ustedes cuando yo debute lo que dicen de mí. Ya dicen que me ha recomendado la señora de un ministro.

TÉLLEZ

Yo había oído que el ministro mismo.

RICARDO

¿Conque lo toma usted de esa manera?

JACINTO

Por supuesto. Si quiere usted estrenar de don Teodoro, Felicia y yo dejamos de pertenecer a la compañía.

RICARDO

Es que Felicia ha dado su palabra.

JACINTO

Felicia hará lo que yo diga. Soy el marido.

RICARDO

¡El marido! ¡Vaya! Esta noche no está usted en su centro. Al que no está hecho a bragas...

JACINTO

¿Quiere usted decir que no sé llevar los pantalones?

RICARDO

No saque usted las cosas de quicio. Yo no he querido ofenderle...

ARENALES

(Conciliador.) Habrá querido decir que no tienen buen corte, corte inglés.

JACINTO

¡No sea usted ridículo!

ARENALES

¿Ha dicho usted ridículo?

JACINTO

Y le parece a usted poco, ¿no es eso? Pues le llamaré mamarracho.

TÉLLEZ

Pero ¡Jacinto! ¡Este hombre es otro hombre!

RICARDO

¡Señores!

ARENALES

Está bien. Me dará usted una explicación en el acto.

TÉLLEZ

Déjenla ustedes para el entreacto.

ARENALES

Está usted en su cuarto..., en el cuarto de su señora. En el saloncillo le espero a usted. Me ha dicho mamarracho y ridículo. No lo olviden ustedes. Veremos qué explicación da usted a esas palabras...

JACINTO

La misma que dé el Diccionario. No reconozco otra autoridad. *(Vase Arenales.)*

ESCENA XIII

Dichos menos ARENALES

TÉLLEZ

¿Pero vas a tener un lance por una tontería?

RICARDO

No le conozco a usted.

JACINTO

¿También quiere usted imponerme a ese títere? ¡Si no le admitieran ustedes en el teatro!

RICARDO

Por eso no reñiremos. Estamos conformes. Pero ¿qué quiere usted? Es un joven distinguido. En otros tiempos a esos señoritos los mandaban a Cuba o a Filipinas con un destinito, muy bien recomendados; pero ahora nos los mandan a las empresas, muy bien recomendados también. ¡Esto subleva!

TÉLLEZ

Y lo otro también, créame usted.

RICARDO

Pero no hay que dar importancia...

JACINTO

Sí, señor. Usted ha dado lugar a que ese caballerete se atreviera conmigo. Pues no se saldrá usted con la suya. Felicia no estrenará la obra de don Teodoro.

RICARDO

Pues cerraré el teatro. Sin obra no hay temporada.

TÉLLEZ

(A don Ricardo.) No haga usted caso. Jacinto se avendrá a todo. Lo que debe usted hacer es subirle el sueldo... después de lo de esta noche... *(A Jacinto.)* Vamos, hombre, don Ricardo te subirá el sueldo... Transige... Yo lo arreglaré. *(A don Ricardo.)* Ofrézcale usted tres duros... *(A Jacinto.)* Pídele cinco duros.

ESCENA XIV

Dichos y FELICIA del brazo de DIÉGUEZ

DIÉGUEZ

¡Agua, agua! ¡Un abanico!

RICARDO

¿Qué ocurre?

JACINTO

¿Qué pasa?

DIÉGUEZ

No se asusten ustedes. La obra ha vuelto a torcerse. Al concluir Felicia su escena, una parte del público quiso aplaudir, y otra, la más numerosa, se echó encima. Felicia se ha emocionado... Tranquilícese usted... Yo confiaba... Pero no hay remedio... Sólo ha sido un triunfo personal para usted..., amigo mío...

JACINTO

¿Usted cree...? ¿Qué le ha parecido a usted aquella frase de...?

FELICIA

¡Jacinto!

JACINTO

¡Ay, pobrecita!

FELICIA

Estoy muy nerviosa. No sé si podré dominarme.

RICARDO

Tome usted algo; azahar, éter...

JACINTO

(Buscando.) Aquí no hay nada. *(A Téllez.)* Corre; ve al cuarto de la Núñez, a ver si tiene un poco de azahar.

DIÉGUEZ

¡No! Ya lo hemos pedido. Dice que no le queda nada.

JACINTO

Toma un poco de agua.

DIÉGUEZ

Se desencadenó la fiera. Les dejo a ustedes... Que no sea nada. ¡Todo se ha perdido!... ¡A otra!... Este asunto es un acto con música... *(Vase.)*

RICARDO

Si ya lo decíamos todos.

FELICIA

Supongo que mañana no irá esta obra.

RICARDO

Está bien; se hará lo que usted quiera.

JACINTO

¿Cómo? ¿Ni las tres noches de reglamento? ¿Van ustedes a hacer al autor esa mala obra?...

RICARDO

Eso sería si le siguiéramos haciendo ésta.

JACINTO

¡Y mi triunfo! ¡Y mi trabajo! ¡Perdidos! No se me conceden siquiera tres noches.

RICARDO

Eso cuénteselo usted a su mujer. En cuanto a la obra de don Teodoro...

JACINTO

No transijo.

RICARDO

Acepte usted *modus vivendi*. Le subiré a usted el sueldo.

TÉLLEZ

Acepta... ese *vivendi*.

JACINTO

No y no. Esa píldora no admite dorado... Mi decoro...

FELICIA

¿Y el mío? ¿Vas a hacer caso de habladurías? Yo necesito hacer todo mi repertorio y estrenar esa obra, porque este año me estoy matando artísticamente..., y no estoy dispuesta a perder mi reputación.

JACINTO

Pues lo parece.

FELICIA

Y no consiento que se dude de mí como mujer ni como artista.

JACINTO

¡Felicia, Felicia! Hemos dejado de pertenecer a la compañía.

FELICIA

Puedes hacer lo que te dé la gana. Yo estoy aquí y aquí seguiré.

JACINTO

Lo veremos. Soy tu marido.

RICARDO

¡Señores!

JACINTO

Daré un escándalo.

RICARDO

¡Deténgale usted! *(A Téllez.)* ¡Jacinto..., treinta pesetas! Dígale usted que treinta...

JACINTO

¡Déjame, déjame!

TRASPUNTE

(Saliendo.) ¡Señora Téllez...! ¡Señor García...!

JACINTO

¡Señor García! Ya tengo apellido. ¡Oye usted! Ya no soy el marido de la Téllez. *(Vase.)*

FELICIA

A mí me va a dar algo en escena. *(Vase.)*

RICARDO

Su cuñado de usted está loco... Se le han subido los aplausos a la cabeza... Si se encuentra con don Teodoro, temo...

TÉLLEZ

No tenga usted cuidado. ¡Todo se arreglará! Ahora le darán un pateo y se le bajarán los humos.

RICARDO

¡Y qué humos! Bueno que se sienta primer actor...; pero marido... y de carácter... Voy, voy al escenario... ¡Adiós! ¡Doña Laura! ¡Esto nos faltaba!

ESCENA XV

DON RICARDO, TÉLLEZ y DOÑA LAURA

LAURA

No se me escapa usted. Muy buenas noches. Ya es hora de que le eche a usted la vista encima. Ocho días que ando detrás de usted como una loca.

RICARDO

Pues llega usted en mala ocasión, porque...

LAURA

¡Ay! ¡Qué hombre! Si creerá usted que le vengo a molestar... Hágame usted el obsequio. Con su permiso, voy a sentarme. Buenas noches, Téllez; ya he saludado a su hermana, tan guapa; está de mejor color que el año pasado... No se la conoce...

TÉLLEZ

Sí, está muy mejorada.

LAURA

No, digo que no se la conoce, porque me habían dicho que...

TÉLLEZ

Cosas de los abonados. No lo crea usted.

RICARDO

Conque doña Laura...

LAURA

No me llame usted doña. Eso es bueno para los que me han conocido de ayer como quien dice...; pero entre nosotros..., usted siempre será para mí... Ricardo..., más que eso..., *Cardito.* ¿Se acuerda usted?

RICARDO

¡Cardito! ¡Qué recuerdos!

LAURA

Ya sabe usted a lo que vengo. A lo del beneficio. He hablado con Noguera...

RICARDO

¡Pero este año también da usted beneficio!

LAURA

Ya lo sabe usted: para redimir a mi hijo menor.

TÉLLEZ

Pero ¿se puede saber cuántos hijos tiene usted?

LAURA

Cuente usted, a beneficio por hijo...

TÉLLEZ

Pues debe de haber un regimiento de baja en el ejército, por lo menos...

LAURA

Calle usted. ¡Pobres hijos! ¡En lo que me he visto para sacarlos adelante! Graeias a que todo el mundo los mira como cosa suya y los protege..., y a todos he podido redimirlos del servicio de las armas.

RICARDO

¡Ay! A usted sí que la redimiría yo del servicio de un arma, especialmente.

LAURA

¿A mí, de cuál?

RICARDO

Del sable.

LAURA

No me diga usted. Cualquiera dirá que yo molesto. Otras hay que con menos motivo... Ahí tiene usted a la viuda de Castañeda, que todos los años se saca de dos a tres mil pesetas de beneficios. ¿Y qué tiene ella que ver con el teatro? Que su padre fué músico del Príncipe; pues el mío fué apuntador y mi marido barba y empresa en provincias, y yo estuve de dama joven con Pizarroso, sólo que siempre tuve estos ahoguillos y me dijeron los médicos que seguir yo en el teatro era tirarme a matar.

TÉLLEZ

Y en las tablas. ¡Buen volapié!

LAURA

¡Ay! ¡Guasa viva! Búrlese usted de esta pobre viuda que nadie sabe lo que yo he pasado. En fin, ya sabe usted: para el día 20 arreglaremos eso. A ver si consigue usted que no me cobren la casa. Son muchos gastos. Al sexteto y a las asistencias ya he conseguido dejarlos en la mitad.

TÉLLEZ

Lo creo.

LAURA

El programa es muy variado. Tres actos y cinco monólogos. Felicia y Noguera han quedado en hacerme uno,

RICARDO

Está bien; pero uno en que no trabajen más que ellos dos; no me enrede usted a toda la compañía.

LAURA

¡Pero, hijo, no sabe usted lo que es un monólogo! No habrá usted hecho tantos como yo... ¡Ah!, también quiero que trabaje el marido de su hermana de usted, porque después de lo de esta noche... Dicen que se ha metido a todos en el bolsillo. ¡Bueno estará Noguera! Por supuesto, no sé por dónde ha llegado Noguera a primer actor. Yo, que le he conocido de meritorio, cuando el público le metía dentro todas las noches..., y ahora... Por supuesto, si no hay nada. ¡Cómo está el teatro!... ¿Y ellas? Si me quita usted a Felicia...

TÉLLEZ

Sí, quítela usted ahora, que estoy yo delante.

LAURA

Por Dios, ¡usted cree que yo soy de las que hablan por detrás! Yo quiero muchísimo a Felicia, y sé lo que vale, porque la he visto empezar con *Hija y Madre,* y estaba en la compañía de mi esposo cuando se reveló en *Los Hijos de Eduardo* haciendo un príncipe... ¡Fué un escándalo! Luego Felicia es guapa, joven, sabe vestirse, no es como la Núñez... ¿Cómo tiene usted a esa mujer en la compañía? ¡Cómo se viste! ¡Qué sombrero me saca esta noche! Bien, que ella siempre se ha puesto el mundo por montera. Pues si no viste bien no será por falta de amigos que paguen...; pero más parece que la visten los enemigos... ¿Y qué edad tiene esa mujer? Si lo menos... Deje usted... Se ha casado dos veces, y aunque se casara la primera vez a los quince y cada marido no le haya durado más que cinco años, ¡qué menos puede

durar un marido!, quince y doce que lleva viuda, treinta y siete... ¡Y tiene el valor de hacer damas jóvenes!... A propósito, tengo que traerle a usted una muchacha.

RICARDO

¿Otra meritoria?

LAURA

No, señor. Me la contratará usted con un durito. Le advierto a usted que lo vale. Es de muy buena familia, pero se murió el padre...; ella estaba para casarse muy bien, pero el novio la dejó plantada... ¡Y cómo la dejó! Con todo hecho; cinco días faltaban para la boda. La muchacha tiene condiciones. Mucho genio de artista. Yo creo que ha de quitar muchos moños en el teatro...

RICARDO

¡Ya lo creo! Si tiene genio... ¡Vaya, doña..., vaya Laurita!

LAURA

Sí, ya me retiro; no me mande usted retirar. Ya no se acuerda usted de nada... Todos los hombres son lo mismo: ingratos...

RICARDO

¡Todos!

LAURA

Todos, sí, señor; todos.

RICARDO

No creí que podía usted hablar de tantos; pero me parece que yo...

LAURA

De usted no puedo hablar por la parte que me toca... Al fin me ha hecho usted muchos beneficios...

RICARDO

Lo menos cuarenta.

LAURA

Y siempre cuento con su compañía y con su teatro. Conque, ¿cuándo quiere usted que le traiga a esa joven? ¡Ah! No se habrá usted olvidado de la placita de acomodador que le pedí. Es una obra de caridad. Ahora que me acuerdo; aquí le traigo a usted unas papeletas.

RICARDO

¡Por Dios, doña Laura...!

LAURA

¡No sea usted así! Son de una rifa. Un almohadón de terciopelo con un faisán de la China, bordado en colores. ¡Una preciosidad! Figúrese usted que le toca; volvemos a rifarlo. Lo ha bordado una chica del tercero de casa. Y lo rifan para socorrerse. Le dejo a usted veinticinco. Ya me las pagará usted..., no es puñalada de pícaro. También me debe usted otras. Me las pagará usted todas juntas. A usted le dejo otras veinticinco. Ya le hablaré a Felicia.

TÉLLEZ

Mire usted que los tiempos...

LAURA

¿Los tiempos? Con estas entradas y esas nóminas que cobran ustedes... ¡Vergüenza me daría! Ya ve usted..., yo, pobre de mí, las he tomado todas; gracias a que las voy repartiendo como puedo. Vaya, les dejo a ustedes. Estos días no descanso. Por eso no vengo por aquí... Luego dan ustedes unas funciones... A ver cuándo hacen ustedes algo que valga la pena, para pedir un vale. Tengo que convidar a unas amigas; pero estas noches, aunque regale una los billetes no los agradecen. Animen ustedes esto,

Necesitan ustedes una obra que caliente el teatro. Adiós, Téllez; diga usted a Felicia que no la espero porque estoy loca. Ahora voy al Español a ver si me hacen algo de eso clásico que ahora está de moda, y desde allí a Lara, a ver si Balbina quiere hacerme *El día completo* o *La última carta*. Quiero que sea un programa muy variado. ¡Ah! Déjeme usted un par de monedas de dos pesetas. He tomado un coche por horas y no llevo suelto.

RICARDO

Ahí van cinco. Y no vuelva usted por aquí hasta el día 20.

LAURA

No dirá usted que abuso. ¿Le dará a usted lo mismo dármelas sueltas? Tengo miedo de que me den alguna falsa en la vuelta.

RICARDO

Señora...

LAURA

Se me olvidaba lo principal. No se asuste usted. ¿No tiene usted ahora ningún cuarto desalquilado en su casa de la calle Peninsular? ¡Yo siempre buscando cuartos!

RICARDO

Pues, señora, no tengo ni un cuarto.

LAURA

Tengo que mudarme y no encuentro nada. Los caseros son imposibles. He tenido un disgusto con el último... ¿Creerá usted que ha querido empapelarme?

TÉLLEZ

¿Y por eso se enfada usted?

LAURA

¡Empapelarme a mí! ¡Ponerme por justicia! Todo por una porquería... Porque quiso subirme al cuarto. ¡Ya ve usted! Un piso quinto con entresuelo...

RICARDO

Y usted lo bajó de golpe.

LAURA

Claro está; y aunque me embargue no le pago. Yo soy así. El lunes tengo juicio. Veremos lo que resulta. ¿No conoce usted, por casualidad, al juez de mi distrito?

RICARDO

No, señora; no conozco a ningún juez.

LAURA

Creí. Como ha sido usted concejal del distrito tanto tiempo...

RICARDO

Pero no conozco a ningún juez ni de vista.

LAURA

Vaya; ustedes perdonen tanta molestia. Muy buenas noches... ¡Ay! Lo que pasa una para disponer un beneficio. *(Vase.)*

ESCENA XVI

DON RICARDO, TÉLLEZ, y después PEPE y NOGUERA

RICARDO

¡Qué mujer!

TÉLLEZ

Todos los años nos vuelve locos con el beneficio. To-

dos los días le trae a usted papeletas y le pide vales y le presenta meritorias, y usted...

RICARDO

El hombre es débil..., es decir, lo fué..., y lo es..., lo es... ¡Pero aquellas eran otras debilidades!

PEPE

(Saliendo con Noguera.) ¿Y el autor? ¿Dónde se ha metido? No parece por ninguna parte.

TÉLLEZ

Se marchó viendo el pleito perdido. ¿Qué sucede?

NOGUERA

¡Calle usted! El público es loco. Ahora ha vuelto a aplaudir en la escena de Felicia con su marido. Sólo falta el final, y es posible que llamen al autor, si la *claque* y los amigos hacen un esfuerzo, y todavía puede salvarse la obra.

RICARDO

Pero esta obra es la flor de la maravilla.

PEPE

¿Y dice usted que Diéguez se ha marchado? Es preciso buscarle. Estará desesperado. Tenía sus ilusiones puestas en esta obra. Corro. Es posible que haga un disparate.

TÉLLEZ

No tema usted; no se ha desanimado. Dijo que pensaba escribir otra obra...

PEPE

¿No lo dije? ¡Un disparate! *(Vase.)*
(Aplausos dentro.)

NOGUERA

¿Oyen ustedes? ¡Aplauden! El final. Vamos a la gloria. *(Vase.)*

RICARDO

No hay duda de que la noche ha sido para Jacinto. Es preciso subirle el sueldo, pero que transija con don Teodoro.

TÉLLEZ

Yo me encargo de eso. Por lo pronto, déme usted dos duros.

RICARDO

Yo pensaba darle cinco.

TÉLLEZ

No..., si esos dos duros son para mí, para ahora...

RICARDO

¡Ah! Vamos.

TÉLLEZ

Pídaselos usted a mi cuñado, me los debe. Pensaba pedírselos a él.

RICARDO

Tome usted.

TÉLLEZ

Y no tenga usted cuidado. Estrenaremos la obra y se hartará usted de ganar dinero.

ESCENA XVII

DICHOS, FELICIA y JACINTO

JACINTO

(Desde la puerta, como saludando a gente que se supone fuera.) Gracias, muchas gracias, señores. Se ha hecho lo que se ha podido... Ya veremos... Un paso, un pasito nada más.

FELICIA

Mira: que no entre aquí toda esa gente. Vete al saloncillo. Llenan esto de humo..., y que no tengo ganas de ver a nadie... Anda, anda...

JACINTO

¡Felicia!

VOCES

(Dentro.) ¡Jacinto! ¡Señor García! ¡Venga usted acá! ¡Bravo! ¡Admirable! *(Vase Jacinto.)*

FELICIA

(Cerrando la puerta.) Si no cierro... ¡Ah! ¡Qué noche!

RICARDO

¿Está usted mejor?

TÉLLEZ

Y por fin..., ¿la comedia...?

FELICIA

Por fin, entre siseos y palmadas, hemos podido decir el nombre del autor. Pero el triunfo ha sido de mi señor marido... ¡Así está él! ¿Sabe usted lo que ha dicho a don Teodoro?

RICARDO

¡Cómo! ¿Se ha visto con él? ¡Lo que yo temía!

FELICIA

¡Calle usted, calle usted! Le ha dicho en redondo que yo no representaría ninguna obra suya, y le ha llamado trapisondista.

RICARDO

¡Trapisondista!

FELICIA

¡Usted no sabe! Dice que se retira del teatro.

TÉLLEZ

Ya lo pensará: son diez y seis duros.

RICARDO

Por mí, puede hacer lo que guste. Por usted lo siento. Después de todo, la obra de este año puede estrenarse sin usted. El protagonista estaba pensado para galán, y don Teodoro le había hecho dama por complacer a usted. Ahora puede volverlo a su ser natural y lo hará Noguera; tendrá un triunfo..., porque hay situaciones... Cuando cree que su marido la engaña, es decir, ahora será la mujer... ¡Nada se ha perdido!

FELICIA

¡Retirarme yo! ¡Después de esta temporada de fracasos! ¡Dejar mi puesto a otra! ¡A la Núñez! ¡Qué más quisiera ella! ¡No, no y no! ¡Me separaré de él! ¡Daré un escándalo! Debo al Arte y al público lo que soy, y el Arte es primero.

TÉLLEZ

No te aflijas. No estás sola en el mundo. Puedes separarte. Ese hombre te ha engañado. Creíste que era mal

cómico, pero buen marido, y resulta todo lo contrario. Hay substitución de personas.

RICARDO

No volveré a contratar matrimonios. Toda actriz que entre en mi compañía... será libre.

ESCENA XVIII

Dichos y JACINTO

JACINTO

¡Ah! No puedo más.

RICARDO

¿De modo que por fin dió usted la campanada? Está bien.

JACINTO

¿No le conviene a usted? Pues hemos concluído. Las circunstancias han variado. Ahora mismo acaban de hacerme proposiciones muy ventajosas.

FELICIA

¿A ti solo?

JACINTO

A mí solo. ¿Crees que sólo a ti pueden hacerte proposiciones?

RICARDO

Y ¡dónde irá usted que más valga! Ha tirado usted su porvenir y el de Felicia... ¿Usted cree que don Teodoro es hombre para consentir que le falte ningún comiquillo?

JACINTO

El comiquillo es hombre y marido, y usted lo dice..., como soy un comiquillo, de las tres cosas he sacrificado lo que vale menos.

TÉLLEZ

Pero Felicia no podrá ser responsable de tus botaratadas...

JACINTO

Ese es asunto nuestro. Ella dirá.

FELICIA

No tengo que decir. Voy a desnudarme. Suplico que me dejen ustedes en paz. *(Entra en el vestuario.)*

JACINTO

Yo también les suplico que nos dejen en paz... Faltan tres días para la quincena. Haga usted el favor de decir en Contaduría que arreglen nuestra cuenta.

RICARDO

¡Corriente! ¡No tardará usted en volver a suplicarme! *(Vase.)*

TÉLLEZ

(Asomándose a la cortina.) ¡Felicia!... Háblale fuerte..., da lugar a que te maltrate... Nos llamas..., y demanda de divorcio. *(A Jacinto al salir.)* ¡Señor mío! No olvide usted que Felicia no está sola en el mundo. *(Vase.)*

ESCENA ÚLTIMA

FELICIA y JACINTO, y después el TRASPUNTE

FELICIA

(Dentro.) Cierra la puerta. Que no entre gente. No quiero ver a nadie. Supongo que ya habrá terminado el triunfo..., o ¿hay antorchas preparadas para la salida?

JACINTO

(Con amargura.) ¡Felicia!

FELICIA

No entres. Déjame.

JACINTO

Pero mujer..., tengo que vestirme para el fin de fiesta.

FELICIA

Vístete ahí; toma el traje... No me molestes. *(Le tira por entre los cortinas una americana y un chaleco.)*

JACINTO

(Recogiendo las prendas.) Está bien. Los pantalones, mujer..., que te has quedado con los pantalones.

FELICIA

Ahí van. Así no supiera lo que son pantalones. *(Jacinto empieza a cambiar de traje, sentado en una butaca de espaldas al público.)*

JACINTO

(De pie, en mangas de camisa.) ¡Felicia! ¡Esto no puede ser! ¿Por qué me tratas de ese modo?

FELICIA

(Asomando primero la cabeza entre las cortinas, después el busto y por último saliendo en falda bajera y en cuerpo interior.) ¡Ah! ¡Y lo preguntas! ¿Tienes el descaro de preguntarlo? El marido que en una noche, porque el público le celebra y le aplaude, se convierte en un tirano insufrible y pone en ridículo a su mujer y la obliga a desairar a todo el mundo, a perder su puesto en el teatro; el marido que me humilla como artista y como mujer...

JACINTO

¿Yo? ¿Yo?... Tú eres quien de mujer enamorada y compasiva te has convertido de pronto en artista celosa; tú quien por buscar el desquite como actriz has expuesto tu honra como mujer. Confiésalo, Felicia: si el triunfo de esta noche hubiera sido tuyo estarías gozosa, aunque a mí me hubiera hundido el público con su rechifla. ¿No comprendes que esto es muy triste? En vez de alentarme con tu cariño, que otras veces me ha consolado de muchos fracasos, conozco que he triunfado porque me retiras tu cariño. Otras veces me decías: ¿No te aplaude el público? Pero yo sí..., y mis aplausos eran tus besos...; y hoy que esperaba una ovación..., nada; triste, seria, celosa..., como si el público fuera mujer que te roba mi cariño...

FELICIA

¿Y no es eso? ¿Por qué gozas tú con tu triunfo sino porque es mi humillación? Porque te ves superior a mí; porque puedes decirme: Ya no necesito de ti, valgo tanto como tú... Y así lo manifiestas, y delante de todos te permites aconsejarme y te burlas de mis efectos preparados... ¿Cuándo has visto tú que yo tenga efectos preparados? Y si así fuera, si en eso estuviera mi defensa, ¿por qué me privas de trabajar en donde puedo defenderme? No te contentas con quitarme lo nuevo, y me quitas tam-

bién el repertorio... Pierdo mi puesto en Madrid; pierdo mis autores, mi público... ¡No! ¡No! Prefiero morirme en un rincón a correr a la ventura de teatro en teatro. ¿Quieres ser el superior, el fuerte?... ¿Te estorba mi nombre? Pues tú solo. Seré la mujer de García en mi casa; pero en el teatro, o soy la Téllez o no soy nadie.

JACINTO

¡Felicia! Si yo quiero subir, pero contigo..., con tu cariño, sostenido por ti, no disputándonos el paso a cada escalón, como dos rivales; y si el Arte sólo sirve de rivalidad, enhoramala el Arte.

FELICIA

No; yo no renuncio al teatro. Y ahora menos que nunca. Me ha costado mucho lograr el puesto que ocupo, para renunciar a él en un día; y no renuncio, no; no renuncio, y si no me comprendes, es que no tienes alma de artista.

JACINTO

No; tienes razón; no la tengo. A mí me ha costado muy poco el triunfo, y renuncio a él sin pena. ¿Estimas en más los aplausos que mi cariño? ¿Me quieres más obscuro, humilde y despreciado? No temas; no volverán a aplaudirme. Ya ves que sacrifico por ti, ¿quién sabe?, la gloria, el nombre... Pero vuelve a mirarme con cariño..., ¡vuelve a ser mi mujercita!

FELICIA

Bueno, déjame vestir. Voy a coger un enfriamiento; no estamos ahora en traje de reñir.

JACINTO

Al contrario. De hacer las paces. Si eres la primera actriz del mundo, si no hay otra como tú...

FELICIA

¿A pesar de mis efectos preparados?

JACINTO

¿Todavía te acuerdas? ¿Y qué? También yo tengo mis efectos preparados. Mírame con esos ojos tan bonitos...

FELICIA

¡Bonitos!

JACINTO

Con esos ojos de artista que lo expresan todo.

FELICIA

Has dudado de mí; me has ofendido.

JACINTO

Sí, dudé, porque he visto cuánto vale un aplauso para el artista. Perdóname, Felicia. Si cuando se sube más parece que se asalta, y al que está arriba, sólo porque está arriba le miramos como a enemigo, no intentaré subir más alto. La gloria se parece al amor; los aplausos suenan a besos. ¿No es verdad? Pero son su moneda falsa. Vas a pasarla y encuentras envidia, tristeza, por tu triunfo, en el amigo, en el compañero; ya ves, yo, ¡pobre de mí!, en ti misma.

FELICIA

¡Jacinto!... Es que tú no sabes lo que he sufrido esta noche. ¡Es tan difícil en nosotras diferenciar la admiración que inspira la actriz del cariño que inspira la mujer, que al pensar que el público ya no me admiraba, pensé que tú tampoco me querías!

JACINTO

¡Felicia mía!

TRASPUNTE

¡Vamos a empezar! *(Dentro.)*

FELICIA

Voy. ¡Antes de salir a escena, un aplauso en moneda legítima!... ¡De los que saben a gloria!...

JACINTO

Si lo iniciaran estos señores... *(Por el público.)* Porque al fin, tú lo has dicho, los aplausos suenan a besos; pero si nosotros nos besamos, estos señores se escandalizarán...; pero si estos señores aplauden, nosotros admitimos muy contentos el cambio, en moneda falsa..., falsa y todo.

TELÓN

DE ALIVIO

MONÓLOGO

Escrito expresamente para la Srta. D.ª Carmen Cobeña.

Estrenado en el Teatro de la Comedia la noche
del 27 de febrero de 1897.

A LA SEÑORITA DOÑA CARMEN COBEÑA

en testimonio de admiración, de agradecimiento y de cariño, su verdadero amigo

Jacinto.

PERSONAJES

CARMEN . . . . . SRTA. D.ª CARMEN COBEÑA.
UNA DONCELLA . . . . . (QUE NO HABLA.)

En Madrid.

DE ALIVIO

ESCENA ÚNICA

Gabinete elegante. — Aparato telefónico.

(Al levantarse el telón la doncella arregla unas flores en un jarrón.)

CARMEN

(Dentro.) ¡Eugenia! ¡Eugenia! Corre la persiana... Así. *(Sale.)* Entra mucho sol en el gabinete. Deja las flores; yo las arreglaré. *(Vase la doncella.)* ¡Qué sol más escandaloso! *(Dejando caer una cortina.)* Hoy me asusta la luz. *(Mirándose al espejo.)* Me parece que este vestido es demasiado claro. Cuando le elegí parecía otra cosa. Dominaba lo negro. Ahora parece que domina lo blanco. La modista me dijo que era el alivio más discreto; blanco y negro, a rayitas. Como dice Hinestrosa, luto de viuda, a rayas como las falsillas, para que no se tuerzan. *(Pausa.)* ¡Un año y dos días! ¡Cómo se pasa el tiempo! Se ha pasado el año sin sentir. ¡Ay, no! ¡Dios mío! Sintiendo mucho..., quiero decir que se ha pasado muy pronto. Estos dos días últimos me han parecido los más largos. Verdad es que han sido muy tristes. El aniversario, las visitas, recuerdos... Y todo el mundo, que me encuentra muy mejorada, más gruesa... Y me lo dicen con intención. La verdad es que estoy muy buena, a pesar de lo que he sufrido, porque he sufrido mucho. Como que este color no es natural...; es decir, natural, sí; porque yo no me

pinto como Felisa, que es una viuda al cromo. Pero ya se lo he dicho al médico; este color y este aspecto de buena salud no son propios de mi situación de ánimo. Debo tener alguna lesión, alguna lesión cardíaca; pero el médico dice que no tengo nada en el corazón... Tendré que cambiar de médico; yo creo que no me entiende. No sabe mandarme más que tila; todo lo más, bromuro... ¿Qué se habrá figurado? Y mucho ejercicio. Pase el ejercicio. Así he tenido un pretexto para pasear durante el luto. Pero ahora dice que no me convienen las visitas, ni las reuniones, ni los teatros: aire puro, mucho aire..., muy higiénico, pero muy aburrido; precisamente donde una puede divertirse es en los sitios cerrados. La Casa de Campo, la Moncloa; ni siquiera me permite el Retiro... ¡Cuando digo que no entiende mi enfermedad! Voy a decir a Felisa que me dé las señas de su médico; un homeópata; por supuesto, si le pregunto a Felisa las señas de su médico, ya sé lo que me contesta: rubio, con barba, buena figura, treinta y dos años..., porque la enfermedad de Felisa es crónica como el médico.

A una mujer sola, viuda y joven, debe asistirla un doctor venerable, como el mío, para que la gente no murmure. ¡Ay, qué difícil es el papel de viuda! Sin querer tiene una que pensar en dejarlo..., por el mundo. Todo lo que una hace se observa y se comenta. Es natural. Las mujeres nos miran con desconfianza, las solteras y las casadas; nuestro estado intermedio les inspira recelos; somos... algo así como las fronteras; por eso estamos tan vigiladas. ¡Y hay cada carabinero!

Luego, ¡las viudas tenemos una leyenda! Los que escriben comedias, ya se sabe, en cuanto tienen que sacar a una señora trapisondista, viudita. ¡Claro! Es lo más cómodo. Una viuda puede saber tanto como una casada, y puede remediarlo todo como una soltera..., y la moral siempre se salva. ¡Así es que andamos con unos enredos por esos teatros! Sobre todo, monólogo sin viuda no se

comprende. ¡No parece sino que las viudas nos pasamos la vida haciendo monólogos!

Como se escribió una *Perfecta casada* debía haberse escrito *La perfecta viuda,* para que supiéramos qué conducta seguir.

El año del luto, menos mal, entre la Casa de Campo y la iglesia..., por supuesto, iglesia que no tenga puertas a dos calles. Pero ahora, ¡de alivio! Esto sí que es un interregno dentro de otro interregno... ¿Interregno?... Sí, no quiero pensarlo; pero la restauración se impone. Lo difícil es elegir soberano... Entretanto, ¿qué vida debo hacer? ¿Qué relaciones debo frecuentar? Yo no puedo vivir encerrada entre cuatro paredes...; pero también, si me exhibo demasiado... ¿Por la mañana? No hay que preocuparse; como ahora, misa en San Pascual, compras..., media docena de libros en una goma y un paquetito de golosinas, lo justifican todo. ¿Por la tarde?... No, lo que es por la tarde se acabó la Casa de Campo; al Retiro en coche, a dar vueltas y vueltas alrededor de aquel demonio que mira al cielo tan enfadado; si mirara a la tierra, de seguro se ponía contento al ver con cuánto gusto nos lleva el diablo en coche por aquí abajo.

Si la tarde está fría o lluviosa, de visitas, visitas de confianza, agradables; las de cumplido que molestan se hacen en los días hermosos, de sol, para no encontrar a nadie en casa. ¿Por la noche?... La noche es lo más delicado.

Puedo atreverme con algún lunes clásico. Iré al palco de la marquesa de San Serení. Una señora muy respetable, de quien nadie puede decir nada... en este siglo, porque nadie la ha conocido joven. En bailes tampoco debo pensar todavía. El alivio de luto y el escote me parecen incompatibles, porque los escotes de alivio son ridículos..., y a mí me gusta escotarme o no escotarme. Yo no soy como la de Moncada, que consulta con el confesor cómo ha de vestirse; verdad que el escote de la de

Moncada es materia de fe. ¡Cuando el padre Romillo, que tiene la manga muy estrecha, la permite sesenta centímetros!

Nada, renuncio a los bailes. Afortunadamente, la marquesa de Tomillares recibe los viernes. A su casa puedo asistir; es una casa *comm'il faut,* sociedad muy escogida. Allí no se habla mal de nadie, ni de los amigos. No es como en casa de los de Santa Tecla. ¡Qué trapisonda! Allí se admite a todo el mundo. ¡Y qué mal tono! La de Santonja ¡canta unos *couplets* franceses! Y sirven helados de fresa y de flor de naranja en copas azules ¡y con copete! Trascienden a café de la esquina desde una legua. El marqués pregunta al ofrecerlos: «¿De qué color le gustan a usted más, querida?» ¡Es chistosa la casa de los marqueses de Santa Tecla! ¡Santa Tecla! Todos estos nobles improvisados llevan títulos de santos, agradecidos al milagro, sin duda.

En fin, no me faltará donde pasar las veladas; sin contar con que Felisa recibe a sus amigos todas las noches después del teatro, y si no he asistido este año..., ya de alivio..., y eso que Felisa... Es una buena amiga, ya lo sé; me ha acompañado mucho este año sacrificando mil diversiones; la estoy muy agradecida, pero... su trato es peligroso. ¡Ha dado tanto que hablar! Como a su casa no van más que viudas y solteronas, y en cambio los hombres todos son casados... ¿Todos? No. Hay uno soltero... ¡Uno! Y ese uno va por mí; ni a la tertulia, sino muy temprano, a las horas en que sabe que yo puedo ir... Y oye mi misa en San Pascual todas las mañanas..., y ha hecho tres novenas por mí. ¡Pobrecillo! La verdad es que seguir a una viuda en el primer año de luto no es muy divertido. Él parece muy serio; es diputado silvelista; ya es una garantía; no es mala figura..., buena posición..., haciendas en Extremadura y dos casas en Madrid, una en la calle del Carmen; por cierto que tiene dos cuartos desalquilados que rentan doce mil reales cada uno;

subí a verlos por casualidad, y pregunté al portero; dice que tiene la casa muy mal administrada... ¡Un hombre solo! Que está enamorado de mí, no hay duda..., con buen fin..., debo suponerlo, porque me conoció casada y nunca se atrevió a insinuarse... Yo le tenía por tonto. Después he rectificado mi opinión: es un hombre ilustrado, distinguido... El caso es que yo, por lo menos en otro año, no puedo pensar en nada... ¡De alivio todavía! No, no debo pasar de una buena amistad..., la rayita blanca del corazón. Lo que es la costumbre... Ya no me parece tan claro el vestido como cuando me lo puse. Bien decía la modista; es un alivio discreto... *(Mirándose al espejo.)* ¡Y yo que no me atrevía a salir a la calle!... Con esta tarde tan hermosa... Voy a avisar por teléfono a Felisa... que iré a buscarla en coche para dar una vuelta por... ¡Pobre Felisa! ¡Con una tarde tan hermosa llevarla a la Casa de Campo!... ¡Si me atreviera! ¡Un año y dos días!... En coche cerrado... Sí, ¿por qué no? Al Retiro. Con los cristales subidos. *(Llama al teléfono.)* ¿Central? Comunicación con el siete mil cuarenta y cuatro... ¡Cuánto tarda! ¿No estará en casa?—¡Felisa!—Sí, yo soy. ¿Tienes algún compromiso esta tarde?—No oigo nada.—¿Quieres ir al Retiro conmigo? — Al Retiro. — Sí. — En berlina.—Hasta ahora.—¿Eh? ¡Qué atrocidad! *(Tocando el timbre.)*—¡Felisa!—¿Con quién hablo?... Ha habido un cruce... ¡Ya decía yo! *(Fingiendo voz de hombre.)* — ¿Qué? — No, señor, no es el cuartel de San Gil. — No hay de qué. — Finjo voz de hombre para que no se enteren de que he oído esas atrocidades. ¡Cómo está el servicio! *(Toca el timbre y sale la doncella.)* Diga usted a Julián que enganche en seguida. Tráigame usted un sombrero. *(Sale la doncella y a poco vuelve con un sombrero negro.)* Iré a cuerpo. *(Mirándose al espejo.)* Nada, muy serio..., demasiado serio... Unas violetas aquí. *(Prendiéndose unas violetas al pecho.)* Son flores de alivio. *(Mirando el sombrero.)* Debía haberme comprado aquel sombrero con adorno malva... El malva es de alivio. ¡Si

no se acostumbra una poco a poco!... Felisa se alivió el luto con azul marino... Y después de todo, el verdadero luto no está en el traje... ¿Y en el corazón? Hagamos examen de conciencia... ¿A cómo está de alivio? ¡Ay! ¡Qué sé yo! ¡Un rosa pálido!...

Debo animar el sombrero con algo. *(Buscando en una caja.)* Aquí debo tener una cinta gris y unos golpes de azabache... A ver... Sí... Eso es. ¡Precioso! Así... Ya lo creo, de alivio... Ahora lo prendo con alfileres... Mañana compro el modelo de madame Pierny... *(Suena el timbre del teléfono.)* ¿Quién?... ¿Será Felisa?... ¡Dios mío! *(Muy aturdida al oir la voz que le habla por el teléfono.)* — Sí, pensaba salir...—A las Cuarenta Horas.—No, ya no salgo; os espero.—Me conviene; no me encuentro muy buena.—Ejem, ejem... *(Finge tos, muy cerca del aparato telefónico.)* Hasta ahora...

¡Qué contratiempo! Dos primas de mi marido, dos solteronas insoportables, que me odian con toda su alma... No pudieron venir el día del aniversario, y han decidido pasar esta tarde conmigo... ¿Cómo las digo que no pensaba quedarme en casa?...

¡Buena me pondrían!... Avisaré a Felisa que ya no me espere.—¿Central?—¡Ah!... Sí, en casa, en casa... Son ellas todavía; no han quitado la comunicación... Voy a pasar una tarde divertida. — ¿Central? — Siete mil cuarenta y cuatro...

Recordarán a su primito, al primito con quien las dos pretendieron casarse en sus tiempos... Y ahora parecen ellas las viudas, según le lloran y le recuerdan, todo porque parezca que yo no lo he sentido bastante... *(Timbre del teléfono.)*—¿Felisa?—No hay nada de lo dicho. — Las primitas, ya sabes, han decidido hacerme un aniversario esta tarde. — Compadéceme. — ¿De veras? — ¡Qué buena eres! Sí, ven, ven. — ¿Que no vienes sola?... ¿Un caballero?—¡Vamos!—Pero, mujer, ¿y las primas?—Tienes razón, ¡ven pronto!

¡Pobre Felisa, es más buena! Vendrá a confortarme en tan amargo trance... Y no viene sola; aquel caballero está de visita en su casa, y como yo le he ofrecido la mía, se cree en el deber de visitarme con motivo del cabo de año... ¡Ay! ¡Al fin y al cabo...! ¿Pero qué actitud debo tomar ahora? Si las primas me ven de alivio y con flores... a los dos días del año... ¡Imposible!... *(Se quita las violetas.)* Me pondré de negro y tendré que llorar; sí, lloraré mucho, a ver si las aburro y no vuelven; si es preciso me dará un ataque de nervios. ¡Lo que es hoy no me ganan a sentimiento! ¡Eugenia, Eugenia! *(Entra la doncella.)* Voy a cambiar de vestido..., el de misa... Llévate este sombrero y las flores... Espera. *(Colocando unas flores al pie de un retrato que habrá sobre la chimenea.)* Pondré este manojo aquí, al pie del retrato. Tráeme dos pañuelos. *(Vase la doncella.)* Hoy se fastidian las primitas. Vendrán con la cantinela de costumbre... ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Pobre Ricardo! Habrá quien lo sienta tanto como nosotras, pero más, imposible... Luego entro yo... Tú estás muy joven..., estás guapa... Estás... Así, con intención: lo más que concede una mujer a otra es que está joven y que está guapa; pero que lo es, ¡nunca!... Estás joven... El tiempo todo lo borra... No faltará quien te pretenda... No falta, no... ¡Eso quisieran ellas!... Y la verdad es que si Felisa viene con él, van a parecerle ridículos mis extremos... Ridículos, si sospecha que no me es indiferente... y si no ha descubierto en mí inclinación marcada todavía; si duda de haberme interesado, tomará en serio mis aspavientos y desistirá de sus pretensiones si le parezco una viuda inconsolable... ¡No, no! Seguiré de alivio... y con violetas. *(Vuelve a ponerse el ramo.)* Y no lloraré...; unos cuantos suspiros es bastante; porque también, si no muestro algún sentimiento, ¿qué juicio formará de mí? Pensará, con razón, que por él haría lo mismo si me quedara otra vez viuda... ¿Otra vez viuda?... ¡Ay, ya lo he pensado!... ¡Otra vez viuda..., es decir, otra vez casada es

lo que yo quería pensar!... Lo pensaremos. Llaman... *(Va hacia la puerta del foro.)* Las primas... y Felisa con ellas... y él... Todos a un tiempo... ¡Señor! ¿Qué cara pongo? ¿Risueña?... ¿Triste? *(Al público.)* Ustedes dirán... ¡No quieran ustedes verme triste!

TELÓN

ÍNDICE

Págs.

El nido ajeno (comedia en tres actos y en prosa). 9
Gente conocida (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos) 81
El marido de la Téllez (boceto de comedia en un acto) 229
De alivio (monólogo) 297

OBRAS COMPLETAS

DE

JACINTO BENAVENTE

Cartas de mujeres. Sexta edición esmeradamente corregida.—Precio: 3,50 pesetas.

Figulinas. Segunda edición notablemente corregida y aumentada.—Precio: 3,50 pesetas.

Teatro fantástico.—Precio: 3,50 pesetas.

Vilanos.—Precio: 3,50 pesetas.

TEATRO

Tomo I.—*El nido ajeno* (comedia en tres actos, en prosa).—*Gente conocida* (escenas de la vida moderna, divididas en cuatro actos).—*El marido de la Téllez* (boceto de comedia en un acto).—*De alivio* (monólogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo II.—*Don Juan* (comedia de Molière en cinco actos).—*La Farándula* (comedia en dos actos).—*La comida de las fieras* (comedia en tres actos y un cuadro).—*Teatro Feminista* (apropósito en un acto), música del maestro D. Pablo Barbero.—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo III.—*Cuento de amor* (Twelfth night or waht you will), de Shakespeare (comedia fantástica en tres actos y un prólogo).—*Operación quirúrgica* (comedia en un acto).—*Despedida cruel* (comedia en un acto).—*La Gata de Angora* (comedia en cuatro actos).—*Viaje de instrucción* (zarzuela en un acto y cuatro cuadros), música del maestro Vives.—*Por la herida* (drama en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IV.—*Modas* (sainete en un acto y en prosa).—*Lo cursi* (comedia en tres actos).—*Sin querer* (boceto de comedia en un acto y en prosa).—*Sacrificios* (drama en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo V.—*La Gobernadora* (comedia en tres actos).—*El primo Román* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VI.—*Amor de amar* (comedia en dos actos).—*¡Libertad!* (comedia en tres actos de S. Rusiñol).—*El tren de los maridos* (comedia en dos actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VII.—*Alma triunfante* (drama en tres actos).—*El automóvil* (comedia en dos actos).—*La noche del sábado* (comedia en cinco actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo VIII.—*Los favoritos* (comedia en un acto).—*El hombrecito* (comedia en tres actos).—*Mademoiselle de Belle-Isle* (comedia en cinco actos de A. Dumas, padre).—*Por qué se ama* (comedia en un acto).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo IX.—*Al natural* (comedia en dos actos).—*La casa de la dicha* (drama en un acto).—*El dragón de fuego* (drama en tres actos y un epílogo).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo X.—*Richelieu* (drama en cinco actos y nueve cuadros, original de Sir Bulwer Lytton), traducción.—*La Princesa Bebé* (escenas de la vida moderna divididas en cuatro actos), última producción del autor.—*No fumadores* (chascarrillo en acción en un acto y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XI.—*Rosas de otoño* (comedia en tres actos).—*Buena boda* (comedia en tres actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XII.—*El susto de la Condesa* (diálogo).—*Cuento inmoral* (monólogo).—*La Sobresalienta* (sainete lírico en un acto y tres cuadros), música de D. Ruperto Chapí.—*Los malhechores del bien* (comedia en dos actos y en prosa).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XIII.—*Las cigarras hormigas* (juguete cómico en tres actos).—*Más fuerte que el amor* (drama en cuatro actos).—Precio: 3,50 pesetas.

Tomo XIV.—*Manon Lescaut* (historia de amor en siete cuadros).—*Los Buhos* (comedia en tres actos).—*Abuela y nieta* (diálogo).

Tomo XV. — *La Princesa sin corazón* (cuento de hadas). — *El amor asusta* (comedia en un acto). — *La copa encantada* (zarzuela en un acto), música del maestro Lleó. — *Los ojos de los muertos* (drama en tres actos).

Tomo XVI. — *La sonrisa de Gioconda* (boceto de comedia en un acto). — *La historia de Otelo* (boceto de comedia en un acto).—*El último minué* (boceto de comedia en un acto).—*Todos somos unos* (sainete lírico

en un acto).—*Los intereses creados* (comedia de polichinelas en dos actos, tres cuadros y un prólogo).

Tomo XVII.—*Señora ama* (comedia en tres actos).—*El marido de su viuda* (comedia en un acto).—*La fuerza bruta* (comedia en un acto y dos cuadros).

Tomo XVIII.—*De pequeñas causas...* (boceto de comedia en un acto).—*Hacia la verdad* (escenas de la vida moderna en tres cuadros).—*Por las nubes* (comedia en dos actos). *De cerca* (comedia en un acto).—*¡A ver qué hace un hombre!*

Tomo XIX.—*La escuela de las princesas* (comedia en tres actos).—*La Señorita se aburre* (comedia en un acto), basada en una poesía de Tennyson.—*El príncipe que todo lo aprendió en los libros* (cuento en dos actos y siete cuadros).—*Ganarse la vida* (comedia en un acto).

JACINTO BENAVENTE

TEATRO

TOMO PRIMERO

El nido ajeno.
Gente conocida.
El marido de la Téllez.
De alivio.

TERCERA EDICIÓN

MADRID
Librería de los Sucesores de Hernando.
Calle del Arenal, núm. 11.

1913

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 083979887